

REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

“LA ASUNCIÓN DEL SER, PROPICIACIÓN A LA PERFECCIÓN HUMANA”

Autor: Andrés Ascencio Díaz

Tesis presentada para obtener el título de:
Licenciado en Filosofía

Nombre del asesor:
Pbro. Juan Lázaro García Escamilla

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar, organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación “Dr. Silvio Zavala” que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo “Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada”, se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.





UNIVERSIDAD VASCO DE QUIROGA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

TÍTULO:
**LA ASUNCIÓN DEL SER,
PROPICIACIÓN A LA PERFECCIÓN HUMANA**

TESINA

Para obtener el título de:
LICENCIADO EN FILOSOFÍA

Presenta:
ANDRÉS ASCENCIO DÍAZ

ASESOR DE TESINA:
PBRO. JUAN LÁZARO GARCÍA ESCAMILLA

CLAVE 16PSU0024X

ACUERDO No. LIC 121129

ÍNDICE

ÍNDICE.....	I
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1. EL HOMBRE.	6
1. ¿Qué es el hombre?	6
1.1 Panorama histórico general acerca de la concepción del hombre.	6
1.2 Respuesta sobre qué es el hombre.	10
2. Composición ontológica del hombre	12
2.1 Unidad sustancial de la persona humana.	12
2.2 Alma.	18
2.3 El cuerpo.	19
2.4 Las facultades.	21
2.5 La libertad.	25
2.6 La trascendencia.	26
3. Realidades naturales del hombre	27
3.1 Proyectabilidad.	27
3.1.1 <i>Felicidad</i>	28
3.2 Coexistencia.	29
3.3 Pro-existencia.	30
3.4 Intersubjetividad.	31
3.5 Dolor.	31
3.5.1 <i>Mal</i>	33
3.5.2 <i>Muerte</i>	34
CAPÍTULO 2. EL HOMBRE, EL DASEIN, EN EL PENSAMIENTO DE MARTIN HEIDEGGER.	37
1. Conceptos metafísicos	37
1.1 Noción de ente.	37
1.1.1 <i>El modo de ser</i>	40
1.2 El acto del ente.	41
1.3 El Ser, acto intensivo.	43
2. El ser personal.....	44

3. El Dasein.....	45
4. La pregunta por el ser.....	48
5. Ser ahí.....	49
6. Ser en el mundo.....	50
7. Ser con otros.....	52
8. El tiempo.....	53
9. La angustia.....	54
10. El pastor del ser.....	55
CAPÍTULO 3. EL HOMBRE QUE VIVE EN EL SIGLO XXI.....	58
1. Cómo vive el hombre actual.....	58
1.1 Mecanicismo.....	63
1.2 Materialismo.....	64
1.3 Consumismo.....	65
1.4 Autosuficiencia.....	66
1.4.1 <i>Relativismo</i>	67
1.4.2 <i>Ateísmo</i>	68
2. Lo que la ofuscación del ser hace que le importe.....	70
2.1 Hedonismo.....	70
2.2 La inmediatez.....	71
2.3 La apariencia.....	72
3. Lo que la ofuscación del ser hace que no le importe.....	73
3.1 La vida.....	73
3.2 Los demás.....	75
3.3 El carácter comunitario.....	76
3.4 Los valores.....	77
3.5 El trabajo.....	78
3.6 El compromiso.....	80
CAPÍTULO 4. LA ASUNCIÓN DEL SER, PROPICIACIÓN A LA PERFECCIÓN HUMANA.....	81
1. La necesidad de asumir el ser.....	81
2. El valor absoluto de la persona humana.....	83

3. Las facultades como instrumentos de perfección	86
4. La libertad, medio para alcanzar la asunción del ser	89
5. El Bonum est diffusivum Sui	91
6. El pastor del ser, un ser social	96
7. El amor, corona de la adecuación	99
CONCLUSIONES	107
BIBLIOGRAFÍA	112

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado a lo largo de la historia sobre el ser y el quehacer del hombre. Ya desde la antigüedad muchas corrientes filosóficas han abordado tal realidad, unas se han quedado con una interpretación limitada y de corte inmanentista, pero también ha habido grandes aportes e interpretaciones que han logrado descubrirlo desde una perspectiva global, tomando en cuenta su composición ontológica, que es una realidad espiritual y material, como un ser abierto a la trascendencia sin ignorar sus dimensiones que su ser personal le participan.

A poco tiempo del comienzo de la tercera década del siglo XXI, la concepción del hombre como ser espiritual que se manifiesta al mundo por medio de su cuerpo, en el espacio y en el tiempo, con posibilidades de llegar a trascender y de alcanzar su perfección, se encuentra olvidada. Esto ha hecho que él pierda de vista lo que es, trayéndole como consecuencia el sinsentido de su existencia y el dejarse arrastrar por distintas ideologías que originan o propician el estado de *inautenticidad*.

Ante este enraizado *olvido del ser* en el hombre, es menester urgente que el hombre se pregunte por el ser, por aquello que trasciende toda realidad y es sustento de la misma. Este preguntarse implica que descubra qué es él mismo y construya su existencia en libertad, en decisión y en un continuo asumir del ser. Es por eso que la importancia de esta investigación radica en el objeto, es el mismo ser humano, pues como se ha dicho, en la actualidad se encuentra en un estado de *incomprensión e inautenticidad*, siendo su acciones y sus inspiraciones contrarias a lo que por esencia es.

Se trata de considerar al hombre en cuanto tal, pero no por meras interpretaciones subjetivas, sino que, apoyándonos del plano objetivo de la existencia humana, se dará paso a considerar una solución de índole universal para todo el género humano, de tal modo que tenga

una *orientación* para que logre la añorada, íntima y excelsa perfección y realización personal en cuanto tal.

El presente trabajo está desarrollado en cuatro capítulos, en el primero se abordará al ser humano desde la antropología filosófica, teniendo como objetivo el conocimiento acerca de lo que es en verdad; esto ayudará a evitar concepciones erróneas y tratos ajenos a su naturaleza, propiciando su comprensión de manera global y, así aparezca la consideración tanto gnosceológica como práctica de la existencia humana para que esta pueda y sea realizada verdaderamente por él.

En el segundo capítulo se expondrá el pensamiento de Martin Heidegger, de corte existencialista, que indica cómo el *Dasein*, el hombre, es responsable de su *comprensión* y realización que no se dará sino en la *autenticidad* de su existencia, por lo que debe adecuar su actuar a lo que es. Esto propiciará a enfatizar que la existencia en el ser humano es una responsabilidad y al mismo tiempo es una *invitación* a la vida auténtica junto con los demás.

El pensamiento existencialista ha sido tomado en cuenta para el desarrollo del segundo capítulo; cabe mencionar que el existencialismo es la corriente de pensamiento que a lo largo de los últimos tiempos ha tenido mayor impacto y repercusión, ha surgido gracias a “la dolorosa experiencia de las dos grandes guerras” (Cruz Prados, 1987, pág. 165), el ambiente pesimista y defraudante sobre el mismo ser humano fue lo que propició la añoranza de una nueva reformulación de la existencia humana libre y plena, en suma, lo que el existencialismo muestra es “la radical problemática e inestabilidad de la existencia y del mundo” (Cruz Prados, 1987, pág. 166).

Una figura importante del existencialismo es, sin duda, Martin Heidegger y, como se ha expresado, es el autor cuyo pensamiento que se toma en cuenta en este trabajo, por lo que es conveniente señalar brevemente algunos datos que ayuden a contextualizar su aporte filosófico.

Martin Heidegger nació el 26 de septiembre de 1889 en la aldea de Messkirch, situada en la Selva Negra alemana, en la región de Baden. Desde joven se interesó por la filosofía; el pensamiento de Edmund Husserl fue un gran impulso para que comenzara su trayectoria como filósofo, en 1913 se doctoró en filosofía por la Universidad de Friburgo. Con amplio conocimiento sobre las corrientes filosóficas antiguas y modernas, en 1918 consiguió un puesto de docente en la Universidad de Friburgo siendo ayudante y bajo la autoridad de Husserl, padre de la fenomenología y de quien fue un fiel y gran discípulo. En 1923 comenzó a trabajar como profesor titular en la Universidad de Marburgo, ahí impartió clases acerca de las repercusiones de la Primera Guerra Mundial y los ideales que en esa época estaban resonando muy fuertemente (Moreno Claros, 2015, págs. 21-31).

Respecto a Heidegger como profesor, es de mencionar que influyó en la formación de quienes después se convertirían en grandes e importantes pensadores del siglo XX, algunos de ellos fueron: Hans-Georg Gadamer, Herbert Marcuse, Hans Jonas y la judía Hannah Arendt, con quien sostuvo una relación amorosa (Moreno Claros, 2015, pág. 35).

Para considerar el pensamiento heideggeriano habrá que señalar que este se desarrolló en dos etapas: la primera es plasmada en el libro culmen de Martin Heidegger *Ser y tiempo*, el cual fue publicado en 1927; ahí hace referencia al replanteamiento de la pregunta por el ser como interrogante por el sentido del mismo, abordando al Dasein como alguien abierto al ser, es un proyecto y está acechado por la angustia, por lo que tiene que conquistar el estado de *autenticidad* de su existencia en el tiempo. La segunda etapa de su pensamiento se encuentra

expresada especialmente en el escrito *Sobre la esencia de la verdad*, y ahora se abordan *los tiempos del ser*, ahora la consideración del Dasein es invertida, pues no será él “quien revele el ser, sino a la inversa, el ser propiamente dicho, el ser verdadero, habrá que revelarse” (Moreno Claros, 2015, pág. 34).

También, el *Filósofo del ser*, Martin Heidegger, reflexionó sobre el arte, el cual infiere al ser y su verdad; la pintura y la poesía hablan del ser en un lenguaje no tan convencional, favoreciendo la develación o desocultamiento del ser, así, el arte para el alemán es un instrumento eficiente para rescatar al ser del olvido (Moreno Claros, 2015, pág. 103) y, como menciona Samuel Ramos en el prólogo de *Arte y poesía*, por medio del arte es una “proyección hacia lo divino, hacia lo infinito” (2018).

También habló respecto a un verdadero *humanismo*, el cual debe tener por misión que el ser humano vuelva a su esencia, que no se deje corromper, pues es él *el pastor del ser*. El humanismo es apoyado en la metafísica, pues la manifestación del hombre en cuanto tal radica en el sustento del ser. En el Dasein, pues, se logra la claridad del ser cuando asume su propia esencia. Así, el hombre toma una postura crítica y existencial ante las cosas y ante la técnica, pues estas son *útiles* por los cuales él llega a la contemplación del ser.

Sin duda, Martin Heidegger, ha sido un gran e importante pensador que en los últimos años y a lo largo de la historia ha habido, sus aportaciones son de gran utilidad para llegar a la solución del problema del hombre que vive en el siglo XXI, el cual es el *olvido del ser*, el olvido de su esencia. La solución surge desde una antropología metafísica, pues el sustento de la realidad humana no es otra cosa que el mismo ser, la sana y completa comprensión en cuanto a su fin último, la antropología ilumina este rescate, de esta manera la asunción del ser es posible y, por ende, su realización personal.

En el capítulo tercero se hará una descripción general de la situación del hombre que vive en el siglo XXI, en la cual hay realidades que lo incitan o llevan a no construir su existencia conforme a lo que su esencia determina. La advertencia de la situación crítica actual en el ser humano es de suma importancia, puede conducir a la vuelta a la verdad, al bien y abre la reflexión sobre el sentido verdadero de la existencia.

Por último, en el capítulo cuatro se propone al amor como la solución universal al *olvido del ser*. El valor absoluto de la persona humana y su consideración como ser trascendente serán los puntos de partida para afirmar su trascendencia y la capacidad que tiene de ser libre. La libertad y su recto uso será clave para que el hombre alcance su perfección y eso no se hará posible si no es en el amor; la entrega, el trabajo, la donación, la contribución a la perfección de los demás, deberán ser sustentadas en el amor, cada acto de amor es un acto de bondad, perfecto y perfeccionante en el ser humano.

Mirar hacia la persona humana es poner la vista en un fenómeno oscuro, sin embargo, la primera y borrosa visión que de él se tiene invita a buscar y a poseer la comprensión más exacta posible del mismo, en ese descubrimiento gradual y evolutivo respecto a él, se vislumbra continuamente el actuar moral como una tarea y un compromiso, el cual encontrará perfección en el amor al bien que conviene a su naturaleza. El engaño existencial es de por sí carente de perfección y manifiesta cierta indiferencia ante el deseo de realización. Ahora, más que en otros tiempos, es urgente la consideración gnoseológica y práctica del hombre como un *absoluto relativo*, el cual debe considerar como una posibilidad actual la realización de su perfección.

CAPÍTULO 1. EL HOMBRE.

1. ¿Qué es el hombre?

La interrogante sobre el hombre remite a responder una de las muchas preguntas que han invadido la historia de la humanidad, tal cuestión invade la existencia del hombre y lo induce a descubrirse y a manifestarse en cuanto tal para poder así dar respuesta a su interrogante.

Esa pregunta por el hombre responde al interés de descubrir lo que es al percibirse en medio de todas las cosas como un *distinto a*. Sus capacidades intelectuales, en algún modo, le orillan a preguntarse por su esencia, motivo para responder su existencia.

Las diferentes cuestiones filosóficas dejan entrever que la interrogante del hombre es un *adentrarnos al misterio*; se ha intentado dar solución por medio de los distintos modos de su concepción, debido a que es uno de los problemas más abordados desde los antiguos filósofos griegos; pues “descubrir la verdad del hombre suspende el ánimo y causa admiración, sin embargo, ese descubrimiento no puede ser repentino: exige un largo familiarizarse con su modo de ser y de actuar” (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 21).

1.1 Panorama histórico general acerca de la concepción del hombre. El intento por descubrir lo que el hombre es, lo encontramos ya con los estoicos, el hombre para ellos era un fenómeno en el cual la naturaleza manifestaba un equilibrio (Cassirer, 2013, pág. 21), aquí se percibe una concepción naturalista: el hombre es un reflejo de toda la armonía del cosmos.

En el mundo antiguo griego, el filósofo Platón abordó el problema del hombre como un dualismo, en el que la primacía radicaba en el alma, que es preexistente al cuerpo y que está encarcelada en él; de esta manera el cuerpo pasa a un término segundo en la existencia del ser humano (Yepes & Aranguren, 2003, págs. 27-28).

Posteriormente, el pensamiento aristotélico superó al dualismo platónico. Aristóteles da un avance significativo en la concepción del hombre: el cuerpo forma parte ya de la constitución total del él y “el puede ser entendido como cuerpo animado o alma encarnada” (Morales, 2011, pág. 83). Y así, definiendo al ser humano como un *animal racional* (Morales, 2011, pág. 83), se comenzó la reflexión en torno a él teniendo al cuerpo como elemento constitutivo y fundamental del mismo, y no como su accidente y, junto con la introducción de los términos de *materia* y *forma*, Aristóteles marcó la línea de la filosofía antropológica por varios siglos.

Otro pensador que también dio una visión interesante acerca del hombre fue san Agustín, él, con su filosofía de raíces neoplatónicas asimiló al hombre como un “alma prisionera en un cuerpo” (Beuchot, 2017, pág. 76). Pero es en el corazón del hombre, en su acto de ser, en el que Dios mismo radica y lo mantiene en la existencia.

Descubriendo la presencia divina en el interior, el hombre alcanza la contemplación del *Dios escondido*, esto supone la erradicación de las pasiones desordenadas y de la ignorancia en la vida del ser humano. Precisamente, en *las Confesiones*, el obispo de Hipona expresa esto al respecto:

¿Dónde estabais, Señor, y adónde os habíais retirado por lo tocante a mí, Dios mío y toda mi esperanza desde mi juventud? ¿Por ventura no me habíais Vos creado y llenado de dones, que me diferenciaban de todos los animales de la tierra y de las aves del aire? Más sabio y capaz me hicisteis que todos ellos; pero yo andaba por lo sombrío de la tierra como los unos, y por lo resbaladizo del aire como los otros; os buscaba fuera de mí, Dios de mi corazón, y no os hallaba; antes vine a parar en un profundo abismo, desmayando y perdiendo la esperanza en hallar ya la verdad. (2001, pág. 161)

En el mundo romano (siglo V d.C.), el filósofo y poeta Boecio, proporcionó una definición más completa y elevada acerca del hombre, definiéndolo como una *sustancia individual de naturaleza racional* (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, págs. 264-265). El término *sustancia* procedía de ὑπόστασις, mismo que surgió de la reflexión cristiana acerca de las Personas de la Santísima Trinidad, y a la vez, la palabra πρόσωπον precedió a dicho término. Esta concepción del hombre permitió fortalecer lo que Aristóteles en el campo metafísico expuso y fue también cimiento para la filosofía tomista acerca del hombre.

En la cumbre de la escolástica, Tomás de Aquino, también logró aportar datos interesantes en la antropología filosófica. El pensamiento del *Doctor angélico* se centró en el rescate de la filosofía aristotélica, especialmente en conceptos metafísicos; sin lugar a dudas, la metafísica de Aristóteles fue muy bien asimilada y conciliada a los términos cristianos por el mismo santo Tomás. Decía que el hombre es un ser creado, es espiritual, constituido de materia (cuerpo) y de la forma sustancial (alma), la cual posee en sí misma el acto de ser (*actus essendi*), anima al cuerpo y capacita a todo ser humano para que pueda llevar a cabo todas sus tareas y colmar en acto las capacidades que él tiene; de manera que “el hombre no es el alma, sino un compuesto a partir del alma y del cuerpo” *S. T. I. 75. 4* (1988, pág. 676).

Fue en la etapa moderna en la que Descartes aborda al hombre desde una perspectiva dualista con su *res cogitas* y su *res extensas*, estas son más que nada, manifestaciones y resultados de la suma de ellas en la que la sustancia hombre aparece. René señala a Dios como la sustancia de la proceden todas las demás, pero en el hombre, según la concepción cartesiana, la palabra *sustancia* adquiere una analogía, pues esta “se aplica primeramente a Dios y secundariamente a las criaturas... Exactamente al revés de lo que pensaban los aristotélico-escolásticos, para quienes las sustancias creadas son el analogado principal, siendo Dios el

secundario” (Hernández & Soto, 2016, pág. 60). Así, el concepto de hombre que ofrece el francés queda ambiguo; se confunde con todas las sustancias pero no está singularizado.

Descartes hace una concepción limitada y mecanicista del ser humano, el cuerpo es nuevamente un instrumento para la *res cogitas* para que pueda alcanzar su plenitud.

Con el paso del tiempo, en el siglo XIX, otra concepción del hombre apareció, ahora de tinte materialista y, por consiguiente, meramente biológico y somático que desaparece la teología del ser humano, hablamos pues de la perspectiva pseudo antropológica que el Marxismo propuso y de la cual nos ha dejado dos modos de concebir al cuerpo y al alma, de todas sus facultades y manifestaciones que hacen al hombre, pues:

Para el materialismo cualquier emoción o pensamiento no sería más que una determinada reacción bioquímica en las neuronas de la materia. La primera postura hace no verdaderamente humano lo corporal y lo material. La segunda, incluye a lo espiritual en lo fisiológico: sólo hay *res extensa*, el hombre queda *cosificado*. (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 28)

En la filosofía postmoderna, varias corrientes han discutido acerca del hombre. Nietzsche lo aborda desde el nihilismo, sosteniendo que el Dios cristiano a quien por siglos se había pregonado e impuesto ha muerto por lo que hay que dar cabida al *Súper hombre*; el hombre ahora será su propio dios y la *voluntad de poder* será la manera por la cual lo conseguirá.

Sartre, planteando una indefinibilidad sustancial en el ser humano, mismo que construye su esencia y partiendo de esa construcción, define su esencia, la negación de la existencia de Dios y del sentido de la vida humana ahondan en su reflexión, intentando hacer un existencialismo sin tomar en cuenta la realidad del hombre ya dada y determinada.

Albert Camus, desde una vivencia moral inmanente, propone que el ser humano está en la constante búsqueda del sentido de la vida, pero por ser limitado acabará en el absurdo. En este pensamiento, la vida en la tierra debe estar sostenida por el sentido, mismo que es también motivo para que el hombre actúe conforme a la bondad moral, a pesar de que la muerte sea inevitable y no exista trascendencia o alguna vida después de esta.

Heidegger, con su pensamiento vino a dar un giro a la concepción postmoderna del ser humano que llamó *Dasein*, sostenía que el hombre es un *ser en el mundo*, limitado y expuesto a la muerte, invadido por la angustia que lo hará actuar para poder lograr la adecuación a su ser para develar el ser de modo admirable respecto a los demás entes.

Por otro lado, Freud, señalando que al hombre se le puede tratar con el psicoanálisis, sus actos y pensamientos son a partir de ahí estudiados, existiendo pues, un riesgo de un determinismo de la conducta por el pasado de la persona y las repercusiones emocionales que aparecerán en él. Esta postura “tiende a exaltar el placer corpóreo como un bien humano que no requiere ser «reprimido», porque es «naturalmente» bueno” (García Cuadrado, 2010, págs. 181-182).

Gabriel Marcel, reflexionando sobre la perspectiva del ser humano como misterio, el cual se descubre a partir de su interior. También lo concibe como un *espíritu encarnado*, rescata en su antropología al alma y al cuerpo; del mismo modo, el gozo de una relación con un Ser absoluto se encuentra presente, por mencionar a algunos (Morales, 2011, pág. 86).

1.2 Respuesta sobre qué es el hombre. Después de abordar de manera muy breve los pensamientos antropológicos más destacados desde la antigüedad hasta nuestros días, se continuará indagando acerca de la pregunta que se ha planteado: ‘¿Qué es el hombre?’. La respuesta de Boecio será la que se tomará para ayudar a contestar tal interrogante, ya que por ser

de índole metafísica, propiciará una mejor comprensión del problema aquí desarrollado, pues parte de los principios del mismo.

En la búsqueda de una respuesta objetiva sobre ‘¿Qué es el hombre?’, en Kant se descubre que es un planteamiento del mismo ser humano, pues “no es el hombre el que se plantea el problema: es el mismo hombre el problema, y su existencia es problemática” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 15).

La experiencia señala que el hombre es algo que se distingue intrínseca y extrínsecamente de las cosas, de animales y de astros; el intelecto indica al ser humano esa diferencia y es algo de lo que no podemos prescindir, y si se llega a hacer, se desvaloraría el alcance del conocimiento intelectual y de la naturaleza humana. Es necesario, pues, tomar en cuenta lo que el intelecto nos proporciona gracias a los sentidos internos y externos para poder situar al hombre en el lugar en el que le corresponde como algo que existe, descubrir sus causas y su fin último.

La vida, presente y percibida en y por el hombre de modo distinto a los demás seres animados, es una manifestación de los grados de perfección que se encuentra en el universo. El hombre como ser espiritual posee una perfección mayor, “es estructuralmente capaz de conformarse con el espíritu” (Lucas Lucas, *Explícame la persona*, 2016, pág. 210). Esta es la característica fundamental para hablar de él, de su existencia y el sentido de la misma.

La definición que Boecio hace acerca del hombre aparece en el capítulo tres de su obra *De persona et duabus naturis*, la cual es: *naturae rationalis individua substantia*. Por lo que, a partir de esto, se infiere entonces, que el ser humano es considerado como una *substantia*.

Aristóteles colocó a la *substantia* como la primera de las categorías, y es referido al sujeto, ella posee la capacidad existir en sí misma y no en otra substancia, es independiente de

cualquier accidente y el intelecto del hombre llega a descubrirla mediante estos; de igual manera, ella posee en sí misma el acto del ser, el acto de existir, que la capacita para poder tener dichos accidentes. Se infiere así, pues, que el ser humano es persona, existe en sí mismo y no en otro; es una substancia completa, conformada por el alma y el cuerpo, una persona, un sujeto diferente e independiente a otras sustancias, y de ahí que sea «substancia individual», forma un todo completo.

«De naturaleza racional». La substancia aparece de acuerdo a la naturaleza en la que está determinada; con la substancia árbol, por ejemplo, su naturaleza es ser árbol, actúa conforme a lo que es, crece, se nutre, sus hojas se caen en otoño, en invierno permanece sin ellas y en la primavera vuelve a florear e irradia belleza; así con el hombre, de naturaleza racional, su modo de ser es racional, su inteligencia es racional y espiritual.

Se infiere, entonces, que “el hombre es considerado ante todo como un sujeto personal, consciente de sí y de su existencia encarnada” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 22); un ser encarnado el cual su constitución individuada coexiste a la vez con otros semejantes, adquiriendo por él mismo una conciencia de él y de los demás, de modo que toda su existencia humana está ligada a su historicidad por lo que le hace también un ser histórico, escribe su historia en un determinado tiempo y espacio buscando siempre su realización en miras a su plenitud (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 234).

En el capítulo siguiente se expondrán de manera más detallada estas realidades que la metafísica nos proporciona, por lo que no se detendrá en estos párrafos a profundizarlos.

2. Composición ontológica del hombre

2.1 Unidad sustancial de la persona humana. La persona humana en cuanto tal es estudiada por la metafísica como una realidad compuesta, la reflexión filosófica a lo largo de los

tiempos ha dado pautas para que se tenga un conocimiento cada vez aproximado a la verdad del ser humano. En esta historia del pensamiento la reflexión acerca de la unidad sustancial de la persona humana se ha visto confrontada con posturas que caminan por la línea contraria. Siendo esto, aparece un motivo para continuar reflexionando sobre la unidad sustancial del ser humano.

En la antigüedad, el problema antropológico acerca de la unidad del hombre se vislumbra en primer lugar en Platón, quien sostenía que el hombre es una realidad no corporal sino solamente alma, su cuerpo es el instrumento por el cual esta se purifica y en el que habitan tres modalidades de alma, a saber: la nutritiva, la concupiscible y la cognoscitiva. En esta concepción dualista el cuerpo es inferido como un accidente que no tiene más importancia que la de ser *cárcel del alma*.

Otro planteamiento dualista es la que hace el racionalista Descartes. El francés sostenía que el hombre es “una sustancia cuya total esencia o naturaleza es pensar, y que no necesita para ser de lugar alguno, ni depende de ninguna cosa material” (Discurso del método, 1989, pág. 134), así pues, lo que Descartes señala es acerca de la repercusión que el alma tiene sobre el cuerpo, que es la *res extensa* de la *res cogitas*, pero nunca señala acerca del cómo surge esta influencia.

El dualismo cartesiano ha dado lugar, o al menos ha sido el punto de partida, de una interpretación racionalista, por una parte, que considera al hombre como un ser identificado con la conciencia, que es inmaterial, está ligada al cuerpo. Pero por otra parte, también ha dado lugar a la interpretación mecanicista: el cuerpo es entendido como una máquina. Esta interpretación mecanicista ya se encuentra en Descartes mismo, aunque dicho mecanicismo de alguna manera se vea mitigado o

compensado por el paralelismo entre alma y cuerpo, por el hecho de afirmar al mismo tiempo dos sustancias. (Amengual, 2007, pág. 77)

También en la reflexión acerca de esta realidad del ser humano y muy enraizada en la actualidad, es la concepción *fenomenista psicológica*. Esta concepción sostiene que “no hay sustancias permanentes, sino tan sólo acontecimientos, hechos o situaciones, carentes de sujeto de inhesión” (García Cuadrado, 2010, pág. 133).

Distinta corriente que argumenta la negación de una composición sustancial en el hombre y que sostiene que solamente existe una realidad es la del *monismo psicológico*, sus formas son: “«espiritualista» (donde sólo se reconoce la sustancia espiritual)... «materialista» (sólo hay materia) o un monismo «trascendente», según el cual el alma y el cuerpo no son sino manifestaciones o «modos» de una tercera sustancia” (García Cuadrado, 2010, pág. 135).

Finalmente, se encuentra la argumentación aristotélica-tomista acerca de la unidad sustancial del hombre, y es la que se ha de considerar como la más acertada debido al gran alcance metafísico y antropológico que en sí misma contiene, y que sin duda, nos acerca mejor a vislumbrar el misterio del ser humano.

Así, el pensamiento aristotélico y escolástico han abordado el problema del hombre deduciendo que el ser humano es una realidad sustancial compuesta de dos co-principios, el cuerpo y el alma.

Respecto al *principio vital*, no se considera como una oposición al cuerpo o como una realidad encarcelada en la materia, como lo había concebido Platón, al contrario, se dice que el hombre es una unidad completa pero compuesta por la materia y la forma sustancial.

El ejemplo nos prueba que materia y forma no deben concebirse como entidades plenas, sin que por ello dejen de ser los dos algo real; y manifiesta también que

ambos principios no se unen por contacto..., esto supone existencia de dos entes completos. Tampoco son la forma y la materia fragmentos integrantes de un todo continuo, porque ninguno de los dos principios está en una sola porción o trozo de él. (García Cuadrado, 2010, pág. 138)

De hecho, el aporte que hizo Aristóteles en la antigüedad respecto a los términos de materia y forma ayudó a concebir la realidad desde la perspectiva metafísica. La aparición de la forma no se da sin la materia, es decir, el alma y el cuerpo son simultáneos, ninguna ha preexistido ni experimentan choques a la hora de existir.

La razón por la que se enuncia que de entre todas las concepciones respecto a las realidades del cuerpo y del alma la aristotélica-tomista es la que nos deja entrever la visión del hombre de una manera sana y coherente porque, como se ha mencionado, la apertura al estudio metafísico de la composición del hombre es de gran ayuda para el intelecto cuando busca un verdadero discernimiento respecto a este tema que se está abordando.

Decimos entonces que el alma y el cuerpo no se unen de manera accidental. La noción de forma sustancial y de materia prima no es otra cosa que el alma y el cuerpo. La forma que determina a la materia es el alma, de tal manera que la materia nunca aparece sin ser determinada. De igual modo, la materia está presente en la realidad de acuerdo con lo que ha sido configurada por la forma sustancial.

Las ciencias naturales pueden también iluminar este aspecto, por ejemplo, cuando en el proceso de fecundación humana un espermatozoide fecunda el óvulo da origen a un nuevo organismo, al que se le conoce como cigoto, el cual aparece como una realidad distinta, se percibe en él vida y también su continuo desarrollo y crecimiento pasando por las distintas fases

del proceso de gestación hasta que alcance su total desarrollo en el vientre y se le denomine «bebé».

En este ejemplo, la materia es vista y se puede abordar desde una manera científica experimental, sin embargo, lo que la metafísica aporta es precisamente el abordar acerca de la forma sustancial de esa materia. En el momento en que aparece el ser humano en su primera fase y que se le llama «cigoto», lo que se ha percibido es ya la materia determinada por la forma sustancial, la de ser humano, de aquí que se sostenga que desde la concepción la vida humana está presente y en un continuo desarrollo.

Esa forma sustancial es el alma, la que capacita al cuerpo para albergar la vida, pero una vida distinta a los vegetales y a los animales, se trata de una vida espiritual; siendo entonces que ser humano, al tener la forma sustancial y esta haya determinado a la materia, se dice que el cuerpo humano tenga capacidad para manifestar funciones meramente espirituales, como la capacidad de razonar, de elegir en un ambiente completamente libre, sin excluir a los sentimientos y emociones que afectan a todo el individuo, pues lo que le pase al cuerpo repercute en el alma ya que está presente en todo el cuerpo humano y no como lo decía René Descartes que se encontraba en la glándula bienal, y del mismo modo se dice eso respecto a la forma sustancial, lo que hay en el cuerpo también lo hay en el alma.

Una relación tan íntima entre lo orgánico-psíquico del hombre y lo espiritual nos hace concluir que tal vinculación o correspondencia de lo orgánico-psíquico con lo espiritual, se implica admitiendo con el hileformismo que lo material y lo formal, lo orgánico y lo anímico *interactúan mutuamente entre sí porque son dos co-principios sustanciales*, que constituyen una sola sustancia. (Vélez Correa, 1995, pág. 178)

No por nada, se habla que el alma y el cuerpo son co-principios sustanciales. Se dicen ‘principios’ por ser realidades constitutivas de una realidad sustancial que es en sí misma completa, es decir, constituyen la unidad sustancial del ser humano, por eso, Gabriel Marcel se refería a la persona humana nombrándola como *espíritu encarnado*. Además, es imposible decir que alma sea dependiente del cuerpo y que el cuerpo sea dependiente del alma, son realidades distintas, pero cada una hace propias y diferentes funciones, no se identifican entre sí, pero a la vez forman conjuntamente una unidad sustancial.

Atendiendo a lo anterior, Aristóteles comentaba acerca de una posible resurrección natural, en el sentido en que el alma, a pesar de que puede subsistir sin el cuerpo por ser espiritual, pues posee el *actus essendi* y siempre hallará en el cuerpo humano su manifestación y la complementariedad de la constitución del hombre; sin embargo, con el cuerpo, no sucede lo mismo, ya que, perteneciendo al mundo material, sometido al cambio y al devenir, en el momento en el que se separe del alma sufrirá un cambio sustancial, convirtiéndose en un cadáver, y por tanto, ya no se podrá hablar de persona humana, sino únicamente de materia en descomposición. Respecto al punto tratado, se concluye que:

El hombre entero es alma y a la vez cuerpo... El cuerpo humano es la expresión del alma hacia el mundo sensible y hacia el mundo histórico. El hombre no es ni sólo cuerpo ni sólo alma. Tampoco cuerpo más alma. Es todo entero y al mismo tiempo lo uno y lo otro, alma y cuerpo. Cuando vemos a alguien no vemos un cuerpo sino una persona. (Valverde, 2011, pág. 227)

Por ser un cuerpo de persona tiene cierta dignidad en el trato, pues a partir de él, y en él, la persona se manifiesta como un ser perteneciente al mundo material.

2.2 Alma. Como se ha afirmado, el alma corresponde a la forma sustancial de la persona humana, pero además, se puede hablar también acerca del alma como principio vital, de manera que, la materia que tiene tal principio alberga vida, es un organismo que experimenta nacer, crecer, reproducirse y morir, capacidades propias de un ser vivo.

Se dice entonces que “el alma, que es el «primer» principio de la vida” (Gay Bochaca, 2014, pág. 316), pues es la realidad que hace posible todas las funciones que el cuerpo animado ejecuta, dígame vegetales, sensitivas y espirituales. Por eso, cuando el alma no está presente ya en el cuerpo al que comunicó el dinamismo se sigue que la vida ha dejado de estar presente en él, por lo que entrará en una fase de descomposición.

Ahora bien, existe distinción entre las almas de los seres vivos, misma que en la antigüedad era ya enseñada por Aristóteles, a saber: la del reino vegetal, la del reino animal, que además de propiciar las actividades de nacer, crecer, reproducirse y morir, capacita al ser vivo las cualidades sensitivas, apetitivas y motoras; y por último, está el alma racional, propia del ser humano, aparte de hacer posibles en acto las funciones del alma vegetal y del alma sensitiva en el hombre es también principio de las facultades espirituales, la inteligencia y la voluntad.

Precisamente porque el alma racional, es principio de las facultades de índole espiritual, no podemos inferir que es originada gracias a los factores materiales, pues se deduciría que el alma humana depende de la materia y debe a ella su aparición, pero el alma del ser humano no depende de la materia, a pesar que se origina junto con el cuerpo, proviene de una realidad espiritual, posee en sí misma el *acto de ser* y es en cierto sentido una realidad más perfecta respecto al cuerpo, pues este se somete a la corrupción, a la mortalidad.

El alma, para santo Tomás, forma de tal manera una unidad con el cuerpo que el alma sin el cuerpo no puede ser considerada propiamente persona, se trata siempre

de un alma en situación anormal que hace referencia a su cuerpo, a la materia.

Dicha unidad sustancial del alma y el cuerpo no impide que sean principios de naturaleza y categoría diferentes: el alma es la forma, la entelequia; el cuerpo es la materia, la potencialidad; por eso el alma como principio espiritual y configurado tiene capacidad de subsistir por sí mismo y por eso es inmortal. (Amengual, 2007, págs. 170-171)

No por nada, la filosofía ha sustentado que el alma racional después que se ha separado del cuerpo del hombre, lo que conocemos como *la muerte*, continúa subsistiendo, precisamente porque su origen es independiente de la materia. Por eso la insistencia de la antropología filosófica en la diferenciación radical del ser humano respecto a los demás seres vivos, pues en ningún vegetal y en ningún animal hallamos las facultades espirituales. La inteligencia y la voluntad, puesto que provienen de la forma sustancial, que es espiritual, corresponden solamente al ser humano, así como los actos que de ellas proceden, el conocimiento intelectual y el acto libre. He aquí su apertura a la trascendencia.

2.3 El cuerpo. Se ha explicado que el hombre es un ser espiritual y corporal al mismo tiempo. La forma sustancial ha capacitado a la materia prima para que esta pueda individualarla y así, diferenciar al ser humano de los demás individuos pertenecientes a su especie, de manera que el intelecto siempre percibirá ya la materia fecundada por la forma sustancial. Por lo que afirmamos que cada persona, poseedora y siendo un cuerpo, es distinta a las demás gracias a su cuerpo.

De esta manera, la experiencia nos señala que el hombre se manifiesta y se da a conocer mediante su cuerpo, mismo que distinguimos de otros cuerpos tanto animados como no animados. Esta distinción se hace a partir de la presencia de las facultades que propicia la forma

sustancial del cuerpo humano y que son llevadas a la ejecución gracias a él, a su condición, a sus funciones psico-somáticas que precisamente están a disposición de ellas; de ahí que se sostenga que en otros cuerpos animados, con la posesión del alma vegetativa o sensitiva no se manifiesten estas facultades espirituales, en primer lugar porque la forma sustancial no es espiritual o es inexistente y, en segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, porque el cuerpo no está capacitado para albergar esas facultades que pertenecen de por sí, al orden espiritual.

Cabe señalar acerca de la condición que la materia ocupa y es que, precisamente por ser el cuerpo una realidad no espiritual está sometido a los accidentes del espacio y del tiempo: está sometido al cambio, a la descomposición. Como se ha señalado en los puntos anteriores, solo podemos hablar de hombre en cuanto a la unión sustancial de alma y cuerpo; de esta manera, también se infiere respecto a este tema que “el hombre pertenece al mundo visible, es cuerpo entre cuerpos, pero no es cuerpo como los otros cuerpos” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 206).

Así pues, el cuerpo humano por albergar en él a un alma de índole espiritual, y por manifestar al mundo a la persona humana en cuanto tal es manifestación de toda esa realidad. Es interesante abordar acerca de su historicidad, el ser humano es un ser histórico, “está abierto al horizonte ilimitado del ser, es capaz de trascender todo lo finito y así mismo” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 233), es capaz de hacer, de escribir la historia y esta nota antropológica no sería posible sin un cuerpo que determina el estado de espacio y tiempo, pues:

La corporeidad es el modo de hacerse presente la persona entera (cuerpo y alma) en el mundo y en el tiempo. Es decir, para la persona humana su modo de vivir es en el cuerpo y a través de su cuerpo. (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 139)

Pero esta forma de hacerse presente de la persona se puede expresar que es la misma sexualidad que es “un componente esencial de la personalidad, un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los demás, de sentir, de expresarse y de vivir el amor humano” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, págs. 212-213).

Expresado lo anterior, es también digno de comentar que , así como el cuerpo forma parte de la unidad sustancial del ser humano, también forma parte de la dignidad de toda la persona, por lo que merece un trato digno, con respeto, ya que “el hombre es al mismo tiempo cuerpo y espíritu” (Lucas Lucas, *Explícame la persona*, 2016, pág. 184) y además “no existe la distancia ontológica para considerar nuestro cuerpo como algo diverso de nosotros mismos” (Lucas Lucas, *Explícame la persona*, 2016, pág. 184), de ahí que se insista siempre que el cuerpo no sea utilizado como un instrumento sino que refleje lo que en sí mismo manifiesta y devela, a un ser personal, superior a toda la realidad material y poseedor de una belleza ontológica mayor respecto a los demás seres materiales.

2.4 Las facultades. La persona humana, al poseer una forma sustancial, originada por la intervención de una realidad metafísica, que es el Ser mismo, está capacitada para la posesión de facultades precisamente de índole espiritual. Las facultades ayudan al ser humano para que este alcance su plenitud, su perfección de ser espíritu encarnado.

Como se ha manifestado, el hombre es distinto y superior a toda la realidad material, y esto no es un simple alago a la raza humana, sino que es una verdad que la filosofía nos ha señalado; el hombre es un ser en el que por sus facultades manifiesta a la divinidad, pues su fin radica en lo trascendente, en lo espiritual, de donde proviene el ser humano.

La facultad que se abordará en primer lugar es la de la inteligencia, la cual es referida de manera directa a la dimensión intelectual del hombre. El término que da el nombre a esta facultad procede del vocablo latino *interlegere*, que significa leer dentro, leer en el interior.

El hombre, entonces, al percibir la realidad no solamente se queda con una simple imagen de la misma, sino que gracias a su inteligencia es capaz de penetrar hasta lo esencial de ella, de descubrir su esencia y de aprehenderla para formular un concepto para que después pueda razonar sobre lo que aprendió.

De manera distinta pasa con los animales, ciertamente poseen una inteligencia pero sensitiva o “práctica capaz de resolver problemas en concreto, de comportarse en relación al dato presente y a la situación particular” (Lucas Lucas, *Explícame la persona*, 2016, pág. 79) su alma (como se ha expuesto a lo largo de los puntos anteriores) es de carácter sensitiva mas no espiritual y por eso se niega la racionalidad en los animales.

En el hombre no sucede lo mismo, el alma que ha recibido, de índole espiritual, lo constituye apto para conocer la realidad, pero también de reflexionar sobre la misma, de elevar su conocimiento a cuestiones metafísicas y de conocer la finalidad de las cosas y de él mismo; él, a diferencia de los animales, posee una conciencia refleja y otra concomitante, puede ir hacia él mismo en cuanto a que se sabe persona, hacia su interior y tener presente sus pensamientos, emociones y lo que él quiere alcanzar.

La inteligencia aparece, pues, en su función aprehensiva de la realidad precisa y formalmente en el momento mismo de superación del puro sentir mediante una suspensión del carácter meramente estimulante del estímulo. Por consiguiente, la pretensión de realidad no es tan. Sólo lo que subyace elementalmente a todo acto

intelectual ni es tan sólo una operación exclusiva de la inteligencia, sino que es el acto más radical de ella. (Zubiri, 1982, pág. 111)

La inteligencia propicia al hombre captar intelectualmente la realidad y reflexionar a partir de ella haciendo posible el conocimiento intelectual, del cual, como se expuso en el punto anterior, el conocimiento sensitivo que ha propiciado el mismo cuerpo no es aquí prescindido, al contrario, es materia para la aparición de las fases para alcanzarlo, las cuales son: la simple aprehensión, donde se genera la idea o el concepto; el juicio, donde se afirma o se niega una realidad respecto otra idea; y el raciocinio, que es argumentar a partir de algunos juicios.

La tendencia de la inteligencia será siempre la verdad de las cosas, pues su objeto propio es la realidad. La inteligencia ayuda a que el hombre descubra la verdad, su intelecto debe adecuarse a esa realidad y cuando sucede esto se sigue que el hombre ha alcanzado el fin de esta facultad. Se puede afirmar que el hombre, gracias al conocimiento intelectual también puede captar el bien y el mal y sus consecuencias en la realidad, de ahí que también se dice que el intelecto, al abarcar la persona humana completa, ayuda a una vivencia correcta desde el plano moral, por lo que será de ayuda indispensable para la otra facultad a ir hacia el bien que se ha encontrado.

La otra facultad es la voluntad, referida inmediatamente al actuar humano. Santo Tomás de Aquino decía que en el hombre existe una “*voluntas ut natura*” (García Cuadrado, 2010, pág. 101) a la que corresponde el deseo en todo ser humano de la felicidad, de modo que todo acto lleva consigo este deseo del hombre, mismo que se hallará colmado en Dios, por lo que los medios particulares tenderán a ese deseo natural y he ahí que se habla acerca de la “*voluntas ut ratio*” (García Cuadrado, 2010, pág. 102), la voluntad respecto a la razón en la que se infiere una determinación en estos medios, pues aquí el hombre, con el acto volitivo va hacia ellos; esta

distinción es de tinte fenomenológica pero no se habla de dos tipos de voluntades, la voluntad es una.

Se señala entonces que la voluntad responde al bien que la inteligencia ha presentado, pues se quiere lo que se conoce mas no lo que no se conoce, sin embargo nunca deja de ser autónoma respecto a la inteligencia, pero sí es de recalcar la gran coordinación de ambas facultades de manera que el hombre pueda conocer, discernir y elegir sobre el bien en general que se presenta y el bien particular como medio para alcanzarlo que se desea.

Y como se ha expresado respecto con la inteligencia, es también digno de recordar acerca del alcance de un acto voluntario, la repercusión no solo es material, sino de índole trascendente; el ser humano, por ser espiritual su conocimiento y su actuar tienden también a trascender, muy acertadamente Miguel García Baró señalaba:

Puesto que no soy sólo conocimiento, sino también voluntad, necesariamente reflejaré, como un ícono, a Dios también en la estructura de mi voluntad; en otras palabras, la finitud constitutiva de mi sustancialidad está igualmente honrada y pensionada a más allá de sí misma en lo que hace a las voliciones y a las emociones, no solo en la tarea de conocer. (De estética y mística, 2007, pág. 55)

La voluntad, junto con la inteligencia es la que hace posible los actos morales, pues la libertad humana, de la que se hablará en unos puntos después está inmersa en cada acto humano de manera inseparable. Un animal no goza de libertad porque no actúa de manera razonada, sino por mero instinto, como tampoco es sujeto de la moral porque sus acciones no son queridas de manera deliberada como las hace el hombre.

2.5 La libertad. Un aspecto esencial del ser humano que no se puede pasar por desapercibido es el tema de la libertad. Esta dimensión del ser humano está presente en todo su ser gracias a las facultades espirituales: la inteligencia y la voluntad.

El hombre es libre, y no solo se ha de expresar que tiene libertad, más bien, como una realidad que es libre, de manera que se puede señalar que el hombre es libre a partir de su ser, “no se concibe que se pueda ser verdaderamente humano sin ser libre de verdad” (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 121); posee la libertad que alberga toda su interioridad y, que a pesar de que estuviese privado de la libertad física, él continúa experimentándose como un ser libre, pues no deja de pensar y de creer cuanto le venga en gana, pero cuando él la usa buscando el bien verdadero y evita el mal se habla de una libertad de espíritu.

Cuando el hombre usa su libertad en consonancia con la verdad y con miras al verdadero bien, quiere decir que la libertad ha llegado al cumplimiento de su razón de ser. De modo que la libertad no encuentra en sí misma su finalidad, sino que la encuentra en la realización del ser humano en la perfección, por eso también se habla acerca de la proyectabilidad del ser humano.

Ese construir la existencia, el ser un proyecto, se da gracias a la presencia de la libertad en el ser humano, de modo que, nuevamente se afirma que el hombre es libre *para ser de acuerdo a su naturaleza*, que es cuando obra conforme a lo que no atenta contra su ser, y es libre *para no ser de acuerdo a su naturaleza* en el sentido en que la libertad también posibilita el actuar en contra del ser de la persona humana, y esto, lo decide él de manera libre.

Es entonces que en el hombre está presente la premisa de “soy yo quien debo decidir y experimento que soy libre de hacerlo o no” (Lucas Lucas, Explícame la persona, 2016, pág. 110), y a partir de la presencia de la libertad en su existencia también se atribuye la responsabilidad de

su mismo ser, de su proyecto, de sus actos, sujetos de carácter moral y por ende, de sus consecuencias.

La libertad también es limitada, “es finita porque el ser del hombre es finito y tiene un grado de perfección que es la participación del Ser infinito” (Lucas Lucas, Explicame la persona, 2016, pág. 117), y aunque haya factores que favorezcan una postura escéptica respecto a la libertad como la teoría determinista. Por la nota de la libertad participada también podemos expresar y recalcar acerca de la apertura del hombre a la trascendencia, tema del que hablaremos en el siguiente punto, pues a través de la libertad, la persona humana puede llegar a su perfección en la construcción y el cumplimiento de su proyecto que trasciende hasta lo espiritual. Así se excluye toda teoría determinista, que partiendo de un aspecto materialista intenta negar la libertad en el ser humano; la libertad es fruto de lo espiritual en el ser humano, mas no de lo material.

2.6 La trascendencia. El ser humano, por ser una realidad espiritual, está en apertura a trascender, a ir más allá de sí, de ir en busca de su perfección, la cual solo la encontrará en el Ser absoluto. El alma espiritual dota al ser del hombre para que tenga una conciencia que no solo lo hace capaz de percibirse como un ser más en el mundo, sino que además lo posibilita con una conciencia refleja, de manera que el ser humano puede escrutar su propio ser, es consciente de que está en el mundo pero que su constitución espiritual le exige buscar su perfección no solo en las cosas del mismo, sino en lo supremo.

Este movimiento que impulsa al hombre a trascenderse, a superarse, a ir más allá de sí, en busca de la plenitud, por su connotación tiene tres notas: es un *movimiento egocéntrico*, porque el mismo ser humano busca perfeccionarse y superarse; *filantrópico*, porque asume su condición

de ser con otros; y *teocéntrico*, porque a partir de su condición que es finita y limitada sale a la *apertura del Absoluto* (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, págs. 288-289).

Un aspecto que nos ayuda a comprender esto es cuando el hombre, a partir de la convivencia entre otros refleja su espiritualidad develando lo más íntimo de su ser, por el cuerpo y el lenguaje expresa su interior, su sentir, sus modos de pensar, sus sentimientos y emociones, así como cuando vive de acuerdo al bien común y favoreciendo la convivencia armoniosa y fraterna, “no acaba en sí mismo, en su piel, sino que traspasa y rebasa y va más allá de sí mismo” (Amengual, 2007, pág. 13).

Este modo de ser que en el hombre está reflejado de manera increíble no sería posible si no fuera gracias a la espiritualidad que él es, por eso, otro aspecto que también propicia la comprensión del hombre en cuanto un ser trascendente es la de la inmortalidad. El ser humano no hallaría un sentido en salir de sí mismo si no es porque en el fondo se sabe un ser en el que su vida se hallará plenamente con el Absoluto.

Y como se ha manifestado, la forma sustancial del hombre es inmortal, por lo que con esto decimos que la existencia, aunque incompleta, continúa subsistiendo; el ser humano es persona, y precisamente “en relación a su dimensión espiritual, es inmortal porque su alma espiritual no tiene en sí misma ningún principio de corrupción” (Lucas Lucas, *Explicame la persona*, 2016, pág. 287), por eso la inmortalidad, que está enraizada en el ser de la persona, es fundamento de la trascendencia del ser humano.

3. Realidades naturales del hombre

3.1 Proyectabilidad. La libertad humana hace posible que el hombre tenga la posibilidad de elegir lo conveniente a su vida, de tomar su rumbo, su dirección, sus decisiones, mismos que lo acercan a la perfección o a la imperfección según sea el caso, y es que, hablar de la

proyectabilidad en el ser humano es hablar de la responsabilidad que el hombre tiene respecto de sí mismo, de cómo alcanzar su realización como persona humana que, por ser un ente en el que la libertad juega un papel importante, depende de él, como también depende su no-realización en cuanto tal. De esta manera, el actuar humano es muy importante, pues:

La existencia humana es un *hacerse*, pero no en el sentido de hacer cosas, sino en el sentido de que su mismo ser es un quehacer. Para los demás seres del universo existir no es problema; el hombre, en cambio, existiendo debe hacer su existencia, su existir. (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 180)

Sin embargo, es de resaltar que en la proyectabilidad de la persona humana siempre se hablará de la tendencia natural a la perfección, a la realización plena del ser humano, pero es de mencionar que, cada acto del hombre está orientado a la posesión de la felicidad y aunque lo haga de manera equivocada, él siempre buscará un motivo para darle sentido, para buscarla y conquistarla en el mundo en el que está inmerso, pues “no se trata, por tanto, de la autorrealización en sí misma, sino de una realización a través del rodeo por el mundo, las cosas, las personas” (Frankl, *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*, 2005, pág. 72).

3.1.1 Felicidad. Desde el pensamiento antiguo la felicidad es un tema del cual se ha venido reflexionando en distintas ciencias, incluyendo la filosofía. La experiencia nos señala que la felicidad es un estado de ánimo que produce en el hombre cierto nivel de satisfacción, alegría, tranquilidad; pero aquí se aborda a la felicidad de un modo trascendente en la persona humana.

La felicidad, lejos de un sentimiento, aparece cuando la persona humana es responsable de su existencia; las facultades de la inteligencia y la voluntad son clave para alcanzarla, pues la verdad y el bien serán pauta para la realización de todo ser humano y, por tanto, de su auténtica felicidad.

Un hecho de experiencia es que ningún bien creado satura el deseo de felicidad del hombre. El querer del hombre siempre está abierto a algo más; en otras palabras, la voluntad «siempre quiere más» porque apunta «más alto»... El deseo de felicidad que no se satura nunca en la tierra apunta a un destino trascendente de la persona humana. (García Cuadrado, 2010, pág. 101)

El hombre, por tanto, mientras más oriente su vida a la verdad y al bien, y realice en su situación concreta obras de acuerdo a estas, se infiere entonces que el hombre está conquistando su existencia y dando lugar a la verdadera felicidad; así, el ser humano nunca encontrará la felicidad verdadera si no es en la perfección que se construye día a día con todo el ser en el mismo proyecto de persona humana.

3.2 Coexistencia. Otro aspecto fundamental en el ser humano es la coexistencia, misma que refiere a su aspecto social. Ya en el pensamiento antiguo griego, Aristóteles definió al hombre como un *animal político*, un ser social que construye su desarrollo personal en un lugar y tiempo determinados pero rodeado de personas, no aislado.

El hombre, gracias a su racionalidad y por supuesto, al ejercicio de su libertad, al descubrirse y actuar como alguien que vive con otros se desarrolla como tal y logra verdaderamente construirse, “cada vez que se aísla, con la pretensión de bastarse en su narcisismo orgulloso, decae y se deshumaniza” (Lepp, La existencia auténtica, 1963, págs. 22-23).

La coexistencia, es por tanto, una capacidad que se funda en el mismo ser de cada persona humana, por lo que no puede huir de esta realidad si quiere alcanzar esa realización auténtica que tanto anhela, pues como bien lo ha expresado Karol Wojtyła:

No se trata solo de que el hombre «por naturaleza» exista junto con otros y que tenga que actuar junto con ellos, sino que su actuación y existencia «junto con otros» puede alcanzar madurez, una madurez específica, que es, en concreto, la madurez esencial de la persona. (Persona y acción, 2011, pág. 394)

3.3 Pro-existencia. Si la pro-existencia denota el aspecto social del hombre, la pro-existencia es en referencia a hacer de las relaciones humanas fructíferas y plenas. El personalismo ha enriquecido la reflexión acerca de este tema, señalando que el cumplimiento de la fructificación y de la plenificación de las relaciones humanas se da cuando el ser humano percibe a otro de su misma condición como un distinto pero con las mismas capacidades y la misma meta, la felicidad, la realización de su persona, a esto se le ha llamado *alteridad*.

La alteridad que el personalismo ha promovido es un aspecto único del ser humano, despierta en el hombre los valores morales y es capaz de manifestarlo como un ser que no solo es para sí, sino para otros; de esta manera, las relaciones sociales son colmadas y por ende, la sociedad alcanza el bien común, por lo que exige al ser humano el reconocimiento de los valores absolutos que él mismo posee o de los que está a cargo, como responsable de su existencia y la de los demás como es la vida misma, la dignidad del hombre, entre otros, así como respetar los derechos humanos fundados precisamente en la dignidad de la persona humana y que exigen ser respetados.

Así entonces, la pro-existencia permite el bien común y la correcta interpretación de las palabras “mi bien es que tú realices tu bien” (Chalmeta, 2011, pág. 78) y “tu bien es que yo realice mi bien” (Chalmeta, 2011, pág. 78), de modo que el auténtico progreso social y la verdadera plenificación de las relaciones humanas siempre estarán fundados en el valor absoluto de la persona humana.

3.4 Intersubjetividad. El aspecto social del hombre y la racionalidad que posee también nos permite abordar el hecho que él es capaz de descubrir el valor de su persona, puesto que conoce su ser en el tiempo y en lugar que está siendo. El ser humano, al saberse un ser en relación, se ha descubierto ante todo, como un Yo y se identifica respecto a los demás seres como alguien único e irrepetible, incluso respecto a los de la misma naturaleza que él posee, por lo que capta su individualidad y la de cada ser humano con que se llegue a encontrar.

Este descubrir del otro hace tener en claro que no se está topando gnoseológica y ontológicamente con él mismo, sino con alguien más, de manera que la conciencia del Tú está presente en su acontecer de vivencias, que es esencialmente de carácter social.

En realidad, el hombre no se limita a conocer o reconocer la existencia del Otro, a saber que es conocido y reconocido por el Otro. Desde el momento en que se encuentra con el Otro, tiende hacia la inauguración de una experiencia totalmente diferente de cuanto había podido realizar en la soledad o en las relaciones objetivas del mundo exterior. Quiere entrar en una comunicación directa con él, sin pasar por ninguna objetivación. (Lepp, La comunicación de las existencias, 1964, pág. 25)

Así, los aspectos que atañen a la dimensión social del hombre siempre se llevarán a cabo en esta conciencia de ser distinto a otro, pero con la misma condición y la misma meta; el carácter personal tanto del Yo como el del Tú siempre estará presente, por lo que el ser humano no actúa sin la noción de que los actos que son llevados a cabo por él repercutirán en su historia y en la historia del otro y que les llevará a alcanzar la auténtica realización como personas.

3.5 Dolor. Continuando con la reflexión fenomenológica del hombre se encuentra una realidad que él, a lo largo de su vida experimenta en todo su ser, se trata del dolor. El dolor es

para el género humano, en primera instancia, algo desagradable que le impide realizarse como persona, cumplir sus sueños, colmar su proyecto, es una demostración de la limitación del hombre.

El dolor le recuerda al ser humano su condición de finitud, por lo que, visualizando esta realidad en un plano existencial, el dolor hace notar al hombre como alguien que no es dueño de su existencia pues, el dolor, manifestado en distintas maneras, tarde o temprano lo puede interpelar, sea de modo transitorio o de modo en el que lo conduzca directamente a la muerte.

La experimentación del dolor está, en cambio, en continuidad posible con la desesperación absoluta. El enigma abre al hombre a todos los vientos de todas las posibilidades; el dolor es la definitiva comprobación de la miseria de uno mismo, o sea, de la radical menesterosidad, que sólo puede descubrir en sí el hombre en su madurez, después ya de un periodo de búsquedas por la cara enigmática del mundo. (García-Baró, 2007, pág. 49)

El hombre, ante el dolor y el sufrimiento está siempre en la capacidad de buscar y encontrar un sentido a esas realidades, presentes a lo largo de su vida, también, esas experiencias son una oportunidad que tiene para perfeccionarse corporal, espiritual y moralmente, pues, al confrontar la existencia limitada por el dolor, puede despertar en él actitudes virtuosas, como la humildad, la generosidad, el perdón, entre otras.

El dolor realiza en nosotros una catarsis, una purificación, corporal y espiritual; nos hace menos dependientes de nuestro capricho; nos eleva por encima del interés, porque aprendemos a renunciar a aquello que en la nueva situación no podemos tener (libertad de movimientos, fuerzas para trabajar, etc.). (Yepes & Aranguren, 2003, págs. 327-328)

3.5.1 *Mal*. Como se ha abordado, el dolor deja de manifiesto la finitud del ser humano, lo confronta con su propio ser y lo cuestiona respecto a su vida y a su plenitud. Otro aspecto del hombre que está presente en su vivencia y que no se ha de pasar por alto es, sin duda alguna, el del mal, mismo que ha sido causa de la presencia del dolor en el hombre.

Se aborda este punto recordando que cuando se habla de *mal*, se está refiriendo a la privación de algún bien. La iluminación que hace al respecto el gran pensador moderno, Leibniz, quien proclamaba que el mal está presente en el mejor mundo posible y que se puede clasificar en tres, a saber: el mal metafísico, que es respecto a la finitud del ser humano, no posee el ser en plenitud, por lo que es limitado; el mal moral, que está presente gracias al ejercicio erróneo de la libertad, este es gracias al mal metafísico pues el hombre es limitado, por lo tanto se equivoca; y el mal físico, que así como el mal moral es por la no participación de la plenitud del ser, de igual modo, limitado, también se infiere que el mal físico es por el mal metafísico, es decir, la finitud de su ser lo sujeta al devenir.

Como se sabe, los males que el hombre no puede evitar debido a que su naturaleza es limitada y está sujeta al cambio, a la corrupción misma, sin embargo, el mal metafísico y el mal físico no son impedimento para que no pueda evitar el mal moral. Gracias a la libertad, el hombre se construye cuando opta por la verdad y el bien. La auto-construcción del hombre es, sin duda alguna, una tarea de índole existencial para él mismo, pues, como se ha plasmado, el mal moral lejos de perfeccionar la existencia del hombre, la arruina y aniquila, es contraria a su naturaleza.

De esta manera, el hombre ha de estar atento para que, precisamente en actuación humilde, pueda llevar su vida por los caminos del bien y por ende, a los caminos de su perfección. Actuando conforme al bien, que le otorga la plenitud, podrá evitar los dolores que el

mal moral puede propiciar a la existencia del ser humano, como el fracaso y el sufrimiento. Pues como es sabido, gracias a su libertad, origina el mal moral, pero también por la autodeterminación que propicia la libertad puede erradicarlo, por lo que es válido señalar que “el hombre causa sufrimiento cuando utiliza su libertad de tal modo que origina un daño innecesario a los demás. En ese momento se hace a sí mismo malvado. Los criterios morales sirven precisamente para señalar ese comportamiento como malo” (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 338)

3.5.2 Muerte. Una realidad a la que no escapa ningún ser vivo es la de la muerte, en el ser humano está presente esta realidad de la cual no puede escapar; es también el hombre un ser que experimenta el dolor, recordándole a partir de esto la finitud de su ser, que está en la posibilidad de perecer y de morir.

La reflexión acerca del hombre nos señala que él es un ser que posee conciencia refleja, misma que le hace tomar en cuenta que él está situado en el mundo, y sujeto a la finitud, a quien el momento de la muerte le llegará tarde o temprano, es un ente mortal, que algún día dejará de vivir y, como lo señala Heidegger, vive en angustia hasta que le llegue su muerte.

La muerte es un acontecimiento del cual no puede escapar ningún ser vivo; en la persona humana se sitúa en un plano muy íntimo de ella y, por tanto, es personal, de manera que un individuo nunca podrá experimentar su muerte en otro, él experimenta su propia muerte en un carácter personal, pues nadie experimenta la muerte de otro.

La conciencia que el hombre tiene, que algún día morirá, es motivo para que aproveche su vida y pueda alcanzar su perfección como un espíritu encarnado, como lo que es.

El acto de morir en la persona humana aparece cuando su forma sustancial padece una separación respecto a la materia, el cuerpo. Se dice «padece» porque la separación del alma y del

cuerpo es brusca; es preciso recordar que el alma y el cuerpo comenzaron a existir juntamente, y que cuando hablamos de *persona humana* no solo nos referimos al alma o solamente al cuerpo, sino a su cuerpo y a su alma, por eso, “la pérdida del cuerpo significa la destrucción de la persona en cuanto tal” (Burgos Velasco, 2009, pág. 362); la palabra adecuada para referir a la materia que no posee ya la animación de la forma sustancial es la de «cadáver».

La muerte es natural en el hombre por la condición limitada respecto al Ser y por la materialidad del cuerpo humano, mismo que está sometido a las dimensiones del espacio y del tiempo, sujeto al cambio, a la corrupción, al desgaste, que son realidades que propician la muerte; para que el cuerpo esté animado, este debe tener ciertas condiciones necesarias. No por nada, cuando el cuerpo deja de tener salud y no funciona adecuadamente sobreviene la muerte, lo mismo dígase en un accidente: si el cuerpo sufre graves daños la muerte aparece.

El tema de la muerte tiene una exigencia moral aún en el campo clínico; tratar de la muerte en el hombre, es abordar una realidad que atañe a su persona, de ahí que, los organismos de salubridad, tanto privados como públicos estén obligados a actuar con especial cuidado a la integridad de la persona humana, teniendo en cuenta su dignidad y valor como realidad espiritual.

Las situaciones actuales que en sí mismas carecen de justificación moral, antropológica y sociológica son la eutanasia y el aborto, en el primer caso, se acelera el momento de la muerte, en el segundo, es la muerte provocada inmediata y cruelmente de un ser humano.

Por último, teniendo en cuenta la realidad espiritual y finita del ser humano, es menester señalar su carácter trascendente. Su misma condición no limita su ser hasta la muerte, sino que, en su alma, su existencia continúa subsistiendo, por lo que se ha de concebir a la muerte como un accidente, pero no una determinación ontológica de la existencia humana. La mortalidad del

hombre es también motivo para que él asuma su existencia conforme a lo que las facultades le señalan: el bien y la verdad; y alcanzar la plenitud en la trascendencia.

CAPÍTULO 2. EL HOMBRE, EL DASEIN, EN EL PENSAMIENTO DE MARTIN HEIDEGGER.

1. Conceptos metafísicos

Antes de adentrarse en el pensamiento de Martin Heidegger, autor propuesto para llevar a cabo esta investigación filosófica, es necesario enunciar conceptos metafísicos para que el lector pueda comprender de una manera más fácil el pensamiento heideggeriano.

1.1 Noción de ente. La palabra *ente* significa «lo que es» (*id quod est*), procede del verbo *ᾔν*, “esta palabra es participio de εἶναι, en latín *ens*, del verbo *esse*, que significa *ser*” (Berciano Villalibre, 2018, pág. 65) y enuncia una realidad en cuanto a existente, a que es; todas las cosas son entes, existen, poseen el acto de ser que los mantiene existiendo.

El pensamiento y la reflexión acerca de lo existente se encuentra ya desde la antigüedad en Parménides, Meliso, Demócrito y Empédocles, han aportado acerca del ente nociones que sin duda, favorecerán a la edificación de la filosofía de los clásicos antiguos. No fue entonces sino hasta Platón con quien la reflexión acerca del ente pudo dar un paso significativo; su concepción dualista de la realidad concebía a las ideas como entes, así también como la realidad sensible, la reflexión de la metafísica funda sus inicios aquí, pues si las ideas y el mundo sensible son, existen y poseen el ser participado, sobreviene la pregunta acerca del ser (Berciano Villalibre, 2018, págs. 65-69).

Más tarde, Aristóteles abordó la cuestión del ente señalando que “el concepto de ente se refiere al ente actual y al ente posible, al ente que *es* o al que *será* cuando se desarrollen las potencialidades, que ya existen en el ente actual” (Berciano Villalibre, 2018, pág. 72), definiendo así al ente como una realidad determinada, con la posibilidad que sus potencialidades sean colmadas. También abordó al ente como un término no perteneciente a ningún género, pues en sí

es el más general de los términos, del mismo modo, el lenguaje designará todo cuanto sea ente. También ha mencionado tres distinciones a la hora de inferir al ser de los entes, a saber: el ontológico, que es el ente real; el sentido copulativo y el ser verdadero o falso.

En el pensamiento escolástico, el gran *Doctor angélico*, santo Tomás de Aquino, concibió al ente como lo primero que el intelecto humano aprehende, por lo que el ente es el objeto del entendimiento del hombre (Berciano Villalibre, 2018, pág. 18), mencionando también acerca de la constitución del ente, señalando además en su reflexión de la sustancia, la esencia y los accidentes, que la cosa es *lo que es (quiddidad)*, misma que posee el acto de ser, queriendo distinguir así una diferencia entre el ente en cuanto tal y el ser del ente.

En la época moderna, con el pensamiento de Kant, la concepción de ente se desvirtuó, el valor que el conocimiento metafísico que puede alcanzar la reflexión filosófica fue meramente denigrado hasta ser considerado como superfluo. La doctrina kantiana planteaba fundamentar el ente y su inteligibilidad en la razón humana y no en la realidad, el moderado realismo ya no fue tomado en cuenta, y el idealismo impuso las pautas no solo del conocimiento intelectual sino del sustento ontológico de toda la realidad.

Fue en el pensamiento post-moderno en donde Nietzsche con su nihilismo propone que la realidad está fundada en la nada. El que debe ser *el super hombre*, el ser humano, capta esa realidad mediante su propia interpretación, reduciendo la verdad ontológica al ámbito subjetivista y relativista, por lo que la reflexión del ser pierde el valor trascendental para ahogarlo en la nada.

Martín Heidegger ha dado una concepción totalmente nueva y original en la reflexión del ser. Sin embargo, ha criticado a la metafísica, que es la ciencia del *ente en cuanto ente*, por centrar su estudio en lo esencial y no meramente sustancial y causal del ente, porque “se ha

confundido con la física, en la medida en que pregunta sólo y exclusivamente por el ente, quedando la interrogación por el ser del ente en el olvido” (Ávila Crespo, 2007, pág. 68).

Hay diferencia, como Heidegger proclama, cuando se habla acerca del ente y del ser del ente. Define al ente como “todo aquello de que hablamos... a lo que nos conducimos de tal o cual manera; aquello que somos y la manera serlo” (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019, pág. 16), *es* una realidad participada y está concretizada en una esencia, pero no es el ser, es algo que se mueve “entre lo que es y la posibilidad de no ser” (Ávila Crespo, 2007, pág. 69), denotando la contingencia de la existencia del ente. En cambio, “el ser está implícito en el «qué es» y el «cómo es»; en la realidad en el sentido más estricto” (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019, pág. 16); el ser está presente en todo cuanto existe.

Continuando con el pensamiento del alemán, manifiesta que, para llegar a hacer una auténtica fenomenología del ser, es necesario remitirse en primera instancia al ente, pues este conduce al ser y a su develamiento en el “ver a través” (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019, pág. 16).

Así, se encuentra el ser concretizado en el ente; sin embargo, en una concepción lógica de la realidad, el concepto de *ser* reclama que se infiera como indefinible, pues “no habría género al que pertenezca y por el cual definirlo. Mas, por otra parte, la definición del mismo sería perfectamente innecesaria” (Gaos, 2017, pág. 20). Sin duda alguna, Heidegger ha dado una visión distinta a la reflexión metafísica sobre el ente en cuanto tal.

A manera de conclusión, el ser del ente, tal como se ha expresado, se ha de distinguir; la realidad entitativa misma está participada del ser. *Ser* es ontológica y conceptualmente superior a lo que *es* ente. Igualmente, se infiere que *ente* “significa de modo principal la *cosa* que es, y la designa precisamente en cuanto tiene el ser” (Alvira, Clavell, & Tomás, 1993, pág. 28), pero no a

lo que hace que la cosa *sea*, que es el mismo “*ser* de la *cosa*, el ejercicio del acto de ser” (Alvira, Clavell, & Tomás, 1993, pág. 28).

Mucho servirá este panorama para continuar abordando acerca del pensamiento heideggeriano y de la concepción que el alemán tiene del hombre.

1.1.1 El modo de ser. Se ha expuesto que el ente goza de un acto de ser, sin embargo, es una realidad determinada por la forma. Toda la realidad está gozando de la participación del ser de manera particular, no en grado sumo, ya que solo eso le compete al Ser, que es el acto intensivo, el acto puro y el que participa a la realidad posibilitándole la existencia.

Ahora bien, al modo determinado en el cual existe toda realidad se le conoce como esencia, ella hace que el ente “sea lo que es” (Alvira, Clavell, & Tomás, 1993, pág. 29), se identifica con la forma en razón a que ella determina dicha realidad. Así, todas las cosas reciben distintos nombres gracias a la esencia, podemos referirnos a ellas de manera clara y distinta, resultaría difícil hacer una fenomenología de cierta realidad sin el binomio de *ser* y *esencia*.

La esencia, antes de participar del acto de ser, “no era nada” (Alvira, Clavell, & Tomás, 1993, pág. 115); pudiendo así decir, que esto es un sustento que la metafísica proporciona para la distinción de cualquier realidad, determinada en su modo de ser y que se manifiesta, o se ha de manifestar en cuanto tal, pues la forma sustancial ha capacitado a la materia prima para que se manifieste y sea de modo distinto, de aquí que se hable del género y de la especie de todo cuanto esté participando del acto de ser.

Heidegger, en las *Anotaciones a la psicología de las visiones del mundo de Karl Jaspers* señalaba que la existencia es determinada (Hitos, 2015, pág. 36), la realidad, el ente en cuanto tal, siempre se encontrará de una manera distinta a las demás, incluso con los de su misma especie, el principio de individuación hace posible esto.

El alemán también reflexiona en el verbo *ser*, y como se dice que la existencia *es* determinada, es menester también apuntar nuestro pensar en el hecho en que la existencia se encuentra limitada, por lo que en la suma de todo cuanto es, en las realidades determinadas, se encuentran perfecciones, las cuales invitan al ser humano a pensar acerca de lo que sustenta toda realidad, el Ser. Y como se expuso en el punto anterior, esto llevará al ente racional que puede distinguir, diferenciar y clasificar las esencias, a la pregunta por el ser.

Martin Heidegger también ha insistido en que la existencia y su determinación en un modo concreto de ser, que se ha hecho acto en cierta realidad, se debe a *su origen*, al ser, de tal manera que, a través del ente se puede llegar al *desocultamiento* del mismo *origen*. Algo similar pasa en una obra de arte que “enaltece al maestro..., hace que el artista resalte como maestro del arte... Ninguno es sin el otro” (Heidegger, *Arte y poesía*, 2018, pág. 35).

No por nada, es importante reconocer la esencia de las cosas, esto ayudará a encausarlas hacia su finalidad, a que el *fin operandi* sea concorde con el *fin operis* de las mismas y, como se enunciará en las siguientes páginas, se eviten inadecuaciones, pues la misma esencia de las cosas que ha sido descubierta por el hombre gracias a su intelecto está deduciendo su fin por su modo concreto de ser.

1.2 El acto del ente. Después de abordar sobre lo que determina a las cosas, la esencia, es preciso ahora hablar acerca del elemento principal del ente que es su ser mismo. Ya antes se mencionaba que para hacer una fenomenología del ente es necesario distinguir su ser y su esencia.

La afirmación «todas las cosas existen» no es absurda, pues aunque parezca redundante, manifiesta una perfección. Todo lo que existe posee el ser de manera participada, está en acto, por el hecho de ser ya está manifestando la perfección, esta afirmación también hace precisar el

hecho que nunca nos referimos a algo sin partir del ser, pues ¿qué de lo que el pensamiento y nuestro lenguaje nos puedan remitir no tenga por principio el ser?, todo cuanto existe es perfecto ontológicamente, sin dejar de lado la gradación del ser respecto al absoluto. La perfección de toda realidad es el ser mismo que la mantiene en la existencia y la conserva en la realidad.

Es gracias al ser por el que todas las cualidades de las cosas están presentes en ellas, pues invade toda la realidad, estando bajo su sustento y participación, unas en mayor grado, otras en menor, según la determinación de su modo de existir. Martín Heidegger, distinguiendo al ser del ente, ha hecho una consideración importante, no solamente respecto al ente, sino hacia su determinación y modo de existir concreto; el alemán dice que “el ente nos encuentra por todas partes, nos lleva y nos reprime, nos encanta y nos llena, nos eleva y nos desilusiona” (Berciano Villalibre, 2018, pág. 78), toda realidad participa del ser. Así, el ser está manifestado y participado y concretizado en los modos de vivir, en última instancia nos referimos a él.

Es entonces, que el ser es aquello por lo que las cosas son, hace que estas sean, es la propiedad más íntima de ellas, de todo ente. En otras palabras: el ente no sería algo, ni gozaría de la perfección de existir si no posee el ser, pues “nada tiene actualidad sino en cuanto que es. De ahí que el mismo ser sea actualidad de todas las cosas y también de todas las formas” *S. T. I, 4, 1, ad 3* (De Aquino, 1988, pág. 124). Por eso, en cuanto a las propiedades y acciones de los entes, se expresa el hecho que el presupuesto de todas y cada una de ellas es el ser; ninguna de ellas puede existir sin él, es lo íntimo del ente total confiriéndole la perfección, el *esse* es perfección, y trasciende a cualquier otra realidad.

La reflexión de Heidegger en torno al ser ha sido muy interesante, pues como se planteará en los siguientes puntos, se debe retomar la distinción olvidada de la metafísica entre el ente y su ser. En el pensamiento respecto al ente, distingue al ser humano respecto a la demás realidad,

pues en él se manifiesta el ser de manera diferente, concreta y sublime, no por nada lo llamará Dasein.

1.3 El Ser, acto intensivo. La experiencia señala al ser humano uno de los datos más importantes para la reflexión metafísica, esto es, el hecho que los entes al estar siendo partícipes del ser, en cuanto mayores perfecciones tengan, tienen una mayor participación del ser. Hay una gradación de los entes respecto al ser.

La doctrina de santo Tomás de Aquino contribuye al pensamiento filosófico respecto a la distinción del Ser subsistente y del ser de los entes, mismos que tienen una perfección, que es su acto de ser. Cuando el ser humano percibe perfecciones en las cosas distingue también que unas realidades las poseen en mayor grado respecto a otras; es precisamente que desde este dato empírico parte la cuarta vía para argumentar la existencia de Dios, pues a partir de las perfecciones de las cosas se llega a concluir que lo perfecto no puede tener su origen en lo imperfecto, sino solo en algo aún más perfecto, y sin seguirse hasta el infinito (que no es posible), nos remite hasta el ser Perfectísimo, al Ser subsistente mismo, al que confiere a todos los entes perfecciones, al que “participa sin ser partícipe, porque es la fuente de todo lo que es” (Reale & Antiseri, 2010, pág. 491).

Se dice, por tanto, que el Ser posee el acto de ser en toda su amplitud pues Él es el Ser, a Él le pertenecen todas las perfecciones, sostiene en la existencia a toda realidad “como de su Principio radical, más total y profundo. El punto de encuentro entre la criatura y su Creador es el ser, cuyas peculiares características justifican la plena subordinación de la realidad finita al Ser subsistente” (Alvira, Clavell, & Tomás, 1993, pág. 113).

2. El ser personal

Ya en el capítulo anterior se definía al hombre como una *persona*, ahora se ampliará este término a su grado de comprensión mayor. La metafísica designa con el nombre de persona “a los seres más perfectos que existen, es decir, Dios, los ángeles y los hombres” (Alvira, Clavell, & Tomás, 1993, pág. 125), por lo que es necesario destacar las notas que definen en modo general a la persona.

Se dice pues, que la persona es, en primer lugar, subsistente, no solamente como sustrato de los accidentes, sino indicando que existe *en sí misma*, denotando así que la persona en cuanto a esta participación del ser goza de mayor perfección, pues la autonomía y la independencia se dan en el subsistente de acuerdo al grado de participación que tiene del ser (García Cuadrado, 2010, pág. 131).

La persona también tiene la característica de no poder comunicar el ser, de crear, pues el acto de ser que posee es único e intransferible, su ser es propio y es lo que hace que todas sus perfecciones reluzcan y se manifiesten. En el caso de la persona humana cuando se reproduce, no quiere decir que está comunicando el ser a otro organismo nuevo, sino que es una causa segunda para que se propicie el acto de ser en este organismo. La persona, por tanto, no es dueña del ser, sino que solo lo custodia; el Ser subsistente es el único que puede comunicar el ser, haciendo participe de él a toda realidad que sea posible.

También decimos que la persona posee un intelecto, una racionalidad, así, el conocimiento intelectual es un rasgo característico de la persona. En el Ser subsistente, el conocimiento está en total y absoluta perfección, no hay génesis en su conocimiento, desde siempre ha sabido todo, no por nada, su nota es el de la *omnisciencia*; en cuanto a los ángeles, poseen un conocimiento más perfecto respecto al hombre, pero por supuesto, inferior al de Dios.

El conocimiento intelectual del hombre es trascendente, pues también por él se da la apertura “al ser, a la belleza, al bien y a la verdad, propiedades que se encuentran en el mundo material, en las demás personas y, en última instancia, en Dios mismo” (García Cuadrado, 2010, pág. 131).

Otra nota que define a la persona es la de la individualidad, la cual se distingue de otros individuos de su misma especie, la nota hace que se distinga de otros. El acto de ser individúa a la esencia cuando la hace ser en acto, por eso, todos los entes son distintos en cuanto a seres individuales, aunque pertenezcan a una misma especie.

En la persona humana, que es propiamente individuo y a la vez una realidad psico-somática, es el ser que más perfección presenta en el mundo material, por sus facultades se manifiesta como un ser libre y responsable de los actos, que son personales. De aquí que el sustento metafísico para la calificar a un acto respecto a lo moral sale al campo, pues lo que está propiamente en una determinación y cualificación moral se aplica en una responsabilidad que radica al dueño del tal acción; no por nada Tomás de Aquino dirá respecto a las personas humanas, que esto que manifiesta su particularidad e individualidad, precisamente las distingue, “dominan sus actos, siendo no solo movidas, como las demás, sino que también obran por sí mismas, los singulares de naturaleza racional tienen un nombre especial. Este nombre es *persona*” *S. T. I*, 29, 1 (1988).

3. El Dasein

Llegamos al punto medular del pensamiento de Martin Heidegger, el Dasein, término compuesto por el *Da*, (ahí/aquí), denotando situación en un espacio y en un tiempo determinados, presentes en la realidad, y por el *Sein*, (ser), concepto que envía a la referencia del ser humano; *Dasein* será entonces, el *ser-ahí* (Moreno Claros, 2015, pág. 52). José Gaos comenta al respecto del término «Dasein» que este significa *existencia*, pero Heidegger llama así al ser

humano porque es el ente al que *le va el ser* (Introducción a El Ser y el Tiempo de Martin Heidegger, 2017, pág. 9), es decir, el ente humano es distinguido de todos los demás entes porque su constitución es *óntica*, tiene una relación particular y distinta con el mismo ser (Moreno Claros, 2015, pág. 52), que es comprendido y proyectado hacia delante por el Dasein.

El Dasein existe y se mostrará de acuerdo a su existencia y en ella misma, es un ente concreto y sometido al espacio y al tiempo, es también manifestación del ser, se ocupa de él y se pregunta por él. Esto hace inferir que el ser humano, desde el momento en el cual es, su modo de existir se distingue de manera inmediata de la nada, misma que lo acompañará durante toda su vida en el mundo terrenal, manifestada en la angustia. El Dasein es también el reflejo del mismo ser, su existencia y las capacidades, superiores a cualquier ente material, están en potencia de *mostrarlo* cuando él lo abraza en la totalidad de su finitud.

Con base en esto, se puede hablar acerca del cuidado de la propia existencia que tiene el Dasein; ese cuidado está llamado a hacerlo hasta la hora de su muerte, pues el mismo ser necesita manifestarse de acuerdo a la esencia de los entes. De la misma manera, así como el lápiz es, en cierto sentido, colmado cuando su finalidad se está realizando, es decir, cuando lo utilizan para la escritura, así también el Dasein, su existencia debe de colmarse y a esto se llega cuando la esencia de él está siendo conforme a su existencia; no por nada “la «esencia» del «ser ahí» está en su existencia... El «ser ahí» se determina como ente, en cada caso, partiendo de una posibilidad que él *es* y que en su ser comprende de alguna manera” (Heidegger, Ser y tiempo, 2019, págs. 54-55).

La insistencia en remarcar la esencia del Dasein es porque este ente, como se ha expuesto en el capítulo primero de este trabajo, posee una conciencia de índole espiritual, misma que le

permite el conocimiento de su esencia, tiene conciencia de sí mismo, la cual parte de su esencia, de la determinación de su modo de ser.

En la Introducción a *¿Qué es metafísica?*, Heidegger expone que la afirmación de que el hombre existe se refiere a que “es aquel ente cuyo ser está definido desde el ser y en el ser, por medio de un abierto estar dentro del desocultamiento del ser” (Hitos, 2015, pág. 306), esta afirmación es una consideración que respeta la realidad del hombre en cuanto a que su esencia ha definido su modo de ser, pues la consideración de que el «ser ahí» es ya una realidad ontológica determinada preserva de tendencias ideológicas en las que se cree que él es un ente sin definición ontológica, por lo que tiene la libertad o deber de *construir su esencia*, ya el pensamiento de Sartre ha sido un claro ejemplo de esto, pero en realidad no es así.

Está en claro que el ser humano es una realidad llamada a *construir su ser* pero en el sentido moral, recordando que es una realidad con la posesión de libertad por ser espiritual, la determinación de su esencia es ya dada, pero es fundamental tenerla presente para que, a partir de ahí, dirija su existencia, pues su “esencia existencial... es el fundamento para que el hombre pueda representarse al ente en cuanto tal y tener una conciencia de lo representado” (Hitos, 2015, pág. 306).

Es oportuno enunciar algunas otras características que se atribuyen al Dasein como un ente en el cual su esencia es el existir, son los *existenciaros*, mismos que ayudan a comprender la realidad del hombre. El primer existenciaro y más general es el *ser en el mundo*, se dedicará un punto para hablar sobre esto; el segundo, la disposición afectiva, el ser humano existe y está llamado a comprender su propia existencia como realidad al que *le va su ser*; el tercero es comprender, aquí se descubre la posibilidad de existir como proyecto, la comprensión auténtica del ser se da cuando su actuar concuerda con el mismo; el habla, cuarto existenciaro, es la

característica de este *ser en el mundo*, quien se manifiesta expresándose, comunicándose y comprendiendo; y el último es la cura (*sorge*), que unifica los anteriores y posibilita al Dasein para situarse en el tiempo, con un pasado, en el presente y con apertura al futuro, que es incierto (Fidalgo Benayas, 2013, pág. 110).

4. La pregunta por el ser

Heidegger afirmó al comienzo de su obra *Ser y tiempo* sobre el olvido que la metafísica ha tenido respecto al ser, por lo que ha de replantear su situación para volver hacia la cuestión del ser y como se ha expresado anteriormente, el concepto de «ser» es el más general de todos los conceptos, es el más comprensible en cuanto a que toda la realidad se manifiesta, y por eso el autor lo ha catalogado como indefinible (2019, págs. 11-13).

Sin embargo, la vuelta hacia el ser implica preguntarse por él. Entre todos los entes el único capaz de tener “una comprensibilidad «de término medio»” (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019), es el mismo Dasein, “es el lugar iluminado, en el cual todo lo real llega a ser comprendido” (Berciano Villalibre, 2018, pág. 30); he ahí el hecho que se diferencia de las demás realidades. Ahora bien, esa comprensibilidad de «término medio» es el hecho que el hombre tiene de la posesión del concepto de ser de modo limitado y aproximado, por lo que es un reflejo de su finitud y el sometimiento a la determinación de su existencia en el existir.

El llegar al conocimiento del ser es “conocer y buscar «qué es» y «cómo es» un ente” (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019, pág. 14), llegar a conocer la esencia de las cosas, distinguirlas y utilizarlas de acuerdo a su esencia. “Para saber lo que es el ser hay que someter a la pregunta el ente, ya que es en el ente donde se nos muestra el ser” (Berciano Villalibre, 2018, pág. 30).

El Dasein puede descubrir el ser de la cosa, es un ente el cual tiene la capacidad de llevar a la realización completa de su existencia a los demás entes, esto en la medida en que descubre

su esencia y por ende, su finalidad; lo interesante es que no solamente puede decir el ser de la cosa, sino también el ser de él mismo, comprenderlo y asumirlo. La pregunta por el ser también adquiere su culmen cuando el Dasein descubre el sentido del ser de las cosas, “por lo tanto, y en definitiva, «sentido» es —respecto al ser y su comprensión— lo posibilitante, lo condicionante, es decir, la «condición de posibilidad» de la comprensibilidad (Verständlichkeit) del ser” (Escudero Pérez, 2010, pág. 99).

5. Ser ahí

Se ha dicho que la misma palabra de *Dasein* hunde sus raíces etimológicas en *el ahí de la existencia*, es el ente al que *le va su existencia* y se distingue de las demás realidades, el ser se refleja en él de una manera distinta, existe y está en la posibilidad de *comprender* las distintas realidades por la propia experiencia. Heidegger señala al respecto que:

Al «ser ahí» es esencialmente esto: ser en un mundo. La comprensión del ser que es inherente al «ser ahí» concierne con igual originalidad, por ende, al comprender lo que se llama «un mundo» y al comprender el ser de los entes que resultan accesibles dentro del mundo... El «ser ahí» tiene, en suma, una múltiple preeminencia sobre todos los demás entes. (Ser y tiempo, 2019, pág. 23)

Esa comprensión de los entes el Dasein la hace, y lleva a su cumplimiento en su estado determinado de existir en un espacio concreto, y partiendo del modo de ser de las cosas, descubriendo el sentido de ellas, de los útiles y así, el *ser ahí* puede llevarlos a cumplir y a alcanzar su finalidad.

Esta posibilidad que el Dasein tiene, la de conocer el modo concreto de existencia de los entes, partiendo de él mismo al saberse como tal, es también un *develar* la existencia de las cosas; Heidegger la llamó *αλήθεια*, *alethéia*, pues no solamente es el *ser ahí* el que está en las

condiciones del descubrir el *abrir* de la realidad, sino que también es el ser de las cosas que en el modo concreto de existir de las mismas se deja encontrar por su inteligibilidad y por la voluntad cuando el Dasein las comprende y les encuentra el sentido (Gaos, 2017, pág. 43).

“El Dasein será aquel ente que puede acceder a ese espacio de inteligibilidad (o el Ahí o el claro) a partir del cual comparece el ente y, por lo tanto, será aquel ente que está abierto al ser” (Belgrano, 2016). Por eso, el *ser ahí*, es dinámico en su inteligibilidad, porque en el ahí de su existencia sometida al determinado modo de ser y en el espacio y tiempo concretos, hunde en una mayor perfección con la misma comprensión que hace.

En la fenomenología del Dasein y la relación que tiene con y para con el mundo es una nota digna de rescatar, pues, el modo propio de existir de las cosas nunca hallaría su plenitud de su existencia si no hay alguna realidad que las comprenda y les encuentre el sentido de encontrarse en el mundo, en la medida que comprenda al mundo se comprende a sí mismo, pues:

El *ser ahí* que es en el modo que es el modo de la «impropiedad», no es «él mismo», sino «uno», como «los otros», o simplemente «uno» y a lo sumo un «uno mismo»: por tanto, no es dueño de sí mismo en lo que *él mismo* es más peculiarmente. (Gaos, 2017, pág. 27)

6. Ser en el mundo

En el punto anterior se ha puesto de manifiesto que el *ser ahí* es un ente distinto a las demás realidades, sin embargo, la condición para que esta distinción esté presente de una manera distinta y singular en la existencia del Dasein, es su dimensión de *ser en el mundo*.

Heidegger, atribuyendo al hombre la característica de *ser en el mundo*, quiere referir a la capacidad que este tiene para descubrir la *utilidad* de los entes, no por nada, los llamará *útiles* o *entes intramundanos* (Gaos, 2017, pág. 28). Este descubrimiento de la utilidad que los entes

tienen, no es nada más ni nada menos que para que el Dasein pueda *ser en el mundo*, y *comprender* tanto su mismo ser como la realidad en la cual se encuentra inmerso.

El mundo es considerado para Heidegger como aquello con lo que el Dasein se encuentra, se topa, se le aparece, le sale al paso y le interpela la existencia (Ontología: hermenéutica de la facticidad, 1999, pág. 110); por eso, la tarea del *ser en el mundo*, que es mundano por excelencia, la del *comprender*, tiene un carácter existencial, ya que no solamente conoce al mundo ni se sabe como un ser distinto a los demás entes, como a quien que *le va su existencia*, sino que, a través de la comprensión, *los entes intramundanos* son descubiertos en su utilidad, misma que ayuda a la comprensión del Dasein.

La existencia del *ser en el mundo* permite distinguir dos caracteres que identifican esta nota de él, a saber: el *encontrarse* y el *comprender*. El Dasein está en un constante encontrarse con el mundo, en todo momento percibe realidades distintas a él, sin embargo, la inteligencia que posee le permite saberlas como tal, descubre su esencia encontrándose existencialmente con saber su finalidad, pero no solamente aprehende la realidad y realiza la operación intelectual, sino que, precisamente por ser un ente distinto a los demás entes y que se pregunta por el ser, puede *comprenderlos*, es decir, actuar conforme a lo que ha descubierto del mundo.

Por eso cuando el Dasein *comprende* a la realidad *intramundana* está respetando su *utilidad*, su ser, su esencia y su finalidad, pues “no puede contraponerse al mundo, porque lo «habita» y se ocupa de él en su modo de ser cotidiano al realizar tareas diarias; interactúa con los objetos y las cosas del mundo y se preocupará por ellas” (Moreno Claros, 2015, pág. 56).

Es oportuno considerar la característica de la apertura al *cuidado* del ser por medio de la comprensión que tiene el Dasein, ya que abre la posibilidad de que asuma el ser, la esencia y la

finalidad de él mismo, comprendiendo su mundo conforme a lo que el autor ha insistido en su condición de posibilidad, la de *ser en el mundo*, aquí tratada.

7. Ser con otros

El *ser en el mundo* es también aquel que se encuentra en relación con otros entes de su especie; en el primer capítulo se exponía que el hombre es un ser social, no se puede abordar su realidad si no se toma en cuenta esta característica de él. Martin Heidegger no deja de lado la relación que el Dasein tiene con el mundo, ni mucho menos el encuentro con otras realidades que son de su misma especie.

Es entonces que, el Dasein, que se sabe como un *ser en el mundo*, llega a su comprensión inmerso en la realidad, misma que la comparte con los demás y, dadas las características que su ser determinado en su esencia le permite poseer, el *encuentro* con los otros es un acto mayor y distinto que una relación con los demás entes que no son de su condición.

La capacidad que el hombre tiene del habla y que es inherente a su ser en cuanto tal, es para él un instrumento adecuado para poder entablar la relación con los demás (Heidegger, *Arte y poesía*, 2018, pág. 96), propiciando una comunicación entre *seres en el mundo* en donde se “constituye la articulación del «ser uno con otro» comprensor”, (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019, pág. 181).

Esa relación, que es social, le permite al Dasein saberse acompañado en la existencia, le ayuda a descubrir y manifestar el mismo ser, no por nada y precisamente, su sentido de *ser en el mundo* es el *ocuparse* humanamente en los demás, de ellos y por ellos (Gaos, 2017, pág. 42), pues una vez que ha descubierto la existencia *del otro*, en el *comprender* de su realidad, actúa y puede llevar su ser a su consolidación y a su perfección junto con los otros.

La empatía que pueda llegar a manifestar el mismo Dasein para con los demás será también uno de los puntos primeros y claves para el comienzo del cumplimiento de su sentido en el mundo, pues esta supone una *persona* a la vez ajena y análoga a él (García-Baró, 2007, pág. 42), pues su *encontrarse* con otros implica el involucramiento de su afectividad de manera activa de todo su ser (Gaos, 2017, pág. 45).

Es así que, el Dasein, en su conciencia de ser una realidad en el mundo, no puede *comprenderse* sin la nota social, desprendida de su mundaneidad; de aquí que se infiera que, la verdadera autenticidad del existenciario de su *ser en el mundo* es cuando él mismo llega a ver su entorno y su espacio de una manera no solitaria, viendo y procurando la existencia de los demás, siendo él un medio para la realización existencial de ellos y, que a la vez, son también para él instrumentos para la plenificación de su ser.

8. El tiempo

El ser humano está delimitado en un espacio y un tiempo concreto, es un ser temporal, pero también es espiritual; esto le permite trascenderse (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 295), las acciones que realiza en la existencia en este mundo son, en cierto sentido, la añoranza de la trascendencia, misma que es conseguida cuando asume su realidad temporal preparándose para su muerte, dándole sentido a su vida.

Martin Heidegger ha hablado acerca del tiempo, para él “expresa el horizonte de comprensión del ser, dado que la existencia se despliega en el horizonte de la temporalidad” (Estrada Villa, 2005). La temporalidad del Dasein hace que su conciencia del tiempo le permita adelantarse a la muerte, cuando le dé sentido a su existencia (Moreno Claros, 2015, pág. 67). Esta conciencia del tiempo se desenvuelve en su historicidad, misma que es una tarea, el pasado y el futuro son percibidos por el ser humano en el presente, situación que hace que él, en

conciencia, deba intervenir con sus acciones para cumplir el proyecto de su vida, asumiendo su propia historia (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 232).

Es en el tiempo en donde el Dasein “proyecta su porvenir, se anticipa en su futuro y vuelve sobre su pasado y su presente” (Estrada Villa, 2005, pág. 128). Esta condición frente al tiempo en la que el *ser ahí* está inmerso, lleva consigo la presencia consciente y diaria de lo que el pensador alemán llamó “los éxtasis de la temporalidad”, a saber: el pasado, el presente y el futuro (Moreno Claros, 2015, pág. 66).

La temporalidad exige que en el presente, en donde el pasado ya no es y el futuro aún no es, el Dasein se muestra al mundo como un ser que proyecta y planea su estancia en el mundo, dándole el sentido verdadero al tiempo asumiendo el cuidado de su mismo ser (Fidalgo Benayas, 2013, pág. 112) y buscando la comprensión de su existencia en la espera de su muerte, misma que confirmará el ser temporal del Dasein.

9. La angustia

Hablar de la angustia en el pensamiento heideggeriano, es hablar también de un tema central en la descripción fenomenológica del Dasein, ya que aparece de la condición de estar en el mundo (Moreno Claros, 2015, pág. 60). El surgimiento de la angustia en el Dasein, a pesar de que es «un estar delante de la nada y al aniquilamiento de su ser» al *no comprenderlo* ni asumirlo, es una posibilidad y oportunidad que él tiene para tomar conciencia de su *mismidad* frente a sí y frente al mundo (Moreno Claros, 2015, pág. 61).

Para entender la angustia como un efecto positivo y favorable en la existencia del Dasein, que propicia su auténtica realización en cuanto tal, será interesante y oportuno tomar en cuenta la distinción que Remedios Ávila Crespo hace en torno al tema tratando: existe un «ante qué» de la angustia, misma que consiste en “estar en el mundo en cuanto tal” y de ahí, la consideración de

la «angustia por», es decir, la revelación que esta hace al *ser en el mundo* como alguien libre de “escogerse y tomarse libremente entre manos”, comprender su existencia antes del momento de su muerte (Heidegger y el problema de la nada. La crítica a la posición de Nietzsche., 2007, pág. 63).

A partir de la angustia, se comprende también una dimensión del Dasein, la de *ser para la muerte*. Martin Heidegger habla acerca de la muerte, pero no como punto aniquilante y último del hombre, sino como algo seguro e inevitable (Moreno Claros, 2015, pág. 64) que el ser en el mundo está determinado a experimentar.

Ciertamente, la muerte es un acontecer que irrumpe en el ser mismo del hombre (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 320), sin embargo, la visión que aquí se expone es de un tinte trascendente; la conciencia que el Dasein tiene de que algún día morirá hace y precisa la aparición de la angustia, haciéndole asumir su existencia en el mundo limitada y finita, pero al mismo tiempo, impulsándole y motivándole para la comprensión auténtica de su ser, una comprensión que hace lograr su *cuidado* y ser lo que es; ya García-Baró lo expresó con estas acertadas palabras:

Si no pudiera morirme, no podría, en el fondo, nada: todo me sería indiferente; para todo habría aún infinito tiempo; la prisa y la urgencia no existirían, ni tampoco -por lo mismo- la demora; y ni siquiera pasaría el tiempo. (De estética y mística, 2007, págs. 42-43).

10. El pastor del ser

La descripción del hombre que Martin Heidegger ha hecho y que se ha abordado hasta esta parte, desemboca y tiene su punto culmen en esta nota del pastor del ser. El capítulo primero ponía de manifiesto al ser humano como alguien libre, capaz de construir su vida a través de los

actos, con la posibilidad de elegir el bien o el mal, construyendo y llevando a cumplimiento su proyectabilidad.

El Dasein es responsable del propio ser, por lo que si quiere *comprenderlo* y llevarlo a la perfección deberá actuar conforme a lo que indique su auténtico quehacer (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, págs. 181-182). El conocimiento de este auténtico quehacer se devela al *ser en el mundo* en lo que Heidegger planteó como la «voz de la conciencia», misma que le indica el *comprender* su existencia, y que, por su estado de apertura al ser le hace descubrir su vocación, que le permite comprenderse (Ser y tiempo, 2019, págs. 294-298).

El culmen y sentido de la *escucha silenciosa* de la voz de la conciencia es tan peculiar al Dasein, que existe y se da en él, es la develación de la vocación íntima y con miras al “poder ser sí mismo” (Heidegger, Ser y tiempo, 2019, págs. 297-298). Es pues, la toma de conciencia que el Dasein hace de su *ser en el mundo*, es el mismo “comprender existencialmente” (Heidegger, Ser y tiempo, 2019, pág. 321) y llegar a *ser total*, curándose del modo de impropiedad (Moreno Claros, 2015, pág. 59) que le impedía ser como está determinado a existir.

La *comprensión* del ser y su asunción, es también un logro para el Dasein, pues él se realiza así en la *autenticidad*, esto se logra en cuanto a que es un *ser al que le va la existencia*, superando la mediocridad ontológica y existencial, es decir, toda acción que va en contra de su naturaleza y que le impide llegar a *ser total*, a *ser en cuanto tal*. La comprensión y asunción del ser se propicia cuando el Dasein se despoja de todo aquello que lo mantiene en la indiferencia del ser y del quehacer propio de él.

El responsable de que la existencia del Dasein sea colmada totalmente es él mismo, la libertad que él posee hace posible su auténtica realización, la temporalidad y la angustia son motivos para la pronta *comprensión* en la *autenticidad* de su ser, es el *pastor del ser*. Haciendo

una analogía de este punto con la descripción metafísica de la obra de arte que el mismo Heidegger hizo, es oportuno decir que, así como una obra de arte enaltece verdaderamente al artista (Arte y poesía, 2018, pág. 35), así es el mismo Dasein: cuando asume su existencia y vive en un estado de *autenticidad*, enaltece al mismo Ser, perfección suma reflejada en el *ser en el mundo* que ha querido libremente la perfección de su ser y ha empezado la construcción de su *poder ser total*.

CAPÍTULO 3. EL HOMBRE QUE VIVE EN EL SIGLO XXI

1. Cómo vive el hombre actual

En el capítulo primero se ha querido dar una definición acerca de lo que el ser humano es; en el segundo, se presentó la visión del hombre (Dasein) según la concepción del filósofo alemán, Martin Heidegger, autor que se ha contemplado para dar una propuesta al problema del *olvido del ser* en el hombre. Ahora, en este capítulo, se hará una descripción general de lo que el mismo ser humano está viviendo y cómo distintas propuestas que el mundo posmoderno le ofrece son causa del *olvido de su ser* y, por ende, de su no realización.

La tercera década del siglo XXI está por comenzar, y lo hará con la presencia de siete generaciones de personas en el mundo; considerando que el término *generación* se aplica a un “conjunto de personas que, habiendo nacido en fechas próximas y recibido educación e influjos culturales y sociales semejantes, adoptan una actitud en cierto modo común en el ámbito del pensamiento o de la creación” (Real Academia Española, 2020).

La presencia de siete generaciones en el mundo es un fenómeno interesante, la población mundial manifiesta mucha pluralidad en sus modos de actuar y de pensar. Es de señalar que cada generación tiene características peculiares respecto a otras, por lo que es muy digno de considerar esta pluralidad para llegar a ofrecer una propuesta de solución al problema del *olvido del ser*, misma que ha de entenderse de modo universal, pues todo hombre está en la posibilidad de lograr su plenitud. Tal logro, el de la realización de su persona, no está limitado a una generación, a un tiempo, o a un grupo social, religioso o político, sino que la posibilidad y llamado de plenitud, así como el cumplimiento de la misma, está presente y se realiza en cada ser humano de cualquier tiempo, condición y clase social.

Antes de abordar en este trabajo las distintas realidades que son factor para que el hombre actual no asuma lo que es por esencia, se hará una breve descripción de las generaciones de las personas que actualmente habitan el planeta, de esta manera, se tendrá un panorama histórico-conductual más general del hombre que vive en el siglo XXI y se logre también alcanzar una comprensión más amplia del ambiente que lo rodea.

Así mismo, cabe destacar que es muy difícil delimitar con exactitud el inicio y el término de cada generación, esto es debido a distintas variables: la cultura, el progreso económico, político y social de cada país, entre otras. Se consideran pues, a continuación, las fechas, los nombres, así como la mención de algunas características relevantes de cada generación según el aporte de José Lattus Olmos (*Las generaciones humanas de los siglos XX y XXI*, 2018).

La generación más longeva que se encuentra hoy en día es la *grandiosa* (1915-1925), los que integran esta generación vivieron la Segunda Guerra Mundial en su etapa adulta, se identifican por tener paciencia, ser respetuosos y piensan que el pasado ‘fue mejor’. A la generación *grandiosa*, le sigue la *silenciosa* (1926-1945), esta se caracteriza porque las personas que se encuentran en ella vivieron el auge del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, fueron educadas en una época en donde el individuo era influenciado altamente por instituciones, capacitados para obedecer órdenes que otros habían mandado y no para elegir; aprendieron a callar y a trabajar, la mujer fue devaluada y el hombre sobrevalorado; la procreación era causa de elogio para la mujer, en tanto las tecnologías de la información no eran tema de interés.

La siguiente generación es la de los *Baby boomers* (1946-1960), son las personas que nacieron posteriormente a la Segunda Guerra Mundial y se caracterizan por tener cierto rechazo a los valores que tradicionalmente se fueron transmitiendo, crecieron en una educación de posguerra, con la esperanza de que el mundo mejorara; el sector económico de esta época fue

creciendo, por lo que hubo ingresos y aparición de jubilaciones. Se destaca en esta generación el consumismo.

Los *Baby boomers* fueron en 1980 el mayor grupo demográfico electoral, pertenecen a esta categoría los «boomers dorados», los «hippies», los «yippies», entre otros. El *rock and roll* fue el género musical más popular en este periodo, y los temas sobre el aborto y la homosexualidad comenzaban a tratarse con libertad, la televisión empezó a estar presente desde la primera generación de esta fase, las protestas sociales y la experimentación de drogas son también puntos destacados acontecidos en esa época. Actualmente, los *Baby boomers* son los hombres de experiencia en los distintos campos laborales, económicos y políticos.

La siguiente generación es la *X* (1961-1981), a la cual le ha tocado la llegada del internet, los primeros años de la vida de quienes se sitúan en esta generación se encontraban en un mundo analógico y, actualmente viven en el digital, mantienen responsabilidad y compromiso en sus trabajos, los más longevos de esta etapa perciben las tecnologías actuales como algo ajeno, sin embargo, se interesan por conocerlas e interactuar con ellas, les gusta pasear al aire libre y ocuparse en actividades que les ayude a distraerse y descansar. En esta época aconteció la llegada del CD, de la PC de escritorio y ser testigos de acontecimientos grandes del siglo XX, como la caída del muro de Berlín y el fin de la llamada ‘Guerra Fría’.

La lista de generaciones continúa con la generación *Y* o los *Millenials* o *Milleniales* (1982-2001), las personas que pertenecen a esta generación se caracterizan por una rápida adaptación a los cambios, percibieron el cambio en la resolución de las pantallas HD al HD+, al Full HD, al 2K, al 4K y hasta ahora, al 8K; pasaron del uso del Betamax, al VHS, al DVD, al *Blue-Ray*, al *Blue-Ray* 4K Ultra HD. Aún les tocó usar teléfono fijo y presenciar la aparición en el mercado de los primeros celulares, ahora son expertos en *Smart phones*, mismos que son

característicos de esta generación. El cambio de los sistemas de almacenamiento de información son algo que también han experimentado, pasaron de diskettes de 3 ½, al CD, al USB hasta almacenar información en la llamada ‘nube’.

Estos cambios y otros más sucedieron en un lapso breve, ya que esta generación ha sabido adaptarse a las diferentes renovaciones, especialmente a las tecnológicas. También los *Millenials* se distinguen por el interés en temas de política, ellos debaten y están al tanto de los acontecimientos sociales, proponen, se informan y participan, poseen una personalidad crítica que da importancia a su libertad y autonomía.

La generación que continúa es la *Z* o *centennials* (2001-a la fecha). Respecto a quienes se encuentran en esta etapa hay que decir que han usado el internet desde muy temprana edad, la tecnología es para ellos algo ‘normal y necesario para la vida’, las redes sociales son los lugares virtuales en donde se expresan, socializan y conocen virtualmente tanto a personas como a una infinidad de cosas; la carencia de habilidades interpersonales se puede percibir en ellos, así como el no cultivo de valores éticos en el núcleo familiar. Los *centennials* son creativos y les gusta lo inmediato, sin embargo, su capacidad de reflexión es limitada; les ha tocado presenciar cómo ciertos grupos sociales ejercen de manera desvirtuada el derecho a la libre expresión, así como manifestaciones de la comunidad LGTBI y de feministas, la promoción de la cultura de la muerte, el transhumanismo, entre muchas otras cosas más.

Los *centennials* ocupan su tiempo en las distintas redes sociales; en 2019, *Statista* publicó información respecto al número total de usuarios de las diez plataformas de sociabilidad virtual más utilizadas a nivel mundial hasta abril del mismo año, las cuales se enuncian a continuación, así como el número total de usuarios que cada una tiene: *Facebook* con 2.320 millones; *Youtube*, con 1.900 millones; *WhatsApp*, con 1.600 millones; *Facebook Messenger*, con 1.300 millones;

WeChat, con 1.098 millones; *Instagram*, con 1.000 millones; *QQ*, con 807 millones; *Qzone*, con 532 millones; *Tik Tok*, con 500 millones; y la décima red social, *Weibo*, con 462 millones de usuarios (Fernández, 2019). Ante estas cifras, es digno inferir que los *Centennials* se encuentran definitivamente en un ambiente totalmente digital, es ahí en donde crecerán y esperarán muchas más innovaciones tecnológicas, situación que representa grandes retos para todas las instituciones que promueven el desarrollo de las personas.

Por último, se encuentra la generación *táctil* o *T* (2010-presente), se caracteriza por la presencia y utilización de dispositivos táctiles desde los primeros meses de vida, estas tecnologías cada vez operan más rápida y fácilmente; así mismo, la conexión a internet en todo lugar y momento es para los *táctiles* algo indispensable y cuando no hay todo esto, lo consideran como una carencia. El desarrollo de toda su vida para esta última generación será totalmente con la presencia de innovaciones tecnológicas constantes.

El hombre que vive en el siglo XXI se sitúa de frente ante propuestas que, si no tiene especial cuidado, pueden hacerlo caer en el *olvido de su ser* y a que viva como ‘le venga en gana’, pero menos como lo que está constituido y llamado a ser. La inteligencia positivista, la cultura de la muerte, el afán de plenitud y la voluntad de tener (Ratzinger, 2005), desarrollados y asumidos en un vil *espíritu de pesadez*, tal como lo enunciaba Nietzsche (Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, 2009, págs. 1097-1098), son las propuestas que atañen al hombre actual, por lo que es necesario enunciarlas e identificarlas para que él mismo tome ‘*cartas existenciarías* en el asunto’ y pueda ser en plenitud y no en mediocridad.

Y ahora que se han expuesto las características que han marcado a las generaciones que viven en el siglo XXI, se da pie, a continuación, a la exposición de las distintas propuestas que atañen al hombre actual y que atentan contra su misma dignidad, obstaculizando, por ende, su

pleno desarrollo como persona, como ser social y como alguien que se perfecciona al mismo tiempo que escribe su historia.

1.1 Mecanicismo. Dentro de las tendencias actuales que influyen en el hombre para que no actúe conforme a lo que está *invitado* por su esencia a ser para que logre su realización se encuentra el «mecanicismo», el cual es “un tipo de doctrina según la cual toda realidad, o cuando menos toda realidad natural, tiene una estructura comparable a la de una máquina, de modo que puede explicarse a base de modelos de máquinas” (Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, 2009, pág. 2345), nace de filosofías materialistas y es actualmente una fuerte influencia en la vida del ser humano.

Por su naturaleza, el mecanicismo deja a un lado la concepción del hombre como un ser espiritual y trascendente, “niega la diferencia específica entre ser vivo y ser inanimado” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 31), esto conduce al erróneo trato que el hombre hace hacia su misma especie y acaba por reducir su ser al índole material, careciendo toda su actividad y trabajo de trascendencia y de auto-perfección. Orilla también a una concepción de la vida humana sin carácter metafísico; los valores también son denigrados, pues pierden su sustento, mismo que se funda en la dignidad de la persona; el alcance del conocimiento intelectual también es afectado, ya que deja de tener autoridad al no considerar la realidad trascendente; las relaciones con los demás se vuelven campos en donde el interés está por encima de la nota social del hombre y del progreso en comunidad.

En fin, todo el ser del hombre es sometido por el mecanicismo a un panorama donde la preocupación del quehacer es puesta por encima del ser; contemplando así a la existencia humana como resultado de la misma naturaleza material sin un origen espiritual, la cual tiene un solo propósito: el de trabajar para producir, ser *reflejo* de una máquina. La rutina, la

despreocupación y el olvido total de lo que en verdad es el ser humano está presente a cada momento.

1.2 Materialismo. Otro fenómeno del cual no se puede prescindir y que está presente en la vida del hombre que vive en el siglo XXI y, por consecuencia muy relacionado con otras realidades que lo conducen al *olvido de su ser* es el materialismo, el cual proclama “que toda realidad es de carácter material (o corporal)” (Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, 2009).

Las bases del materialismo se encuentran con Hegel cuando afirmó que la realidad es el *Espíritu Absoluto*, no tardaría en aparecer Feuerbach en proponer con su pensamiento la negación de la trascendencia en el hombre y colocarlo como una realidad inmanente que se hace así misma un dios, un ser supremo para sí mismo.

Posteriormente, Karl Marx, retomó la premisa hegeliana idealista y elaboró el *materialismo marxista*, en el cual se afirma que la materia es el fundamento de toda la realidad, y en ella el hombre es la perfecta expresión de la materia y de la evolución que, cuando trabaja, está manifestando su esencia de transformar el mundo (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, págs. 278-279).

Otra cara del materialismo es el llamado *materialismo humanista*, mismo que tiene un gran auge hoy en día. Para este materialismo “los valores y bienes materiales deben servir para la realización de un ideal de la justicia, libertad, fraternidad, humanización del hombre por el hombre” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 280). Los impulsores de esta ideología son Camus, Sartre y Gide. Aparentemente, se percibe inofensivo el tinte propuesto por el *materialismo humanista*, pero no lo es, ya que compromete a la persona en cuanto tal, pues la autosuficiencia propuesta por este materialismo “consiste en aprender a prescindir de la

trascendencia y exigir por virtud humana lo que cree se debe a Dios” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 281).

También es oportuno mencionar otros dos rostros del materialismo: el primero es el *materialismo ético*, mismo que se refiere a una “visión práctica de la vida que atribuye excesiva o exclusiva importancia a los valores del cuerpo” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 282); y el segundo, el *materialismo psicoanalítico*, mismo que niega la capacidad que tiene el ser humano de ejercer su libertad de manera libre y conscientemente, los actos que él realiza son para este materialismo un resultado inconsciente de distintas motivaciones.

Concluyendo, todo materialismo es un problema del que no se debe prescindir, es una negación de la realidad espiritual del ser humano, “es insuficiente, y en este sentido también erróneo, porque conduce toda la riqueza del hombre al único orden material, y pretende así dar una interpretación última y definitiva del hombre” (Lucas Lucas, Explícame la persona, 2016, pág. 204), que lleva consigo mismo la posibilidad de perfección y trascender, de ahí que “la insuficiencia del materialismo atañe... a la *unilateralidad* de la interpretación y a la *absolutización* de la sola dimensión material” (Lucas Lucas, Explícame la persona, 2016, pág. 203).

1.3 Consumismo. El consumo es algo propio de toda sociedad, especialmente se percibe de manera concreta en la actividad económica. Sin embargo, cuando existe un consumo de productos en el cual la intención no es la de satisfacer las necesidades básicas o no corresponde al prudente y correcto uso administrativo que el hombre hace de sus ingresos económicos, aparece el consumismo.

El consumismo es una realidad actual la cual no se debe ignorar, pues hace que el sentido del hombre social y el de la actividad económica se desvirtúen, ya que hunde sus raíces en la

errónea concepción que el hombre tiene de que mientras mayor sea la posesión de bienes materiales, especialmente de los que están de moda, mayor es su posición en la sociedad y su reputación también es mejor. El consumismo parte de un estilo de vida egoísta y materialista, por su misma esencia agrava la desigualdad social, conduce incluso a la generación de deudas impagables.

El hombre consumista no compra por un disfrute virtuoso de sus adquisiciones, sino por satisfacer la exigencia que la sociedad impone: consumir para ser. A esto, se añade que:

Por detrás de este ideal de consumo se encuentra la emulación, entendida como el estímulo proveniente de una comparación valorativa que empuja a las personas a superar a aquellos con los cuales tienen costumbre de clasificarse... Se trata de un deseo de conformar según los usos establecidos, de evitar observaciones y comentarios desfavorables, de vivir de acuerdo con los cánones de decoro aceptados en relación con la cantidad y grado de bienes consumidos. (Rodríguez Díaz, 2012)

El consumismo es causa de que el hombre, en cierto sentido, no viva libremente, influye en comprar cosas de manera imprudente que, en la mayoría de las veces, son innecesarias. Pero la realización del hombre no consiste en el poseer bienes materiales (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, págs. 13-14), sino en la auténtica toma libre y consciente de su propio ser, en la cual los instrumentos no son vistos como fines sino medios para alcanzarla.

1.4 Autosuficiencia. La influencia que han tenido las distintas corrientes de pensamiento surgidas en las últimas décadas, y en las que se ha hablado del hombre como alguien que se puede auto-construir sin tener en cuenta su condición de persona y las dimensiones que por

naturaleza le competen, se ha convertido en un serio problema para el hombre que vive en el siglo XXI.

Tales modos de pensar, enuncian al ser humano como alguien autosuficiente, hasta de alguna realidad trascendente, y también como el artífice de su propia verdad. En el afán de una autosuficiencia en el plano ético y gnosceológico aparecen consigo dos posturas que hoy en día están realmente inmersas en la realidad, las cuales son: el relativismo y el ateísmo; en ellas se proclama un libertinaje gnosceológico y moral, mismo que atañe a toda la existencia humana y, por ende, proyectan la pérdida del sentido de la libertad, misma que hace posible la auténtica realización de la persona.

1.4.1 Relativismo. El relativismo “no acepta que la verdad tenga valor absoluto; puesto que su validez es relativa... adquiere formas diversas según se considere que el punto de referencia es el individuo, el género humano, el momento histórico, la propia cultura, etc.” (Corazón González, 2002, pág. 168), y como se ha dicho, consecuencia de no situar al ser humano como lo que es, denigra también el deseo que el hombre tiene de alcanzar y vivir en la verdad, quitándole el alcance que su inteligencia tiene, el de descubrir la realidad, y el alcance de su voluntad, el de optar por el bien y perfeccionar así la existencia.

La sublime tarea que el hombre tiene, la de dar sentido a su vida, se encuentra gravemente amenazada por el relativismo, mismo que es expresado tanto cognoscitiva como moralmente y sus raíces se encuentran en “los «paladines del subjetivismo»: Nietzsche, Feuerbach y Sartre” (Lucas Lucas, Horizonte vertical, 2008, pág. 84). El subjetivismo cognoscitivo consiste en negar la existencia de la verdad objetiva, la cual se cambia por opiniones personales o de ambiente, su tinte es meramente subjetivo, “conduce al individualismo de la libertad, que genera el libertinaje moral. El libertinaje moral niega la objetividad y

universalidad de toda norma, y la moral se reduce a la decisión personal” (Lucas Lucas, Horizonte vertical, 2008, pág. 85).

La gravedad de esto es que, lejos de considerar lo que fundamenta a la realidad, se cae en el abandono de lo que de por sí es, poniéndose más atención a lo fenoménico y existiendo cierta *pereza* por descubrir la verdad, tanto la verdad ontológica como la verdad lógica, como la distinguía santo Tomás de Aquino (Berciano Villalibre, 2018, pág. 88), así como pensando y afirmando que todos tienen su verdad y tanto es válida para uno, como lo es para el otro, es la máxima expresión del pensamiento débil.

El relativismo también da paso al utilitarismo, que es una desvirtuación del verdadero bien común y de la felicidad auténtica que el ser humano está en posibilidad de alcanzar, y se ha convertido en la base de la moral hoy en día, con el afán de llegar a “«la mayor felicidad posible para el mayor número de individuos». Identificando así el bien ético con el útil, y el mal con todo lo que daña la felicidad, la moral se reduce a un cálculo de intereses” (Lucas Lucas, Horizonte vertical, 2008, pág. 86). Lo que importa aquí, pues, es tomar por verdad lo que diga un determinado sector de la sociedad, sin importar que *haya varias verdades*, aunque se esté en el error y se actúe en contra de la naturaleza, dignidad y desarrollo de la persona humana.

1.4.2 Ateísmo. Un intento de autosuficiencia en cuanto a querer prescindir de una realidad Absoluta ha sido, sin lugar a dudas, el ateísmo. Sin embargo, cabe señalar que el ateísmo se debe, en parte, al limitado, falible y finito conocimiento del hombre, pero también al no querer reconocer la capacidad que la razón tiene para afirmar y sustentar la existencia de la Causa incausada. Las conclusiones a las que ha llegado el ateísmo en sus distintos matices han sido de gran impacto en la existencia del ser humano, para su relación con los demás, con el sentido de su vida y el del mundo.

Partimos del hecho que “es ateo quien afirma la no-existencia de Dios” (Luis González, 2008, pág. 51). El ateísmo se puede clasificar en dos vertientes; el primero, es el ateísmo práctico y, quien lo practica su comportamiento es como si Dios no existiera, “sin preocuparse para nada de su existencia y organizando la propia vida privada y pública prescindiendo de la existencia de cualquier Principio absoluto trascendente a los valores del individuo y de la especie humana” (Fabro, 1977, págs. 47-48); el segundo, es el ateísmo teórico, el cual niega la existencia de Dios, “como conclusión de un proceso intelectual” (Luis González, 2008, pág. 51).

En la época contemporánea, el ateísmo ha tenido un gran auge gracias al humanismo constructivo, el cual, hundiendo sus raíces en el marxismo, y en impulsores destacados, como Nietzsche, Feuerbach y Sartre, busca que el hombre *derroque* al Dios que ha perdurado en su propia historia a lo largo de los siglos y pueda él asumir *el lugar que le corresponde*, los valores deberán ser puestos de nuevo a la consideración del *Súper hombre*, dios de sí mismo y conquistador de la libertad en los horizontes del nihilismo (Luis González, 2008, págs. 54-56).

Esta realidad, presente ya desde hace varios siglos en la vida del hombre es, sin duda alguna, un gran problema al cual muy probablemente se seguirá enfrentando por varios siglos más. Es de recalcar que, el ateísmo ha proclamado “la muerte de Dios pero quien ha sido matado realmente es el hombre” (Lucas Lucas, Horizonte vertical, 2008, pág. 58), al final de cuentas, esta corriente de pensamiento es un *suicidio existencial*, atañe a todo el ser del hombre, pues si el fundamento de toda la realidad, el de los valores, el de la moral y el del sentido de la vida humana es quitado, se desvirtúa el ser humano, ya que, como se ha expuesto a lo largo de este trabajo, él es un ser con la capacidad de conocer la existencia de Dios mediante la razón, su naturaleza tiende a la verdad y al bien, y es un ser abierto al ser, trasciende, es espiritual.

Es entonces que, el ateísmo queda descartado como un camino seguro que pueda conducir al ser humano a su completa realización, la negación que hace de la existencia Dios y su indirecta sugerencia que hace, la de tener como real solo lo que es palpable y demostrable inmediatamente, atentan contra el fundamento ontológico de toda la realidad, tanto espiritual como material, y así, el proyecto trascendente del hombre es destruido.

2. Lo que la ofuscación del ser hace que le importe

Como resultado de las realidades que se han expuesto, presentes en el hombre que vive en el siglo XXI, se pueden distinguir algunas tendencias que le han despertado ciertos intereses que no van conforme a su ser. Lo que al ser humano le importa más hoy en día ofusca la finalidad de su propia existencia y la de las cosas, pues las convierte en fines, y no como son en sí mismas, como meros instrumentos para su realización personal y comunitaria.

2.1 Hedonismo. Como consecuencia de visiones materialistas de la realidad, encabeza la lista de situaciones que ofuscan el ser del hombre el llamado *hedonismo* que, junto con el utilitarismo, surge de una concepción antropológica dualista, la cual proclama que el cuerpo es instrumento para el obrar del alma y no es considerado como parte de la unidad sustancial del ser del hombre y, como su cuerpo es simplemente un *añadido*, aparecen afirmaciones tales como «yo soy dueño de mi cuerpo y puedo hacer de él lo que yo quiera». Se olvida aquí, por tanto, que “el cuerpo y el espíritu constituyen *una totalidad unificada* que es la persona humana” (García Cuadrado, 2010, pág. 182).

Ante esta falsa concepción antropológica, que ha sido apoyada por corrientes de pensamiento modernas y contemporáneas, aparece la desvirtuación de la concepción y ejecución del obrar en el hombre, convirtiéndose así en actividades hedonistas, que buscan como fin último

el placer y llegan “a tiranizar todo el respeto de la personalidad” (Rodríguez Luño, 2010, pág. 128).

Ciertamente, el ser humano experimenta placer al descansar, al escuchar música, al practicar cierto deporte y saberse en otro momento victorioso, al leer, al meditar, al estar con personas que le son de su agrado y estima, al comer una comida que le agrada, etc., en fin, en muchísimas actividades. El placer es algo natural, sin embargo, no es el fin de sus actividades, si fuera así estuviera presente en todo lo que él realice, pero no lo está. Hoy en día, el modo de vivir hedonista está tan arraigado, es una propuesta interesante para tomarlo como estilo de vida.

Así mismo, es digno enunciar que en el hedonismo se encuentra de manera indirecta y peligrosa la negación de la dimensión espiritual del hombre, colocando a la trascendencia en el disfrute, el gozo y el placer inmanentista y materialista a la vez.

2.2 La inmediatez. Al inicio del capítulo, en la caracterización que se hacía de las distintas generaciones, se ponía de manifiesto que la tecnología es algo de lo que difícilmente puede escapar una persona que vive hoy en día. Actualmente, los avances tecnológicos ponen a disposición del ser humano mucha información, tanta, que hace apenas unas cuantas décadas parecía imposible o muy lejano y que ahora es ya una realidad.

Si se quiere obtener por medio del motor de búsqueda de *Google* información relacionada con *Donald Trump* tardará aproximadamente un promedio de 0.47 segundos en encontrar mil quinientos millones de resultados que hablan del cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América. También el acceso al conocimiento de cosas como la de nuestra posición actual con la ayuda del *GPS*, la temperatura ambiente, los pronósticos del clima, las últimas noticias, es información que se obtiene en unos cuantos segundos. Así también, el buscar una película en *Netflix* o en *Amazon Prime Video*, encontrar videos en *Youtube*, reproducir música en

Spotify o en *iTunes*, entre otras muchas cosas, son alcances extraordinarios que la tecnología ha logrado para que el hombre pueda acceder a ellos de manera fácil e inmediata.

Todo esto ha llevado, sin duda, a una vida cómoda: el hombre está conectado con el mundo por medio de la tecnología. Sin embargo, el mal uso de estas herramientas tecnológicas ha hecho que el hombre deje de realizar actividades que, por ser propias de él, lo ayudan a trascender. Entre las consecuencias de la mala utilización de estas tecnologías encontramos, en gran margen, pérdida de comunicación entre las personas cercanas, la falta de escucha y de atención al otro son señales de esto, la inmediata cercanía con las cosas que están lejos son motivo del inmediato alejamiento de los que están cerca.

En esta *época de lo inmediato*, la capacidad de reflexión del hombre también puede verse ofuscada, pues la información que proporciona de manera rápida la tecnología puede ser motivo de no asimilarla y mucho menos de reflexionarla. También el afán desordenado de lo inmediato puede conducir al consumismo y al materialismo.

2.3 La apariencia. “La mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo no son muy felices; tampoco se sienten desgraciados –y no lo son–; sino más bien se mueven en una zona gris” (La felicidad humana, 1989), expresaba Julián Marías respecto al tema de la felicidad en el hombre contemporáneo. Hoy, el poder, el dinero y el alcanzar intereses egoístas y mezquinos son confundidos por el ser humano, de manera general, con la felicidad auténtica.

El hombre que vive en el siglo XXI se encuentra con mucha preocupación por aparentar lo que no es y lo que no siente, aparenta ser feliz. Esta apariencia hace pensar que la felicidad depende “de los objetos y los procedimientos técnicos, se despersonaliza y se vuelve objeto de planificación” (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 176). Esta reducción de la felicidad a cuestiones materiales y pasajeras, es muy percibida y arraigada. Recordando los puntos que se han expuesto

hasta ahora, con justa razón, se puede afirmar que las causas de esta reducción son el materialismo, el utilitarismo, el consumismo y el hedonismo, así también ciertas tendencias de pensamiento que plantean una realidad sin trascendencia.

La actitud de apariencia que es reflejada en el plano material es preocupante, pues aprueba el estilo de vida no apegado a la realidad concreta del individuo, y no responde a la exigencia de una verdadera libertad ni a una auténtica vida social. Este modo de vivir promueve que la consideración de la ‘dignidad’ de la persona dependa de lo que se posea y no por lo que en sí misma es. Pero esto no debe ser así, la persona tiene una dignidad invaluable por el hecho de ser lo que es.

3. Lo que la ofuscación del ser hace que no le importe

Ya que se han expuesto los intereses mayoritarios del hombre que vive en el siglo XXI tiende a tener, es preciso ahora resaltar las realidades que no le importan en su totalidad sino de manera parcial o, en definitiva, le son indiferentes; sin duda, esto tiene repercusión en todo el género humano, ya que atenta contra la dignidad y el desarrollo auténtico del mismo.

3.1 La vida. Se entiende por «vida» en sentido amplio, como aquella fuerza interna y cualidad que plantas, animales y humanos tienen para evolucionar, adaptarse, desarrollarse y reproducirse. Las condiciones de la materia deben ser aptas para que propicien la aparición de la vida, la cual se encuentra participada según los grados de ser de los organismos, por eso la distinción de *vida vegetal*, *vida animal* y *vida racional*.

“Se calcula que la edad de la Tierra es de unos 4.500 millones de años” (Artigas, 2011, pág. 92).

Hay evidencia fósil de que había alguna forma de vida en la Tierra hace unos 3,500 millones de años, tan solo unos 500 millones de años después de que la

Tierra se volviera estable y se enfriara lo suficiente para que la vida pudiera desarrollarse. (Hawking, 2018, pág. 107)

Estas aproximaciones de conocimiento, antes de dar impulso a la continuación de demasiadas investigaciones, con las cuales la ciencia quiere responder cada vez con mayor precisión sobre el origen de la vida, son un hecho para que el ser humano pueda valorar la vida en general como un acontecimiento extraordinario, del cual no puede prescindir, y que en cierto modo, le obliga a tomar una postura en concordancia con la verdad y el bien.

Ante esto, el hombre, ser viviente racional que tiene la capacidad de preguntarse acerca de las causas últimas, interpreta su entorno y opta por una postura hacia la realidad utilizando las facultades que, por naturaleza, posee y ejerciendo su libertad; por su bien y por el de todos los de su especie, debe pronunciarse de manera crítica y justa ante el fenómeno de la vida, pues en la actualidad, se percibe una fuerte denigración de su valor en cuanto tal. El mundo tecnificado actual, además de los grandes avances tecnológicos que ha tenido especialmente en los últimos años, también ha desarrollado un estilo de proceder que afecta a la vida y, por ende, al bien común.

El calentamiento global, que origina el cambio climático, el extremo consumismo en una *cultura del descarte*, la desconcientización de vivencia en un espacio común que afecta directamente a la biodiversidad mundial y la búsqueda del cumplimiento de intereses de los países ricos son realidades que proyectan una evidente indiferencia ante el mundo, ante los demás y ante el mismo ser humano de manera individual.

La cuestión de la vida y su auténtica conservación es puesta en un grave peligro, por lo que es urgente y necesariamente que se opte por una actitud verdaderamente humanizante en

todos los seres humanos, que procure la vida y con ello a la *casa común* (Francisco, *Laudato si'*, 2015, págs. 17-44).

Siempre será grave atentar contra la vida humana, sin embargo, en la actualidad ha habido un desprecio tajante respecto a ella. Tan solo “en 2012, casi medio millón de personas (437 000) perdieron la vida a causa de homicidios dolosos en todo el mundo” (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, 2013). Creerse dueño de la vida de otro, hasta de la propia vida, es una actitud inhumana, que va contra la razón y la moral, denigra a la persona y le impide alcanzar una vida plena. Pero lo que acontece también hoy en día, y que es muchísimo más grave, es la cuestión del aborto, en 2019 se estimó que por lo menos “el 25% de los embarazos acaban en aborto” (Amnistía Internacional, 2019).

La carente visualización neo-positivista antropológica actual ha impedido la verdadera y auténtica comprensión del ser humano, promoviendo la idea falsa que es el dueño de la vida, tanto propia como la de otros. La promoción de la cultura de la muerte que se funda en el campo del nihilismo es, nada más ni nada menos que, la sintonía del mundo contemporáneo.

Es urgente, pues, que todos reconozcan el valor de la vida, especialmente la del ser humano, ya que si esta es respetada y valorada en cuanto tal, se dará paso al correcto trato tanto de la vida vegetal como de la vida animal. No obstante, también debe asumir la gran tarea que el Estado juega, la de velar por la dignidad y el desarrollo pleno de la persona; no se trata de buscar culpables o evadir responsabilidades sino que cada quien haga lo que le corresponde de acuerdo al bien y la verdad.

3.2 Los demás. En los puntos anteriores, la actitud que tiene el hombre hacia los demás se deja implícitamente entrever. El carácter social del humano es algo que lleva implícito en su ser y algo a lo que no puede escapar. No obstante, en la actualidad pareciera que esta nota

esencial en él se toma en cuenta como algo obsoleto o que simplemente pasó de moda; la notable pérdida del sentido de alteridad es, en suma, la causa de este actuar egoísta y aislado.

La promoción en el hombre que vive en el siglo XXI, respecto de la solidaridad, de la empatía y del interés por saberse coexistente y pro-existente se ha dejado a la deriva, parece que la indiferencia y la apatía hacia el otro se ha alentado. La pérdida del sentido comunitario y la transmisión a las nuevas generaciones de esta indiferencia social, son también causa de la incorrecta y peligrosa concepción del ser humano, olvidándose que es él por naturaleza, un ser social que está inmerso en una determinada sociedad, en la cual debe convivir con los demás para alcanzar la verdadera realización social. La necesidad de los demás “se ve desde el nivel biológico: en el hombre el instinto necesita hábitos para realizar todas sus funciones, tiene que aprender, necesita de los otros. El *hombre solo* es un animal inviable, débil, desvalido” (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 137).

3.3 El carácter comunitario. En relación al carácter social del ser humano, también se distingue que las notas de la coexistencia y de la pro-existencia dan paso a un carácter comunitario del mismo individuo y de la sociedad. Él, una realidad material y espiritual, posee la capacidad de darle sentido a su vida y a las cosas; esto lo logra cuando se pone frente a estas realidades respetando su finalidad, la capacidad de poseer en sí bienes inmateriales que son base para la construcción del carácter comunitario, como los valores, las costumbres, las tradiciones, el lenguaje, por nombrar algunos, son algo que permite trascender.

Hoy en día, el carácter comunitario es amenazado por la técnica que, al ser ocupada sin las debidas moderaciones “progresivamente se va convirtiendo en una manera de ver el mundo, de tratar las cosas, de comportarse: una manera de relacionarse con la naturaleza y estar en el mundo” (Amengual, 2007, pág. 304). La comodidad que ofrece la tecnología actual hace que el

hombre no salga de su propio entorno y pueda así perder el sentido de lo comunitario; su capacidad para construir relaciones y fomentarlas es una gran herramienta para dar el sentido auténtico a su carácter social.

Si lo propiamente humano es manifestar la creatividad de nuestra intimidad, dialogar y dar, ¿qué sucedería si no hubiese otro *alguien* que nos reconociera, escuchara, y aceptara el diálogo y el don que le ofrecemos? Habría que contestar que la vida de la persona sería entonces un fracaso, una soledad completa. (Yepes & Aranguren, 2003, pág. 137)

3.4 Los valores. En el punto acerca de las facultades del ser humano, en el capítulo primero de este trabajo, se exponía que él, al ser espiritual, posee el intelecto y la voluntad, por lo que tiende siempre a conocer la verdad y a hacer el bien en libertad. Su modo de ser también le posibilita que pueda otorgar un valor a las cosas, así también como descubrir los *valores absolutos*, mismos que no dependen de su subjetividad y brotan del ser de las distintas realidades, como por ejemplo, la dignidad de la persona o el valor de la vida.

Los valores reflejan la gran capacidad que el hombre tiene de llevar hasta el plano de la trascendencia su propia vida y lo que aprecia. De esta manera, como Scheler dice:

Los valores no se distinguen sólo como *bienes* de los deseos y estados sentimentales que nosotros experimentamos en su presencia, sino que son ya distintos como simples cualidades... Los valores son ya como fenómenos de valor... *auténticos objetos* que se distinguen de los *estados* de sentimiento: un ser “agradable” totalmente desprovisto de referencias se distingue del placer en ello. (Ética, 2001, págs. 62-63)

Al señalar en modo general la característica del hombre que vive en el siglo XXI, la de haber perdido la importancia de los valores, se hace la referencia no tanto a que el hombre haya dejado de otorgarle valor a distintas realidades, sino a una consecuencia que el positivismo ha dejado y que influye mucho en el pensamiento social contemporáneo (García Cuadrado, 2010, pág. 144); se trata, entonces, que se ha olvidado de los valores absolutos, de manera especial del valor absoluto de la persona y de sus derechos naturales que “constituyen la afirmación de la persona y la garantía de su pleno desarrollo: derecho al propio pensamiento, al propio cuerpo, a la propiedad privada, al matrimonio, a la familia” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 273).

3.5 El trabajo. El trabajo también es un tema importante que hoy en día sufre una desvirtuación en su concepción y que no se podría dejar de lado, pues repercute directamente en la vida del hombre. Ya desde la edad antigua era asociado a la esclavitud, se colocaba en el último nivel de la vida política y social, se consideraba como una carga de valor instrumental que la naturaleza había dispuesto para el hombre.

En la Edad Media, especialmente con la influencia del cristianismo, el concepto del trabajo tomó otro matiz claramente distinto y superior al que se tenía en la edad antigua; el ejemplo de Jesús de Nazaret que propone el cristianismo, como alguien que trabajó manualmente; fue un factor importante para el cambio de mentalidad respecto al trabajo, pues pasó de ser algo denigrable a una actividad que todo hombre puede y debe hacer (Burgos Velasco, 2009, págs. 153-158).

El punto de vista aún más amplio y que permite una comprensión mejor del trabajo, se encuentra en la época moderna. El desarrollo del comercio y de la economía fueron las principales causas para que se asentara la ciencia moderna, propiciando el impulso a

descubrimientos científicos y tecnológicos. En esta época, se encuentra Francis Bacon, quien fue también promotor de dicho cambio de mentalidad en el enfoque científico moderno, orientado al conocimiento y dominio del mundo. De esta manera, el trabajo, junto con la ciencia y la técnica, será ahora entendido como la actividad en donde el hombre encuentra la oportunidad para desarrollar sus capacidades y habilidades (Burgos Velasco, 2009, págs. 158-161) y para satisfacer sus diferentes necesidades.

Así, se puede decir que el trabajo es una actividad propiamente humana, abarca todo el ser de la persona; en él, el hombre llega a su perfección, pues contribuye a su realización como ser espiritual y social. La satisfacción de sus necesidades es realizada gracias a lo que el trabajo proporciona en su retribución. La responsabilidad y el cultivo de virtudes son también frutos que el trabajo deja al hombre, por lo que la consideración de esta actividad en cuanto tal será de gran importancia para el desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad.

En la actualidad, se perciben actitudes en el hombre respecto al trabajo que no están en consonancia con el verdadero sentido del mismo. Estas expresiones se dan en un estado de confort, en los cuales la pereza es reflejada evidentemente al pretender vivir de una manera estable y digna, pero sin tener que hacer ningún o mucho esfuerzo (Ratzinger, 2005, pág. 38); esto es causa de la obtención de bienes de manera ilícita, como robos y fraudes, así como el no cultivo de las virtudes del esfuerzo y de la honestidad.

En el otro extremo, se encuentran otras actitudes, mismas que se perciben en el abuso del trabajo, en donde ya no se le considera como una actividad que propicia la realización del ser humano que le ayuda a la satisfacción de necesidades, sino que la ambición es el verdadero motivo del trabajo. Estos extremos son, sin duda alguna y por obvias razones, impedimento para

la realización del hombre, presentes en la actualidad y situaciones a las cuales él mismo está obligado a prestar especial atención si quiere llegar a su auténtica realización.

3.6 El compromiso. Todos los puntos que se han expuesto a lo largo de este capítulo, han reflejado la irresponsabilidad de carácter existencial que el hombre ha tenido; él, una vez que ha conocido lo que es, y lo que su propia esencia le exige asumir en la libertad, debe actuar como *custodio* de él mismo.

En la actualidad, el ser humano pretende huir de la responsabilidad existencial de su propio ser, acompañado por el miedo o la apatía de asumir compromisos u obligaciones, ignorando sus capacidades de perfeccionarse, de elegir alguna profesión, un estilo de vida, un trabajo. El compromiso con un estilo de vida auténtico toma una dimensión también moral, pues al tener la capacidad de elegir, es consciente y es responsable de sus actos, mismos que pueden conducir o no a la autenticidad de la existencia.

Es de recalcar, de manera muy especial, que el compromiso existencial que todo hombre tiene, no se hace directamente con los demás, ni con instituciones, sino que es un compromiso personal que atañe a la propia existencia, al individuo personal. Comprometerse consigo mismo para lograr la perfección y ejecutar el modo verdadero de existir, asumir el compromiso de la propia existencia será la solución para rescatarse del *olvido de su ser*.

CAPÍTULO 4. LA ASUNCIÓN DEL SER, PROPICIACIÓN A LA PERFECCIÓN HUMANA.

La exposición acerca del hombre a la luz de la antropología filosófica, en el primer capítulo, ha proporcionado un punto de vista amplio acerca de quién es el hombre; en el segundo capítulo se ha abordado el pensamiento del alemán, Martín Heidegger, respecto al ser humano, el *Dasein*; en el tercer capítulo se hizo una descripción general del hombre que vive en el siglo XXI y las principales causas que le pueden impedir a que actúe conforme a lo que los dos primeros capítulos han proporcionado respecto a lo que es en verdad y la conquista de su perfección. Ahora, en este capítulo, se propondrá una solución al problema del ser humano que no asume su ser y, por consiguiente, su plenitud auténtica no es realizada .

1. La necesidad de asumir el ser

El momento actual en el cual el hombre vive es trágico y verdaderamente preocupante, las distintas realidades que ofuscan su panorama para poder realizarse plenamente son muchas y son también muy seductoras.

La gravedad de la situación actual, que induce a tantos a cuestionar lo incuestionable, es -de manera general- que el hombre se ha atribuido un poder del que carece (de hecho, y en parte también de derecho); y -en particular- que se ha fomentado una presunción ilimitada, de modo que cualquiera, sin esfuerzo, sin maestros, sin dedicación, sin rectitud de vida, sumergido de lleno en los afanes más inmediatos y materiales, etc., sólo con que haya visto un debate televisivo, se cree autorizado a someter a juicio las verdades más altas, que son a la vez las que le enseñan el fin mismo de su vida y, en consecuencia, la trayectoria ética que debe seguir para alcanzarlo. (Cardona, 1997, págs. 330-331)

Ante esta realidad, no se ha de olvidar que quien se encuentra inmerso en ella ha caído en el *olvido del ser* y no es nada más ni nada menos que el mismo ser humano que, como se ha expuesto en los dos primeros capítulos, es un *espíritu encarnado*, presente en el mundo y abierto al ser, con posibilidad de conquistar y alcanzar la plenitud en el ejercicio auténtico de su libertad.

Heidegger hacía mención que el Dasein, al preguntarse por el ser, se pregunta al mismo tiempo y en primer lugar por su propio ser, por su propia existencia y así, pueda continuar haciéndolo con la realidad que le rodea; sin embargo, *ser en el mundo* implica una permanente *asunción del ser*, misma que se logra cuando él vive de acuerdo a su ser, custodiándolo y conduciéndolo hacia la perfección en libertad.

Con todo, las actividades que el hombre realiza poseen cierta consideración, pues quien las ejecuta lo hace con libertad, ya sea que su obrar goce de calificativo moral bueno o malo. De esta manera, la libertad deja entrever algo que apunta más allá de la realidad material, esto es, un deseo de plenitud y satisfacción que llega hasta la trascendencia. A esto surgen unas preguntas interesantes para reflexionar acerca del deseo de colmar la dimensión existencial de proyectabilidad del ser humano: ¿qué busca el ser humano? ¿qué necesita para lograr su perfección? ¿en dónde radica su deseo más profundo de plenitud? Las facultades espirituales pueden dar la respuesta.

El permanente deseo de conocer la verdad y la finita posesión de ella, así como la cierta satisfacción de la voluntad al ejecutar el bien, manifiestan que el hombre tiene *sed* de ser pleno, de que sus voluntades sean colmadas; ante esto, se afirma que la existencia humana, que día con día está en la posibilidad de perfeccionarse, no logra su plenitud en la mentira ni en el mal moral que, deliberadamente es querido y aceptado; será en el mismo Ser subsistente, que es la Verdad y el Bien supremo en donde hallará la tan añorada perfección total de su ser.

La característica del hombre como proyecto es también una clara manifestación de la posibilidad y necesidad que él tiene para responder al *llamado existencial* de asumir su ser, de realizar su proyecto de acuerdo a qué es y llegar así a la perfección humana. En la *Carta sobre el humanismo*, Martin Heidegger comenta al respecto:

El proyecto es esencialmente un proyecto arrojado. El que arroja en ese proyectar no es el hombre, sino el ser mismo, que destina al hombre a la ex-istencia del ser-aquí en cuanto a su esencia. Este destino acontece como claro del ser, y éste sólo es como tal. (Hitos, 2015, pág. 277)

Se trata, pues, de que el hombre colme la necesidad existencial que tiene por antonomasia, la de asumir su ser, no por el camino que el libertinaje proponga, sino por el camino que ha sido ya señalado y determinado por su ser. Así y solo así, en la intervención personal “volcada sobre el ser” (Marcel, 1991, pág. 101), ontológica y auténticamente humana, en donde el hombre toma el su papel existencial que le corresponde, sustentado y vislumbrado en la libertad, se alcanzará su añorada realización, su apertura hacia lo eterno se colocará en el camino correcto para alcanzarla.

2. El valor absoluto de la persona humana

En los capítulos primeros se ha expresado los puntos de vista de la metafísica y de la antropología, que conciben la realidad del ser humano como una persona. Ahora, se pondrá de manifiesto que la persona humana posee un valor absoluto, en el cual se fundamenta su dignidad, sus derechos y la necesidad de que se desenvuelva en un ambiente digno.

Para poder llegar a enunciar y afirmar que la persona humana posee un valor absoluto, primero se ha de tomar en cuenta que ella está abierta al Absoluto, que su ser es de índole

espiritual y está dotada de inteligencia y de voluntad, facultades que están siempre abiertas al Absoluto, en donde encuentran su plenitud.

El acto de ser de la persona humana no depende de la materia, sino que subsiste en el plano espiritual, en el cual se encuentra el Ser subsistente. El subsistir de la persona humana señala al mismo tiempo que no tiene partes de otras sustancias ni puede ser asumido por otras sustancias. Por consiguiente, el hombre es una sustancia completa espiritual, alma y cuerpo, por lo que propicia que tenga *interioridad*, es decir, que pueda meterse dentro de sí y también que se ocupe de sí mismo, de los demás y para los demás, y que pueda realizarse a sí misma, en libertad y de manera responsable, por eso alcanza su realización cuando actúa responsablemente.

La apertura al Absoluto de la persona humana exige también que ella sea *consciente*. El hombre posee tanto la denominada *conciencia concominante* y la *conciencia refleja*, la primera se refiere a que “el acto psíquico está presente, y de alguna manera es vivido y experimentado por el sujeto que lo realiza” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 348), mientras que la última hace notar que él “no sólo piensa, sino que es consciente de ello, sabe que piensa. Es capaz de entrar en sí mismo, se percibe mientras piensa: es decir, es capaz de decir «yo» pienso” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 348). Esto permite que su dimensión social, que implica la convivencia con otras personas, sea eficaz y verdaderamente auténtica, así como el cumplimiento libre de su proyecto que lo conduce a la trascendencia.

Ahora bien, esta apertura que la persona humana tiene al Absoluto señala que ella se encuentra con “una especial dignidad gracias a la cual «sobresale» o «destaca» sobre el resto de la creación, de tal modo que el hombre, cada hombre, posee un valor insustituible e inalienable, muy superior a cualquier otra creatura del universo” (García Cuadrado, 2010, pág. 142), esta dignidad es su “valor eminente” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 272),

de modo que todas las cosas materiales son para el hombre solo medios que encuentran su fin mediante él; Lucas Lucas lo explica de manera clara y precisa:

En realidad, el único ser que es fin en sí mismo, en sentido estricto, es Dios. La persona humana es fin en sí misma en cuanto está orientada a Dios. Sin embargo, conviene aclarar que la persona no es medio ni siquiera para Dios, porque Dios no tiene necesidad de medios. Así, por un lado, la persona es relativa, ya que depende de Dios; y por otro lado es absoluta, porque una vez querida por Dios, lo es de forma absoluta. La persona es, pues, fin en sí, es autónoma: ésta es su *auténtica dignidad*, porque ha sido creada de tal modo que puede orientarse por sí misma al Absoluto. (El hombre, espíritu encarnado, 2013, págs. 272-273)

El sustento de toda la dignidad de la persona es el Absoluto, el mismo Ser subsistente, pues como se ha mencionado, la dignidad de la persona humana “no es un logro ni una conquista, sino una verdad derivada del modo de ser humano..., no es algo que se deba alcanzar: ya se es digno desde el momento en que *es* ontológicamente hablando” (García Cuadrado, 2010, pág. 145).

Ante esto ha surgido el llamado *positivismo jurídico*, el cual proclama que los derechos del hombre surgen de “una determinada situación histórica, social o cultural, y por tanto no son universales” (García Cuadrado, 2010, pág. 144), pero el problema no es que no se reconozca un cierto valor y una cierta dignidad de la persona, sino que lo hace a partir del parecer de la sociedad, misma que se posiciona como quien impone el valor a la persona, pero como se ha planteado, la dignidad y el valor de la persona son tal y estrictamente por el hecho de que ella *es*.

Es así que el carácter del valor absoluto de la persona se afirma, subsiste en un ser libre, dueño de sus actos que son objeto de una calificación moral. De este valor absoluto de la persona

surgen ciertas implicaciones o tareas, las cuales se han de tomar en consideración y asumirlas, pues el ser humano tiene la característica de autodeterminación; su existencia -como se ha expuesto en el punto anterior- le exige que sea llevada a la perfección, a la plenitud, de ser asumida, por eso, su autorrealización apunta a que logre la plenitud de su “constitución psíquica y moral” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 273), dado que su constitución ontológica ya es plena. De ahí que la persona debe estar provista de los medios necesarios para que logre su realización como tal, afirmada por el valor absoluto que de por sí ella es.

3. Las facultades como instrumentos de perfección

A lo largo de este trabajo se ha expuesto al ser humano como una realidad trascendente, como alguien que tiene que esforzarse y cumplir con su proyecto de persona si quiere alcanzar su realización y llegar a la perfección; se trata, por tanto, de que alcance la *autenticidad* de su existencia, justo como lo planteaba Martin Heidegger, cuyo pensamiento se ha recurrido para dar solución al problema del *olvido del ser* que, de manera general está presente en el hombre que vive en el siglo XXI.

Es digno señalar, pues, que las facultades espirituales son indispensables para que el *Dasein* logre asumir su ser. La existencia humana “es una constante e ineludible responsabilidad” (Lucas Lucas, El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 183), la *autenticidad* del hombre deberá de lograrse, de conquistarse, esto es, que él pueda lograr *pastorear* su ser, y colocarse como custodio responsable del mismo. Esta ardua tarea la hace valiéndose precisamente mediante las facultades espirituales, la inteligencia y la voluntad que, como se ha plasmado en el capítulo primero, las posee gracias a su constitución de persona.

Dada la naturaleza de las facultades espirituales del hombre, es necesario y digno señalar que su cometido no se conforma ni se identifica en la imperfección o a la *mediocridad*

existencial, es decir, en el error y en el mal moral, sino que la auténtica realización de las mismas es cuando se logra alcanzar la verdad y se elige el bien en cuanto tal, por eso, la última y definitiva colmación de las facultades se identifica con la misma Perfección, con la Verdad, con el sumo Bien, con el mismo Ser subsistente.

Respecto al entendimiento humano, hay que decir que su objeto propio es el ser, la esencia de las cosas; esto advierte ya un “deseo de conocer” (Lonergan, 1999, pág. 417), mismo que buscará satisfacerlo de una manera permanente, pues el hombre siempre está en un constante conocer. Gracias al proceso intelectual, el ser humano alcanza el conocimiento, y llega a él en un estado de conciencia, es decir, sabe que conoce y qué conoce, por lo que afirmar el conocimiento de la realidad es fundamental para evitar ciertos errores gnoseológicos que, a lo largo de la historia han aparecido y que se han abordado en el capítulo anterior.

Sin embargo, el error también puede estar en la mente, el intelecto se puede equivocar al emitir el juicio o en argumentar acerca de la realidad; sin embargo, esto no quiere decir que la posesión limitada de la verdad no se pueda alcanzar, al contrario, el deseo que el hombre que tiene de conocer la realidad en la verdad estará presente en su vida, esto siempre y junto con la capacidad que tiene de dar sentido a su inteligencia, pues “la realidad puede ser conocida verdaderamente, pero no puede ser agotada por el hombre” (Corazón González, 2002, pág. 100).

Puesto que la inteligencia de la persona humana puede alcanzar a conocer y distinguir el bien, que es el objeto del apetito. En consecuencia, hay que tener presente que “en el hombre hay dos apetitos: uno sigue al conocimiento sensible..., y otro que sigue al conocimiento racional, que es la voluntad” (Corazón González, 2002, pág. 129), segunda facultad espiritual y que, junto con la inteligencia contribuye a la plena realización de todo ser humano.

El conocimiento del bien y de la verdad, así como la distinción de los valores absolutos son alcances que el intelecto humano tiene, por lo que no deben ignorarse en la tarea de la realización auténtica de la persona humana. Si el hombre está en la posibilidad de perfeccionarse su inteligencia siempre lo hará buscando el bien, adecuándose a la realidad, sería contradictorio en él que asumiera una vida en donde no se preocupe por vivir de acuerdo a lo que la misma inteligencia le va señalando como un bien y que favorece para que él lo pueda considerar y descubrir en cuanto tal (Lucas Lucas, *Explícame la persona*, 2016, pág. 239).

No se puede hablar de la inteligencia como instrumento para que el hombre alcance su perfección si no hablamos de la voluntad, pues su razón de ser en la persona se identifica, ambas facultades no se sacian de lo inmediato, sino que encuentran su regocijo en lo Absoluto. Antes de ahondar en la indispensable tarea que la voluntad juega como instrumento para que el ser humano asuma el ser, hay que señalar que el ente con la capacidad de obrar “obra desde y por su acto de ser, mediante y según su naturaleza” (Cardona, 1997, pág. 424), de esto se infiere que, el obrar del hombre será siempre en cuanto humano y por eso posee también un alcance trascendente.

La voluntad es, pues, “una facultad o capacidad de producir actos” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 161) y su objeto es el bien que el intelecto ha presentado al sujeto, pero el objeto último de la voluntad es “el Bien Supremo” (Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado*, 2013, pág. 165). Ciertamente, en muchas ocasiones los actos que en la volición humana hacen posible su ejecución resultan tener carácter moral malo.

La voluntad naturalmente no tiende al mal, sino que se ha de hablar de la existencia del error al momento de discernir la realidad y al otorgar el valor de bondad apetecible a la acción

que en sí misma es mala moralmente; pero no por eso se quita al hombre la sublime tendencia de su voluntad a ejecutar el bien en cuanto tal.

El actuar humano adquiere la característica de ser objeto de la moralidad; la conciencia, la voluntariedad y la libertad marcarán la cualidad moral de los distintos actos que el hombre ejecute, el acto bueno moral propiciará la perfección del hombre y la voluntad se verá adecuada con su razón de ser.

Ante todo esto que se ha expuesto, se puede decir con razón que ignorar el alcance y el tesoro que las facultades espirituales proporcionan al hombre, equivale a tomar una postura de mediocridad y apatía ante la existencia personal y ante toda la realidad; de manera que, una vez que el ser humano deja de esforzarse para que su intelecto posea una auténtica adecuación con la realidad y su voluntad no ejecute el bien en cuanto tal, el sentido de esas facultades no se hace presente de modo real, y el proyecto del hombre como *espíritu encarnado* se queda inacabado, trunco, porque su mismo ser es una apertura a la perfección; él desea ser pleno, tiene sed de plenitud. En pocas palabras, no serán colmadas sus facultades sino en la Verdad, en el Bien Supremo.

4. La libertad, medio para alcanzar la asunción del ser

En el capítulo primero se abordó al ser humano como alguien con goce de libertad, misma que le posibilita el poder elegir y, aunque esta sea finita y el mismo hombre se encuentre determinado en un contexto social y cultural, y haya tenido “una educación y unas influencias que lo han configurado, tiene sus preferencias, sus sentimientos, sus pasiones, sus afectos, su historia” (Amengual, 2007, pág. 259), no deja de ser una realidad libre, de tener la capacidad de elegir y de actuar, al contrario, gracias a la libertad, que es iluminada por la razón, puede actuar con orden, sin arbitrariedades, caprichos, dominar los antojos que, por su misma naturaleza están

presentes en su realidad, todo esto en perfecta colaboración con las facultades espirituales para que pueda y logre “determinarse por sí mismo y desde sí mismo” (Amengual, 2007, pág. 261).

Recordando el aporte de Heidegger sobre el Dasein, como poseedor de libertad, él puede y debe conquistar la autenticidad de su ser sin separarse del mundo, es decir, él puede trascender, “ir más allá de sí mismo..., de retroceder ante las cosas, de mantener la lejanía frente al ente, para que éste pueda entonces manifestarse en lo que es” (Amengual, 2007, pág. 269), pero esto lo hace en la consideración de su propia existencia, misma que *puede* asumirla y respetarla, actuando y siendo en cuanto *es*. No por nada y con razón, Ramón Lucas Lucas expone sobre el significado humano de la libertad diciendo que “la existencia humana es un *hacerse*, pero no en el sentido de hacer cosas, sino en el sentido de que su mismo ser es un *quehacer*” (El hombre, espíritu encarnado, 2013, pág. 180).

Así, el Dasein, el ser *al que le va su ser*, es determinante, está siempre con miras hacia delante, su existencia le exige poder decidir por la perfección, quererla y ejecutarla. Precisamente la grandeza del ser humano radica en esta posibilidad que tiene: la de ser libre. Quien es libre y auténtico para vivir en libertad es aquel que ha ocupado esa capacidad para perfeccionarse constantemente, quien es libre pero vive en la esclavitud, en la inautenticidad, entendida como un modo de vida el cual no es propio de su ser, ha utilizado la libertad para denigrar su existencia, la misma que tiene que cuidar, pastorear y llevarla a su fin. Por eso, “la libertad no afecta sólo al hacer, sino al hacerse del hombre; afecta no sólo a las acciones aisladas, sino al hacerse del hombre como tal” (Amengual, 2007, pág. 270).

Respecto a esta concepción del hombre como un proyecto inacabado y con el deber de acabarlo y llevarlo a la perfección hacia la *autenticidad* en “la conciencia de sí mismo”

(Heidegger, Ser y tiempo, 2019, pág. 299), también el gran pensador José Ortega y Gasset comenta al respecto, y señala:

El hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad. Si por vocación no se entendiese sólo, como es sólo, una forma genérica de la ocupación profesional..., sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación. Pues bien, podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica. (Obras completas, 1966, pág. 401)

Con lo que hasta ahora se ha expuesto, es oportuno ya decir que la libertad tiene un alcance antropológico absoluto, que es una propiedad que el hombre tiene y es tan valiosa porque le permite realizarse en el plano moral, trascender y alcanzar su perfección como lo que es, de manera que, se puede hablar en verdad que la libertad es el medio del que no hay que prescindir para que el hombre logre la asunción de su ser, misma que “se halla finalizada en el amor” (Pérez-Soba, 2011, pág. 71).

5. El Bonum est diffusivum Sui

El ser humano, gracias a su constitución como persona, la presencia y el auténtico uso de las facultades espirituales y de la libertad, hacen que él logre y pueda llegar a conquistar su propia existencia. El bien que ha descubierto su intelecto y que el mismo sujeto lo ha considerado en cuanto tal se vuelve atractivo a su voluntad, tanto así que va hacia él y de una manera libre; esto es una realidad antropológica la cual hay que considerar oportuna y tomarla en cuenta para dar una explicación metafísica respecto a la tendencia que el hombre tiene hacia el

bien, a la Bondad Suprema y de la capacidad que posee de irradiar bondad y en qué sentido lo puede hacer; esto, sin duda, puede decir mucho acerca de la añoranza que tiene el hombre de alcanzar su perfección, de imitar en cuanto a su condición humana a esa Bondad Suprema.

Ya santo Tomás de Aquino (2001) señaló que:

El bien y el ser son realmente lo mismo. Sólo se diferencian con distinción de razón. Esto se demuestra de la siguiente manera. La razón de bien consiste en que algo sea apetecible. El Filósofo dice en I *Ethic.* que el bien es *lo que todos apetecen*. Es evidente que lo apetecible lo es en cuanto que es perfecto, pues todos apetecen su perfección. Como quiera que algo es perfecto en tanto en cuanto está en acto, es evidente que algo es bueno en cuanto es ser; pues ser es la actualidad de toda cosa... Así resulta evidente que el bien y el ser son realmente lo mismo; pero del bien se puede decir que es apetecible, cosa que no se dice del ser. *S. T. I, 5, 1 (pág. 127)*

Por lo tanto, toda la realidad en el grado en el cual está participada del ser, de la misma manera está participada del grado de bondad.

La bondad en las cosas es percibida precisamente porque estas existen, son reales; ahora bien, en el ser humano se ha de hacer una distinción entre bien ontológico, bien físico y bien moral, precisamente por su finitud, por su indeterminación y por su libertad. El primero está ya dado de por sí, y es gracias, como en todos los demás, al *actus essendi* de la persona; el segundo, se refiere al estado *bueno* de salud física; y el tercero, es el que origina la problemática, pues entra en juego la libertad y la tarea de *construir* el ser moral, del asumir el ser. No por nada, santo Tomás de Aquino (2001) señaló que:

Ningún ser en cuanto ser es malo, sino en cuanto que está privado de algo.

Ejemplo: Se llama malo al hombre que está privado de virtud; o se llama malo al ojo que está privado de la capacidad de visión. *S. T. I, 5, 3* (pág. 130)

De lo anterior que se afirme que quien origina el mal moral es el hombre y no Dios, pues por su libertad goza de capacidad para elegir hacer el mal moral o el bien moral, aunque su ser le reclamará siempre optar por el bien.

Ahora pues, el hecho de que el mismo Ser subsistente haya participado a la realidad del ser de manera diversificada y en distintas *gradualidades*, da oportunidad a inferir que él, siendo e identificándose con la Bondad Suprema ha compartido su Bondad, es decir, el que haya participado el ser a toda realidad implica la participación de bondad, pues bien y ser son lo mismo. Por consiguiente, existe una analogía respecto a la Bondad Suprema y a la bondad de los entes, pero es en el ser humano en donde no solamente se realiza y aparece la *imagen* de la Bondad en el plano ontológico, sino en el plano moral también puede irradiar bondad de manera libre y consciente.

El hombre, por su libertad está en la posibilidad de elegir e irradiar perfección en la bondad o privarse de ello en el plano moral. De proceder conforme al bien estará encaminándose hacia su realización participando de una manera más noble al alcanzarla. El hombre es imagen de la Bondad misma cuando procura el bien de él, de los demás y de lo demás. Sería incompleta la *imagen* de la Bondad, que es el hombre, si no tomara el papel como de quien *comunica* la bondad, no porque él lo sea, sino que es *imagen sublime y sagrada* de la Suprema.

Pero ¿qué hace posible que el hombre difunda y propicie la bondad en cuanto imagen de la Bondad Suprema? No es otra cosa más que la virtud, que capacita al hombre para que pueda alcanzar su perfección y que al mismo tiempo pueda difundirla a los demás. La virtud tiende a

perfeccionar pero difundiendo la misma perfección, porque “así como es más perfecto iluminar que lucir, así es más perfecto el comunicar a otros lo contemplado que contemplar exclusivamente” *S. T. I-II*, 188, 6 (De Aquino, 1994, pág. 728).

El ser humano virtuoso está en el correcto camino, propio para su desarrollo y difunde la perfección que va adquiriendo de manera libre, ejecuta las virtudes propias para que sus facultades espirituales se encuentren sirviendo verdaderamente para lo que fueron dispuestas en el ser del hombre. Cuando el hombre asume su ser, lo que él es, se asemeja a quien le ha participado del ser, como cuando ama, pues el Ser se identifica con el Amor, pues no hay virtud si no hay amor, ni amor sin perfección.

Así entonces, se contempla una dimensión también trascendental y perfeccionante en el hombre en donde se ejecuta la difusión de bondad, este es, el de la alteridad. No es el ser humano alguien que se perfecciona de manera solitaria y no comparte la bondad en la nada, sino que sus actos repercuten hacia fuera de sí, hacia el mundo, hacia los demás. Sus actos trascienden.

Ninguna acción es virtuosa cuando atenta contra el acto de ser, de la integridad y de la consitución de cualquier ente; el vicio corrompe la naturaleza de quien lo ejecuta y también el modo de ser de los demás en relación, pues el hombre vicioso se aleja de ser reflejo de quien le ha dado la participación de su ser. El hombre que actúa viciosamente no logra trascender.

En la Antigüedad, ya Aristóteles había entendido por virtud toda acción que “perfecciona la buena disposición de cuya virtud es, y produce adecuadamente su obra propia” (*Ética Nicomaquea*, pág. 29); aplicando esto en el hombre, cuando su actuar lo perfecciona y lo hace bueno, manifiesta su ser en cuanto tal y como está determinado por su naturaleza; así también sucede con el ente cuando alcanza su perfección según su modo de ser, esa perfección se comunica a la realidad.

Así como un foco cumple su fin y comunica su bondad cuando ilumina, o cuando un vaso halla su razón de ser y comunica su bondad cuando almacena agua y ayuda a satisfacer necesidades físicas del hombre, así el hombre cuando por la virtud manifiesta su ser y comunica e irradia bondad; por eso, la virtud es lo que capacita al ser humano para que pueda no solo ser perfecto o bueno, sino a que manifieste su perfección perfeccionando su entorno, de manera que así se asemeje con el Ser, con la Bondad Suprema.

La virtud en el hombre abarca todo su ser; quien es virtuoso conoce y quiere el bien, mismo que lo acoge con libertad, propiciando así la adecuación a su ser. Esto goza de un carácter muy sublime, pues de esta manera el ser humano, poseyendo dos facultades espirituales, se asemeja al Ser de manera superior y distinta respecto a todas las criaturas.

Por la capacidad que el ser humano tiene de conocer descubre qué quiere e ir hacia lo que anhela, hacia la perfección de su persona, a ser bueno moralmente e irradiar tal perfección. De esta manera, la virtud *capacita* al hombre a trascender y a comunicar el *fruto de la virtud*, el cual no es otra cosa que el amor, en él la virtud halla su cumplimiento y hace salir al ser humano del egoísmo hacia *la generosidad del ser*.

Si el hombre quiere ser pleno y realizarse, es menester que asuma una vida virtuosa y, como se ha insistido, que se preocupe por difundir y velar por la perfección tanto suya como la de los demás, buscando siempre lo mejor, con miras a lo Absoluto, pues la perfección de su naturaleza le exige esto, y así, el adagio *Bonum est diffusivum sui* se realiza en el ser humano abarcando todo su ser, y no es otra cosa más que la expresión de la realidad cuando el participado del ser llega a su perfección, a la *adecuación a su ser* y a la manifestación del Ser, practicando y asumiendo la vida virtuosa en el amor, en la donación de sí, o simplemente, *siendo* conforme a lo que está llamado a ser.

6. El pastor del ser, un ser social

La dimensión social del hombre y la enraizada necesidad que tiene de los demás seres humanos para poder perfeccionarse en cuanto a *ser social*, se ha abordado en los dos primeros capítulos, por lo que el conocimiento de estos aspectos se da por hecho para poder desarrollar este punto.

Ahora, se expondrá acerca de la dimensión social del hombre, del *pastor del ser*, como algo que él mismo debe construir libremente para que pueda cumplir satisfactoriamente con la tarea que su característica de *ser con* (Heidegger, *Ser y tiempo*, 2019, págs. 140-141) le exige, pues no se perfecciona solo, sino junto con otros, por eso la importancia de que la sociedad sea construida de acuerdo a que propicie el desarrollo no solamente de un individuo, sino de todos.

En el hecho en el cual la sociedad progresa y camina rumbo a su construcción, se distingue un proceso conocido como *integración social*, mismo que tiene como fin “la unión entre los diferentes miembros, sean individuales o colectivos, sean institucionales o de libre organización” (Amengual, 2007, pág. 372). Esto ayuda a que los distintos grupos logren unificar ideales, proyectos y estilos de vida que propicien el desarrollo de su ambiente, así como ser instrumento a que las divisiones y fragmentos sean oportunidades de desarrollo, el respeto y la tolerancia serán fundamentales a que el proceso de integración social logre estos cometidos.

Cabe mencionar los niveles en los que esta integración se da, pues hay que considerarlos para que cada uno se vea colmado y llegue a ser idóneo para el correcto desarrollo del individuo, y estos son: el “personal y familiar, económico y social, político y cultural” (Amengual, 2007, pág. 372), por lo que la acción política encuentra en estos niveles la tarea de velar por la justicia y el derecho, pues el Estado tiene la obligación de poner los instrumentos necesarios para que los individuos puedan desarrollarse en un ambiente digno y conforme a lo que son, como personas.

En el desenvolvimiento y la aparición de la integración social, se percibe también la *integración sistémica*, la cual propicia la primera. La integración sistémica se refiere a la participación de los que conforman la sociedad, mismos que persiguen el cumplir con sus derechos y obligaciones de una manera ordenada y adecuada; es una unión de voluntades que se base en el respeto, en la integración por el trabajo y en el entablar relaciones económicas y sociales, no por nada, estas actitudes son las bases para lograr la integración social, de manera que, los valores, las tradiciones y el saber social resplandezcan en la sociedad y se pueda hablar efectivamente de una auténtica integración social (Amengual, 2007, pág. 373).

Otro aspecto muy importante es el hecho de que las nuevas generaciones se van integrando a la sociedad practicando valores, aprendiendo el lenguaje, mismo que es indispensable para un “entendimiento mutuo” (Heidegger, Arte y poesía, 2018, pág. 96), a este proceso se le denomina *integración social* o *socialización*. De esta manera, los que viven dicho proceso lo hacen de modo progresivo, adecuando su actuar a las normas y reglas del lugar de donde se están desarrollando; también conocen su cultura en cuanto tal y, en la mayoría de los casos, profesan una determinada religión. El desarrollo de las mencionadas características de la socialización, será fundamental que se haga en instancias que propicien adecuadamente la incorporación del individuo joven a la sociedad.

Una de las instancias socializadoras, que es la más importante, es la familia; en ella, fundamento de toda sociedad, se adquieren las habilidades para que los niños puedan integrarse adecuadamente a la sociedad, aprendiendo a compartir, a vivir los valores, a comunicarse. Hay inclinaciones desarrolladas en la niñez, que impregnan la intimidad de una persona y permanecen toda la vida como una emotividad favorable hacia un valor o como un rechazo espontáneo de

determinados comportamientos. Muchas personas actúan toda la vida de una determinada manera porque consideran valioso ese modo de actuar en ellos desde la infancia, como por ósmosis: «A mí me enseñaron así»; «eso es lo que me inculcaron». (Francisco, *Amoris laetitia*, 2016, pág. 213)

Así entonces, en la familia “la tarea educativa tiene que despertar el sentimiento del mundo y de la sociedad como hogar, es una educación para saber «habitar» más allá de los límites de la propia casa” (Francisco, *Amoris laetitia*, 2016, pág. 214).

Sin embargo, desgraciadamente la realidad nos muestra que así como hay muchos que crecen en una familia que propicia el desarrollo de los niños y los introduce a la vida social, hay quienes no inician el proceso de socialización de la mejor manera por múltiples circunstancias y factores, como lo es el “individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto” (Sínodo de los obispos. III Asamblea general extraordinaria., 2014), a esto sumado la negación de los valores, la violencia, la inseguridad, la migración, entre otras muchas realidades que hoy en día asechan a la familia y a la sociedad en general. Por eso la gran importancia y necesidad que otras instancias socializadoras deban estar con disposición para poder responder de manera competente ante estas situaciones.

Es así, por tanto, que cada individuo para contribuir y lograr ese desarrollo tendrá que ser responsable de sí pero también de todos, pues no vive ni se perfecciona solo, sino siempre en conjunto; de igual manera, se debe lograr la unión a pesar de las diferencias; esto es, la solidaridad, misma que es la “virtud social y... deber social por excelencia” (Amengual, 2007, pág. 378), con ella, como señala Juan Pablo II, “se pueden afrontar y resolver los enormes y

dramáticos problemas de justicia en el mundo; de la libertad de los pueblos y de la paz de la humanidad” (Familiaris consortio, 1981).

La solidaridad incita a la no indiferencia para con los demás, y es el camino para que el *pastor del ser* logre llevar a buen fin la dimensión que, por *ser en el mundo* tiene, la social. Si cada integrante de la sociedad lucha por practicar esta virtud social, se podrán lograr muchas cosas que favorecerán el desarrollo de los individuos y, por ende, de las distintas sociedades, esto derrumba las concepciones utópicas de las sociedades, que lejos de ayudar a creer en la posibilidad de una sociedad digna propician el añorarla como una fantasía.

Sin embargo, la construcción de una sociedad adecuada para la realización de los individuos es una realidad que está al alcance de cada individuo, es una tarea objetiva y realizable. Mencionar la posibilidad de una actitud solidaria en las sociedades es dar paso a que el mundo de hoy encuentre esperanza en que sí se puede progresar hacia la perfección, el esfuerzo, la donación y una vida virtuosa en cada individuo lo harán posible. La práctica de la solidaridad encuentra su perfecta aparición y realización en el amor que, “por medio del bien y su verdad, es el motor real de la sociedad en todas sus dimensiones..., abre todo lo humano a un horizonte nuevo” (Pérez-Soba, 2011, págs. 46-47).

7. El amor, corona de la adecuación

Después de haber recorrido el camino, a lo largo de estos capítulos, sobre qué es el hombre, en primer lugar a la luz de la antropología filosófica, y posteriormente desde la concepción de Martin Heidegger, así como vislumbrar de manera general el panorama del ser humano que vive en el siglo XXI, es momento de exponer el último punto, mismo que constituye la cumbre de la propuesta para la *asunción* que el hombre tiene que hacer de su ser.

«Amor», palabra tan escrita, pronunciada, meditada, romántica y profunda, pero desvirtuada y confundida en la actualidad. A poco tiempo de comenzar la tercera década del tercer milenio y ante la crisis existencial que la humanidad está viviendo, es preciso retomar el verdadero sentido del «Amor» y preguntarse si es una mera utopía o es en verdad una realidad, la cual el hombre puede hacerla presente en su existencia como la añorada solución al *olvido del ser* y que propicia la adecuación de su actuar con su misma esencia.

A continuación, se plasmarán algunos modos de concebir al amor de algunos filósofos que a lo largo de la historia han aportado y que ayudarán a sustentar el verdadero sentido del *amor*.

La reflexión sobre el *amor* comenzó en la época antigua con los griegos, quienes establecieron cuatro términos para referirse a él: *ἀγάπη*, *φιλία*, *έρως*, *στοργή*. En la cultura griega el *έρως* tuvo una especial consideración, ya que lo enunciaban “como un arrebató, una «locura divina» que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta” (Deus caritas est, 2005), sin embargo, este tipo de amor es inmanente y egoísta, ya que se queda en el plano del sujeto sin salir de sí para con los demás. El *ἀγάπη*, por su parte, encontró cierta importancia, ya que “expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro” (Deus caritas est, 2005).

Con los sofistas, la especulación sobre el amor se volvió completamente como una realidad humana y no meramente cósmica, esto marcó la meditación acerca del tema durante los siguientes siglos hasta nuestros días.

Para Platón, *φιλία* será un perfeccionamiento moral por su capacidad educadora y por su excelencia, por su parte, el amor para él es un impulso divinizante, “es entusiasmo, eleva al alma y la diviniza: el alma enamorada trasciende lo sensible para volverse hacia lo eterno y transformarse en lo divino” (Álvarez Lacruz, 2006, pág. 22); el camino del amor también son las normas de conducta, ayudan a obtener el conocimiento de la belleza absoluta (El Banquete, 1986, pág. 264). También profundizó en el *έρως* y la erótica: el primero “es una fuerza que eleva hacia el Bien, y la erótica a su vez se manifiesta como una vía alógica que lleva hasta lo Absoluto” (Reale & Antiseri, 2010, pág. 141).

Otra concepción sobre el amor que es digna de mencionar es, sin duda, la de Aristóteles. Profundizó en la *φιλία*, señalándola como la virtud que sostiene y fortalece la amistad, misma que es una relación benevolente y correspondida, los amigos persiguen su propio bien y se cultivan en la virtud (Aristóteles, 2016, pág. 139). La amistad entre hombre y mujer, según la doctrina aristotélica, tiene su fundamento en la naturaleza; en ella, esa unión no solamente es con el propósito de procrear, sino que, los dos que hacen esta relación están dispuestos a complementarse el uno al otro, a perfeccionarse mutuamente y encontrar su propia excelencia. Así, la *φιλία* tiene un alcance trascendente y realizante, pues el aspecto social del hombre se logra con base en la verdadera amistad.

También el neoplatonismo ha aportado ideas interesantes respecto al tema del amor. Plotino, asoció al *έρως* a una actividad ascética que, vinculada con la teoría de la emanación, consiste en una ascensión amorosa que “comienza como una conversión en forma de ‘desengaño’ y ‘huída ascensional’... El amante tendrá que pasar de la belleza de los cuerpos a la de las almas” (Álvarez Lacruz, 2006, pág. 38). La meta última es llegar a la contemplación de Dios; así, el *έρως* adquiere en el pensamiento de Plotino un tinte salvador ya que señala, además,

que la capacidad que el hombre tiene de amar encuentra su fin último y deseado en la contemplación del Uno divino, digno de ser amado, pues él es amor y amor de Sí, bueno y bello en sí y por sí (Eneada primera, 1963, pág. 112).

En el resplandor de la Escolástica, santo Tomás de Aquino, abordó también el tema del amor. Señaló que el ser humano tiene una inclinación hacia lo que conviene a su naturaleza, sus apetitos sensitivos y apetitos racionales hacen que él esté en una constante búsqueda de colmarlos y satisfacerlos, pues tiene la capacidad del amor tanto sensible y la del espiritual-intelectual. La voluntad, juega un papel importante ya que tiende a los bienes captados por la inteligencia, sensibles y espirituales, es la potencia espiritual que apetece y por eso son su objeto de amor todo lo que le deleita (Álvarez Lacruz, 2006, págs. 93-97).

La dimensión de la coexistencia y de la alteridad en el hombre se encuentra perfeccionada y plenificada por el amor; el mismo *Doctor angélico* lo ha mencionado:

El amor del bien conveniente perfecciona y mejora al amante, y el amor del bien que no conviene al amante le daña y deteriora. De ahí que el hombre se perfeccione y mejore principalmente por el amor de Dios, y sufra daño y deterioro por el amor del pecado, según aquello de Os 9, 10: *Se hicieron abominables como las cosas que amaron*. S. T. I-II, 28, 5 (1988, pág. 257)

Así, el amor en el pensamiento tomista tiene un carácter de perfeccionamiento. Por medio del amor, el amante encuentra su perfección como persona; amar es salir de sí mismo para velar por los demás, por su bien, en la entrega libre, generosa y desinteresada, es una donación personal. De esta manera y sin duda alguna, no se puede decir que el amor esté presente en las acciones que no están dirigidas y ligadas al fin último del ser humano.

Otro pensador que también contribuyó a la reflexión del amor y que ha aportado ideas interesantes es Max Scheler, quien con su pensamiento señaló el aspecto del valor. Desarrolla que el ser humano es alguien capaz de darle valor a la realidad, pero antes de dárselo es porque ya lo ha descubierto, se da cuenta qué puede amar y qué no, como él mismo dice: “el amor humano debe exclusivamente reconocer su *exigencia objetiva* y debe someterse a *la jerarquía de las cosas que pueden ser amadas* en sí (pero existentes en sí «para» el ser humano) ordenadas en función de su esencia *específica*” (Scheler, Gramática de los sentimientos, 2003, pág. 78).

La filosofía de Scheler ha dado pauta para hablar sobre el amor hoy, pues la crisis en la que el ser humano se desenvuelve es también originada por no reconocer el valor absoluto de la persona, así también como el de los valores, el de las relaciones interpersonales. Así, Scheler conduce a afirmar que el amor real y auténtico implica asumir el valor que las distintas realidades tienen en sí mismas, especialmente el valor de la persona humana, quien también es capaz de amar y reconocer el valor de las cosas, “hace entrar valores nuevos en la existencia, en las esferas del querer, del elegir y del obrar” (Álvarez Lacruz, 2006, pág. 208).

Por último, y no por eso menos importante, se encuentra en estas consideraciones filosóficas respecto al amor el pensamiento de Von Hildebrand, sin duda, también de gran ayuda para lograr volver al sentido originario y pleno de la palabra «amor». Hildebrand ha mencionado que el amor es una respuesta afectiva y personal al valor de la persona, es además, una actividad en la que la persona completa está involucrada, es tratar a “la otra persona real como persona” (La esencia del amor, 1998). El amor es, por tanto, algo sagrado, pues brota de lo íntimo de una persona para tratar a los demás como lo que son y no como otras cosas.

Ahora que se han plasmado de manera general algunos pensamientos respecto al amor que a lo largo de la historia han surgido, y que ayudarán a vislumbrar su auténtico significado, es menester concretizar qué es el tan mencionado *amor*.

El hombre, de quien ha sido el punto central de todo este trabajo y a quien *le va su ser*, necesita asumir su ser para *comprenderse*, (Gaos, 2017, pág. 23), para lograr la *asunción de su ser*; su constitución personal lo hace único entre toda la realidad, sus decisiones y actos voluntarios involucran todo su ser; en su vida, la perfección y la imperfección son las ofertas que diario se le presentan, y en las cuales sus facultades lo orientan siempre buscando lo pleno según su naturaleza y, cuando la verdad y el bien resplandecen en su vida, su realización empieza a vislumbrarse y por ende, la de su entorno; las tinieblas de la existencia son superadas de modo pleno por aquella luz que puede iluminar y salvar al hombre, aquella fuerza que es capaz de que broten acciones perfeccionantes no es otra cosa que el mismo *amor*.

El amor brota del acto libre y consiente de toda persona humana, engloba toda la existencia del ser humano (Deus caritas est, 2005) y la hace trascender. No por nada, cuando se escucha hablar de *amor*, por lo regular, se hace lógicamente referencia a lo agradable, a lo hermoso, a lo sublime, a lo feliz, esto es una prueba que el amor tiene que ver verdaderamente con la experiencia (Pérez-Soba, 2011, pág. 16), con la experiencia del ser, que toca la identidad personal, el porqué de la existencia y el fin de la misma (Pérez-Soba, 2011, pág. 34). Una existencia agradable y feliz es aquella que tiene al *amor* como la razón de ser.

Despreciar la constitución esencial o asumir acciones que, de por sí, no perfeccionan a la persona en todo su ser, ni perfecciona a los demás, equivale, pues, a la *no-adequación* con lo que el hombre está invitado a asumir, la cual es su condición finita pero trascendente. Mucho se ha insistido que el ser humano deba *pastorear el ser* en libertad, pero, en dónde radica la realización

de la misma cuando esta se inclina hacia el amor, la respuesta fue enunciada por García-Baró cuando señalaba que “el amor sólo puede ser comparado (en esto coinciden, por ejemplo, Weil y Teresa de Lisieux) con una cierta orientación de la mirada, y la libertad, con la capacidad de orientar esta orientación” (De estética y mística, 2007, pág. 190). El amor es la corona de la libertad y por eso, existe una adecuación entre la situación y lo que la existencia humana exige a realizar para alcanzar la tan añorada plenitud.

El amor es el asumir constante no de cualquier realidad, sino de la propia existencia, misma que reclama la perfección y, como se ha expuesto en los puntos anteriores, el ser humano siempre la buscará. Sin embargo, una vez que ama, no solamente está haciendo algo *bueno*, sino que está perfeccionando su existencia, la está asumiendo. El amor y sus exigencias no contradicen ni a la misma razón ni a la misma libertad, al contrario, en él sus facultades hallan su total plenitud y total sentido de ser.

Amar es también asumir la existencia como *proyecto personal y coexistencial*, mismo que nunca está destinado a desembocar en la imperfección del hombre, siempre y cuando sea cumplido en el *amor*. Además la dimensión social no excluye la actitud amorosa, al contrario, la considera como un *don*, una donación personal de sí para con los demás, se trata también de alcanzar la *totalidad finita* junto con los demás, superando todo egoísmo. Precisamente en las *Anotaciones a la psicología de las visiones del mundo de Karl Jaspers*, Heidegger comentaba con razón que “la totalidad de la vida, *la vida misma*, es algo que no podemos decir nada directamente. Pero de algún modo sí que tiene que ser pretendida, puesto que la conciencia de la existencia nace del mirar *hacia ella*” (Hitos, 2015, pág. 33).

Se trata de construir el proyecto no determinado por el hombre, pero sí asumido, de tal manera que la *totalidad finita* del hombre será un reflejo del Ser que sustenta todo cuanto existe.

Esa *totalidad finita*, la cual el ser humano ha de alcanzar, es una analogía respecto a la *Totalidad perfectísima e infinita*, de aquí que se afirme que cada acto que propicia la asunción del ser, es un reflejo del Ser subsistente, es un acto de amor. El amor se coloca como camino y como “la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre” (Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 2008, pág. 65), es lo que da el sentido a su existencia y logra la *asunción de su ser*, abriendo las puertas a la perfección, a la realización, a la felicidad, a la plenitud, en suma, develando su ser como el *Ser subsistente* lo ha determinado y querido desde la eternidad, es la *adecuación* del ser con su ser y con el Ser.

CONCLUSIONES

A lo largo de la exposición del presente trabajo de investigación se ha abordado la problemática del hombre que vive en el siglo XXI, la cual es el hecho de que su modo de actuar no manifiesta coherencia con lo que su esencia lo ha determinado ser; no por nada, el enraizado *olvido del ser* es la causa de la no-adequación del obrar humano con su modo de ser.

Ha sido, pues, considerado oportuno hacer un recorrido por el pensamiento de Heidegger en relación con el Dasein, ya que como se ha expuesto, es el ente que tiene primacía existencial respecto a los demás entes materiales por su capacidad de *preguntarse por el ser* y buscar su comprensión cuando asume un estado de *autenticidad*.

El actuar del hombre no adecuado conforme a su constitución ontológica no ha sido propio de las generaciones que se han mencionado en el capítulo tres, sino que, por la libertad participada y finita se afirma que tal inadecuación del actuar respecto al modo de ser en el hombre ha existido siempre. Sin embargo, el ser humano se encuentra en la permanente posibilidad de adecuar su actuar con lo que está determinado a ser.

La percepción del estado de *inautenticidad* existencial en la mayoría de los seres humanos, es motivo para dar paso al replanteamiento de la pregunta que el mismo Heidegger hacía; se trata pues, de volver a la cuestión por el ser, no por otra cosa sino por el anhelo de perfección que el mismo hombre posee y el cual merece que sea colmado.

Replantear la pregunta por el ser en pleno siglo XXI conduce a cuestionarse, en primer lugar, por el ente que puede hacer tal interrogante y comprender la respuesta. No por nada, se hizo una descripción fenomenológica del ser humano bajo la concepción de la antropología filosófica en el capítulo primero. De esta manera, la antropología filosófica ha dado las pautas para la comprensión de la realidad humana, de tal manera que se propicie y se asuma.

Después de descubrir quién es el ser humano por medio de la antropología filosófica, le sigue un contraste sorprendente, el cual es ocasionado por el *olvido del ser*, mismo que está realmente presente hoy en día como lo ha estado a lo largo de la historia. Sin embargo, el conocimiento lógico de lo que es no basta para que logre su perfección, sino hasta que, conociéndola la asuma de modo completo, cuando la voluntad tienda a tal realidad conforme a lo que es; por ejemplo: una persona puede saberse de memoria un reglamento que la conduce al orden, pero no actúa conforme a lo que sabe. Lo mismo pasa con el ser humano, él puede saber quién es, cómo es, se puede conocer en cuanto tal, pero si no actúa conforme a la verdad poseída en su intelecto permanecerá siempre en un estado de *inautenticidad* e imperfección.

Por eso, las grandes y maravillosas facultades espirituales del hombre cobran sentido auténtico cuando no una sino las dos están en perfecta consonancia, pues el bien percibido por el intelecto es querido por la voluntad. La libertad juega en la asunción del ser un papel importante, la posibilidad de elegir no está presente en la existencia del hombre por el azar, sino que, a través de ella la persona asume lo que es y se coloca como custodio de su propio ser.

Así, la concepción que Martin Heidegger tiene acerca del hombre cobra una gran importancia para propiciar el cumplimiento de la tarea que su modo de ser ha determinado en él. Sus célebres y profundas palabras que ha plasmado en la *Carta sobre el «Humanismo»* dan la visión acerca de esa sublime tarea existencial y, por supuesto, perfeccionante:

El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este «menos» el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad. Dicha llamada llega en cuanto ese arrojamiento del que procede lo arrojado del Dasein. (Hitos, 2015, pág. 281)

La existencia humana es evidentemente finita, las limitaciones, su contingencia y falibilidad del hombre conducen a afirmar la existencia de un Ser sin limitaciones, necesario e infinito, el capaz de comunicar y participar el ser a la realidad.

Ahora bien, respecto a la participación del ser que el hombre posee, es algo meramente ajena a cualquier petición, es decir, ninguna realidad ha *pedido existir*, y así, en el caso del hombre, ninguno de su especie ha *pedido nacer*, la existencia de todas las cosas y la conservación de su ser es obra del mismo Ser intensivo por la comunicación amorosa y bondadosa de su ser.

Ante lo anterior expuesto surgen preguntas interesantes, pues si ninguna realidad ha pedido ser, en el hombre esas interrogantes cobran mayor resonancia: si él *no ha pedido* existir ¿qué es lo que hace que el ser humano no renuncie a la existencia desde los pocos años de vida?, ¿qué hace que mantenga y conserve su vida y procure la de los demás, en algunos casos?, ¿por qué hace proyectos?, ¿en donde radica la esperanza ante sus dificultades?, ¿por qué siempre desea ser pleno?; la respuesta radica en la capacidad de interpretar óptimamente la existencia como un don del Ser, y así, aunque el existir no ha sido una petición de ningún hombre ni de ninguna realidad entitativa, es en el transcurso de la vida humana y gracias a las facultades que se descubre el sentido de la propia la vida, el deseo de conquistar la felicidad y la comprensión de la existencia como una responsabilidad, como un don.

Ser pastor del ser es entonces asumir la existencia como un don, el cual se acepta con libertad y, por ende, con responsabilidad; también es su aceptación como proyecto inacabado, el cual es llevado a su plenitud en las acciones que son conformes a la naturaleza humana, es decir, es necesario que tal proyecto sea humanizado de manera permanente, esto es, sin duda, la tarea

de quien ha sido llamado y ha aceptado la invitación de ser *custodio* y *pastor* del ser, la sublime tarea del hombre auténtico.

Ahora bien, ¿cómo hablar acerca de la *asunción del ser* que tiene que hacer el hombre si no es a través del amor? Para que el ser humano llegue a su perfección más que hacer cosas buenas, necesita *donarse*, tomando en cuenta y respetando la dignidad y el valor absoluto de cada persona, de cada género, raza, confesión religiosa, preferencia política, clase social, etc., y esto no lo hace sino es mediante el *amor*.

En el amor, la realidad del hombre es puesta de manifiesto de manera total. Es en el amor en donde se alcanza el bienestar social, esto es, que en la medida en que el ser humano se preocupe por el bien y perfeccionamiento en la entrega por los demás, se realiza al mismo tiempo él mismo en la perfección.

También es oportuno mencionar que el amor es *generosidad*, es la analogía del Ser respecto con toda la realidad, pues la participación del ser del cual gozan todos los entes es un acto de bondad, pero también de amor del Ser intensivo. El hecho de la participación del ser que la metafísica señala es también objeto para la reflexión acerca del amor, y es que, así como ninguna realidad fuera del Ser intensivo puede comunicar el ser, aparte de no competirle, los actos de amor no deben esperar correspondencia, pero si esta se da, será mucho más perfecto el acto del amor; por eso Dios es absolutamente perfecto, no porque le correspondan al amor que ha dado, sino que por ser perfección no necesita de tal correspondencia, la perfección total la tiene en acto.

El amor apuesta por rebasar las fronteras del egoísmo, de la indiferencia, de la desigualdad, de la injusticia, de toda acción que denigra la naturaleza humana. Muy

acertadamente escribió Pablo de Tarso en la primera carta a los Corintios, alrededor del año 56 d.C. respecto al amor, lo coloca como lo que da sentido a toda acción humana, señalando que:

Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad... El amor jamás dejará de existir. 13, 4-8 (2004)

El amor no es una utopía o una simple palabra romántica, el amor es una realidad la cual se ha de hacer presente para que se logre la perfección humana; exige la totalidad del hombre, la libertad y la perseverancia en tal modo de actuar. Es en el amor en donde el ser humano alcanza la *corona* de la adecuación de su ser con su fin último, y con mayor razón en una sociedad en donde la donación en el amor está prácticamente olvidada; el urgente rescate del ser responde a la exigencia de plenitud del hombre, a su deseo de paz, de seguridad, de respeto, de igualdad; es en suma, el ardiente deseo de *amor*, mismo que humaniza y diviniza al hombre, asemejándolo al Ser subsistente, y siendo el *reflejo e imagen de Él*, del Amor.

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, S. (2001). *Las confesiones*. España: Mestas.
- Álvarez Lacruz, A. (2006). *El amor: de Platón a hoy*. Madrid, España: Palabra.
- Alvira, T., Clavell, L., & Tomás, M. (1993). *Metafísica*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.
- Amengual, G. (2007). *Antropología filosófica*. Madrid, España: Biblioteca de autores cristianos.
- Amnistía Internacional. (27 de Septiembre de 2019). *Amnistía Internacional*. Recuperado el Enero de 2020, de Datos clave sobre el aborto: <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/blog/historia/articulo/datos-clave-sobre-el-aborto/>
- Aristóteles. (2016). *Ética Nicomaquea*. En Aristóteles, *Ética Nicomaquea y Política* (pág. 421). Ciudad de México: Porrúa.
- Artigas, M. (2011). *Ciencia, razón y fe*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.
- Ávila Crespo, R. (Enero de 2007). Heidegger y el problema de la nada. La crítica a la posición de Nietzsche. *Pensamiento*, 63(235), 163.
- Belgrano, M. (6 de Diciembre de 2016). El ser en tanto tiempo. *Nuevo pensamiento*, VI(8), 1-18.
- Berciano Villalibre, M. (2018). *Metafísica*. Madrid, España: Biblioteca de autores cristianos.
- Beuchot, M. (2017). *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*. México: San Pablo.
- Burgos Velasco, J. M. (2009). *Antropología: una guía para la existencia*. Madrid, España: Palabra.
- Cardona, C. (1997). *Olvido y memoria del ser*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.
- Cassirer, E. (2013). *Antropología filosófica*. Ciudad de México, México: Fondo de cultura económica.
- Chalmeta, G. (2011). *Ética social*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.
- Corazón González, R. (2002). *Filosofía del conocimiento*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.

- De Aquino, T. (1988). *Summa Theologiae* (Vol. II). Madrid, España: Biblioteca de autores cristianos.
- De Aquino, T. (1994). *Summa Theologiae* (Vol. IV). Madrid, España: Biblioteca de autores cristianos.
- De Aquino, T. (2001). *Summa Theologiae* (Vol. I). Madrid, España: Biblioteca de autores cristianos.
- Descartes, R. (1989). *Discurso del método*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Escudero Pérez, A. (2010). Heidegger y la pregunta por el sentido del ser. *ÉNDOXA: Series Filosóficas*(26), 187-221.
- Estrada Villa, A. (01 de 01 de 2005). Heidegger y su concepto de mundo. *Ratio Juris*, I(3), 123-134.
- Fabro, C. (1977). *Drama del hombre y misterio de Dios*. Madrid, España: Rialp.
- Fernández, R. (12 de Agosto de 2019). *Ranking mundial de redes sociales por número de usuarios en abril de 2019 Publicado por Rosa Fernández, 12 ago. 2019 Esta estadística muestra un ranking de las redes sociales más populares a nivel mundial en abril de 2019 según su número de usuarios acti*. Recuperado el Enero de 2020, de Statista: <https://es.statista.com/estadisticas/600712/ranking-mundial-de-redes-sociales-por-numero-de-usuarios/>
- Ferrater Mora, J. (2009). *Diccionario de Filosofía* (Vol. III). Barcelona, España: Ariel.
- Ferrater Mora, J. (2009). *Diccionario de Filosofía* (Vol. II). Barcelona, España: Ariel .
- Fidalgo Benayas, L. (Septiembre de 2013). Ontología del hombre y deconstrucción: Heidegger, Sartre / Derrida, Sloterdijk. *Eikasia*(51), 105-127.
- Francisco. (2016). *Amoris laetitia*. Ciudad de México, México: Buena Prensa.

- Francisco. (2015). *Laudato si'*. Ciudad de México, México: Arquidiócesis Primada de México.
- Frankl, V. E. (2005). *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*. Barcelona, España: Herder.
- Frankl, V. E. (2008). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, España: Herder.
- Gaos, J. (2017). *Introducción a El Ser y el Tiempo de Martin Heidegger*. Ciudad de México, México: Fondo de cultura económica.
- García Cuadrado, J. A. (2010). *Antropología Filosófica*. Barañáin, Navarra, España: EUNSA.
- García-Baró, M. (2007). *De estética y mística*. Salamanca, España: Sígueme.
- Gay Bochaca, J. (2014). *Curso de filosofía*. Madrid, España: Rialp.
- Hawking, S. (2018). *Breves respuestas a las grandes preguntas*. Ciudad de México, México: Crítica.
- Heidegger, M. (2018). *Arte y poesía*. Ciudad de México, México: Fondo de cultura económica.
- Heidegger, M. (2015). *Hitos*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (1999). *Ontología: hermenéutica de la facticidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (2019). *Ser y tiempo*. Ciudad de México, México: Fondo de cultura económica.
- Hernández, J. L., & Soto, M. J. (2016). *Historia de la filosofía moderna*. EUNSA.
- Hildebrand, D. v. (1998). *La esencia del amor*. Pamplona, España: EUNSA.
- II, Juan P. (22 de Noviembre de 1981). *Familiaris consortio*. Recuperado el Febrero de 2020, de Vatican: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_19811122_familiaris-consortio.html
- Lattus Olmos, J. (2018). *Las generaciones humanas de los siglos XX y XXI*. Recuperado el Enero de 2020, de Revista de Obstetricia y Ginecología: <http://www.revistaobgin.cl/articulos/ver/781>

- Lepp, I. (1964). *La comunicación de las existencias*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Carlos Lohlé.
- Lepp, I. (1963). *La existencia auténtica*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Carlos Lohlé.
- Loneragan, B. (1999). *Insight. Estudio sobre la comprensión humana*. Salamanca, España: Sígueme.
- Lucas Lucas, R. (2013). *El hombre, espíritu encarnado*. España: Sígueme.
- Lucas Lucas, R. (2016). *Explícame la persona*. Huixquilucan, Estado de México, México: Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre Matrimonio y Familia.
- Lucas Lucas, R. (2008). *Horizonte vertical*. Madrid, España: Biblioteca de autores cristianos.
- Luis González, Á. (2008). *Teología natural*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.
- Marcel, G. (1991). *Ser y tener*. Madrid, España: Caparrós editores.
- Marías, J. (1989). *La felicidad humana*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Morales, J. (2011). *Filosofía de la religión*. Navarra, España: EUNSA.
- Moreno Claros, L. F. (2015). *Heidegger*. España: RBA.
- Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. (2013). *Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito*. Recuperado el Enero de 2020, de Estudio mundial sobre el homicidio:
https://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/GLOBAL_HOMICIDE_Report_ExSum_spanish.pdf
- Ortega y Gasset, J. (1966). *Obras completas* (Vol. IV). Madrid, España: Revista de occidente.
- Platón. (1986). El Banquete. En Platón, *Diálogos*. Madrid: Gredos.
- Plotino. (1963). *Eneada primera*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- Pérez-Soba, J. J. (2011). *Amor, justicia y caridad*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.

- Ratzinger, J. (2005). *Un canto nuevo para el Señor*. Salamanca, Salamanca, España: Sígueme.
- Real Academia Española. (2020). *Generación*. Recuperado el Enero de 2020, de Real Academia Española: <https://dle.rae.es/generación?m=form>
- Reale, G., & Antiseri, D. (2010). *Historia del pensamiento filosófico y científico*. (Vol. I). Barcelona, España: Herder.
- Rodríguez Díaz, S. (2012). *Consumismo y sociedad: una visión crítica del "Homo Consumens"*. Recuperado el Enero de 2020, de Revistas Científicas Complutenses: <https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/40739/39058>
- Rodríguez Luño, Á. (2010). *Ética general*. Pamplona, Navarra, España: EUNSA.
- Scheler, M. (2001). *Ética*. Madrid, España: Caparrós editores.
- Scheler, M. (2003). *Gramática de los sentimientos*. Barcelona, España: Crítica.
- Sínodo de los obispos. III Asamblea general extraordinaria. (8 de Octubre de 2014). *Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización. Relatio synodi*. Recuperado el Febrero de 2020, de Vatican: http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20141018_relatio-synodi-familia_sp.html
- Sociedades Bíblicas Unidas. (2004). Dios habla hoy. En Pablo, S., *Primera carta a los Corintios*. Brasil: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Valverde, C. (2011). *Antropología filosófica*. España: EDICEP.
- Vélez Correa, J. (1995). *El hombre, un enigma*. Santafé de Bogotá, Colombia: Consejo episcopal latinoamericano.
- Wojtyła, K. (2011). *Persona y acción*. Madrid, España: Palabra.

XVI, Benedicto. (25 de Diciembre de 2005). *Deus caritas est*. Recuperado el Febrero de 2020, de Vatican: [http://www.vatican.va/content/benedict-](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html)

[xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html)

Yepes, R., & Aranguren, J. (2003). *Fundamentos de antropología, un ideal para la excelencia humana*. Barañáin, Navarra, España: EUNSA.

Zubiri, J. (1982). *Siete ensayos de antropología filosófica*. Colombia: Universidad Santo Tomás.